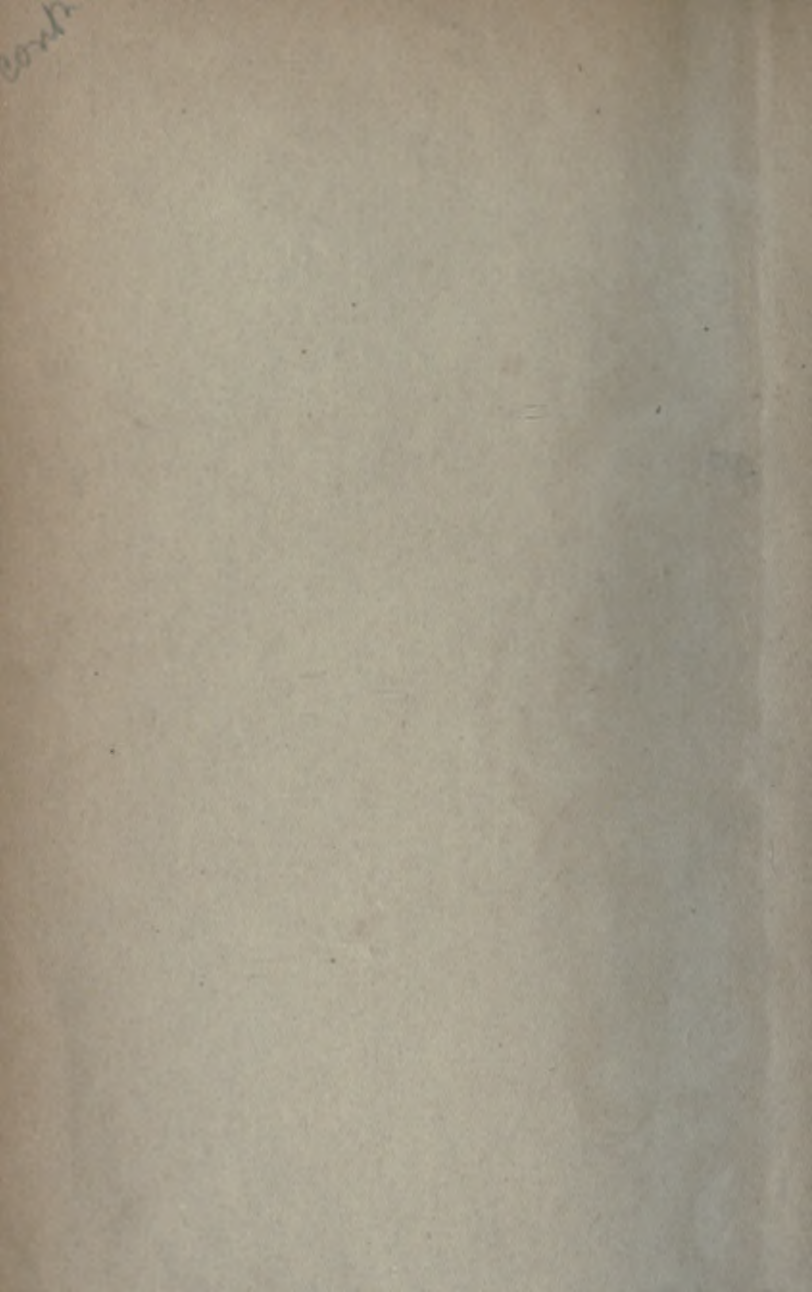








LA HIJASTRA DEL AMOR

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Apuntes para la historia de la caricatura.
Lázaro. (Casi novela.)
Del Teatro. (Lo que debe ser el drama.)
La hijastra del amor. (Novela.)
Ayala. (Estudio biográfico.)
Juan Vulgar. (Novela.)
El Enemigo. (Idem.)
La Honrada. (Idem.)
Dulce y sabrosa. (Idem.)
Novelitas.
Cuentos de mi tiempo.
Tres mujeres. (Cuentos.) Colección Klong.
Vida y obras de Don Diego Velázquez.—Madrid, 1896.
Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.)—Madrid, 1900.
Cuentos. (Colección Mignon.)
Discurso leído en los Juegos florales de Calatayud.—Calatayud, 1901.
La Vistosa. (Cuentos.)
El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del «Quijote».—Madrid, 1905.
Drama de familia. (Cuentos.)
Juanita Tenorio. (Novela.)
Mujeres.
Sacramento. (Novela.)

JACINTO OCTAVIO PICÓN
De las Reales Academias Española y de Bellas Artes.

OBRAS COMPLETAS

TOMO SÉPTIMO

La hijastra del amor

VOLUMEN PRIMERO



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921

Imp. de Ramona Velasco, Viuda de P. Pérez, Libertad, 31.

I

Entre el edificio de la Armería Real de Madrid y el murallón que se alzaba en lo alto de la Cuesta de la Vega había media docena de casas viejas sin llegar a ser antiguas, espaciosas aunque no muy grandes, feas por fuera y destartaladas por dentro.

En una de ellas, que primero se llamó "de los Guevaras„ y después "Casa de Pajes„, da principio la acción de este relato. La fachada principal tenía sobre la planta baja un solo piso. El revoque, amarillento y sucio, estaba descascarillado a trechos y ennegrecido en la parte alta por las goteras del alero, y el zócalo, de piedra, lleno de dibujos torpes y letreros soeces hasta donde llegaba el carbón que servía de lápiz a los chicos. Los balcones se abrían rara vez: sus persianas desvencijadas, sus rodapiés de madera verde, que permane-

cían a veces volcados meses enteros, los hierros de las barandillas, no pulidos por el roce diario de las manos, sino ásperos, comidos de la humedad, y tres o cuatro macetas sedientas, olvidadas, demostraban que en aquella casa la vida se reconcentraba en la parte interior, desde cuyas ventanas se abarcaba un horizonte agreste y dilatado, dominando ancho espacio y mucho cielo. Veíanse en primer término el Campo del Moro y el cuartelillo de Palacio, tras los cuales se extendía, sobre las alamedas de la Virgen del Puerto, todo el panorama de Madrid por aquella parte: hacia la izquierda, dos o tres cementerios, donde resaltaban a lo lejos las tumbas blancas sobre los cipreses casi negros; los cerros de San Isidro y una larga fila de lavaderos, figones y ventorrillos, cubiertos de esteras o pintarrajeados de colores chillones; al frente, la cinta gris y polvorienta trazada por la carretera de Extremadura; a la derecha, la Casa de Campo, El Pardo y La Zarzuela; como término a la avaricia de los ojos, las cumbres del Guadarrama, envueltas en la neblina violada que crea la distancia; y por bajo de todo, absorbido en su lecho de arena, preso entre los arcos de los puentes, el Manzanares, flanqueado de

tendederos y tabernas desde la ronda de Segovia hasta el paso a nivel de la Moncloa. El conde de Elgueta, dueño de la casa, podía, sentado ante su mesa de trabajo, extender la mirada por aquellos campos, que le recordaban otras tierras, trayéndole a la memoria con los surcos y las eras de su pueblo los tiempos en que no era rico, poderoso ni conde. En las habitaciones de esta parte de la finca todo era animación y ruido: allí se oían de continuo los cantares de las criadas, el piafar de los caballos en las cuadras, las voces de los mozos, las alegres risotadas de los chicos, el trompeteo a horas fijas del cuartel inmediato y las sonoras campanadas del reloj de Palacio. En cambio, los aposentos que daban a la plaza permanecían siempre oscuros y cerrados, lujosos, pero solitarios y tristes, como si aquel hombre, nacido en la pobreza y enriquecido al fin de su existencia, mostrase empeño en vivir mirando al campo y descuidado de la corte. Las salas de recibir sólo abrían de tarde en tarde sus puertas, para alguna visita de etiqueta; en el despacho, ricamente alhajado, casi nunca entraba el Conde, ni jamás se encendían las velas, amarilleadas por el tiempo y encorvadas por el calor, ni se manchaba de

tinta la rica escribanía, que formaba juego con los enormes candelabros de plata. El mobiliario, contemporáneo de la niñez de nuestros padres, se conservaba nuevo, casi intacto, como cuando se puso obedeciendo al capricho de adornarlo todo no según la época en que su dueño ya era rico, sino con arreglo al gusto del tiempo en que era pobre y deseaba: las cortinas de brocatel, las alfombras de la Real Fábrica de Tapices, las guardamalletas que decoraban los huecos, las sillerías, de damasco y oro, todo estaba flamante; pero los relojes puestos sobre las consolas tenían inmóviles las manecillas de la esfera y el mármol de los veladores aparecía empañado por una tenue capa de polvo. El sol había deslucido los forros de las colgaduras pendientes ante los balcones, y en las vidrieras, viejas y verdosas, a poco que soplase el aire entre las junturas de los plomos se oía un gemir débil y cadencioso, como voz que se quejase en aquella triste soledad. Al otro extremo de la casa, el sol penetraba por galerías o ventanas hasta los recodos de los pasillos y los rincones de los cuartos. En el patio había tiestos; sujeta a los hierros de la polea del pozo, una jaula con pájaros, y arraigada en una gran ti-

naja, una adelfa cargada todavía de flores encendidas y frescas como bocas de muchachas bonitas.

. . . .

Era uno de los últimos días de septiembre, y caía la tarde. Inmediata al cuarto donde trabajaba el Conde había una salita, en que iba faltando poco a poco la luz. La alfombra que cubría el piso era rica, pero ya usada; tapizaba los muros un papel a listas perpendiculares de tonos azules, lisa una, aterciopelada otra, y del techo pendía una araña de cristales y bronce, tan lujosa, que parecía arrancada de algún palacio de los sitios reales. En la pared más ancha de la pieza veíase sobre una consola un Niño Jesús encerrado en una urna de cristal con un florero a cada lado, traje de raso blanco y un mundo puesto en la mano, a modo de pelota. En la repisa del mismo mueble servían de adorno un perrillo faldero disecado, una caja de conchas y dos caracoles filipinos. En el muro opuesto a la consola veíanse dos retratos grabados, con marcos de caoba y clavos de cobre en las esquinas: eran el conde de Luchana, sable en mano al pie de una trinchera, y la Reina gobernadora a caballo, con manto real. Completaban el mobilia-

rio un velador con tapete de hule y un costurero hexágono con borde almohadillado de damasco amarillo y bolsa de sedas en el centro. Junto al sofá pendía del techo una ancha cinta de colores vivos, que remataba en una recia argolla de metal dorado; en cada uno de los ángulos inmediatos al balcón, por donde entraba la luz del sol poniente, había dos rinconeras, cargadas de chucherías de loza o porcelana, como figuras del Retiro, tacitas chinescas, jícaras de Alcora, mancerinas, salvillas y unas grandes despabiladeras de plata. El techo serpeado de pequeñas grietas; los papeles descoloridos, que indicaban a trechos, por espacios rectangulares más claros, el lugar donde hubo en otro tiempo cuadros; la pintura cuarteada en puertas y vidrieras; los muebles feos; los adornos estropeados; la alfombra raída; el ambiente impregnado del olor a las ropas guardadas entre perfumes caseros y en cajones antiguos; aquel conjunto de cosas y trastos deslucidos y viejos parecía que se despegaba o estaba en abierta oposición con cuanto no fuera pensar, sentir, hablar y hasta engalanarse como cuando se hicieron los dos retratos de Espartero y Cristina que adornaban la sala.

Sentada en una silla baja, casi oculta en la sombra del ángulo que formaban la pared y el balcón, habia una mujer, aunque no joven, esbelta, de buen cuerpo y animados ojos, que, dando de mano a la labor caída en un cestillo de mimbres blancos puesto a sus pies, miraba alternativamente a la vidriera, donde la claridad menguaba, y a la puerta, por donde algún criado había de traer luz.

El suelo de la sala estaba sembrado de juguetes que para aquella época eran lujosos y sólo se vendían en dos o tres tiendas de tiroleses: cocinitas de porcelana francesa, muñecas con trajecitos de seda, mueblecitos de maderas finas, un aro recubierto de terciopelo y, como contraste, dos o tres trapos viejos liados en forma de llorón con pañal de bayeta.

Sin hacer caso de los juguetes, pegado el rostro a la vidriera del balcón y empañandola con su aliento, estaba una niña de siete a ocho años, fijos los ojos en el patio y sin hacer más movimiento que limpiar frecuentemente con la manita el vaho que oscurecía el cristal. Su cabeza, rubia, denunciaba por la mala conformación del cráneo y la palidez del rostro una vida falta de vigor: toda la energía de su sér parecía reconcentrada en los ojos;

su mirada insistente revelaba la tenacidad de su carácter. Era un organismo de sangre empobrecida, linfático, débil y enfermizo; pero los movimientos rápidos, las respuestas breves cuando se le dirigía la palabra, descubrían un genio voluntarioso, terco y dominante, en que hasta los nervios obedecían a la voluntad, disfrazada de capricho infantil o antojo de niña mimada. Parecía el germen de una señorita endeble y avejentada que se vengaría de la Naturaleza siendo inquebrantable y despótica con la dureza propia del que se siente débil.

Continuaba la criatura fijos los ojos en el patio, cuando la mujer sentada cerca de ella le dijo:

—Vamos, Luisa, quítate de ahí, que entra mucho aire por las rendijas.

La niña no oyó, o fingió no oír, y continuó mirando, más atenta que antes, a través de la vidriera.

En el patio había otra chica, de la misma edad, recostada en uno de los escalones de piedra que daban acceso a una puerta, y sobre los cuales tenía formados todos sus juguetes improvisados aquel día. Estaba jugando a las tiendas, y en varios cajoncitos de papel apare-

cian colocadas sus mercancías: el ladrillo machacado con un canto era pimentón, el yeso era sal, la tierra pimienta, los garbanzos y las judías eran auténticos, el serrín tenía una representación imposible de averiguar, tres o cuatro zoquetes de madera hábilmente unidos servían de mostrador, y con ayuda de dos cascos de naranja suspendidos en algodones de hacer media se había fabricado un magnífico peso. Sus ropas eran pobres: cubríanla una falda de percal descolorido por las lavaduras y una toquilla de estambre, convertida para ella en pañuelo de talle. Tenía las medias no muy limpias y caídas sobre zapatitos de cabra despellejados por el roce, uno sin cintas y otro con ellas colgando desatadas; las enagüillas eran antes grises que blancas, y las manchas andaban repartidas por igual en todo el traje, alternando con corcusidos y sietes.

Aunque mal pergeñada, estaba monísima; sus ropitas quizá inspirasen una lástima parecida a la repulsión; pero su fisonomía, sin ser bella, resultaba encantadora. En el rostro, de una blancura mate, algo dorada por el sol que iluminaba sus juegos en la libre atmósfera del patio, brillaban los ojos, rasgados y muy negros; tan grandes, que cuando los abría pare-

cían desproporcionados para aquella carita tan pequeña; los pelillos de la frente, mal cortados y revueltos, la obligaban con frecuencia a echar bruscamente hacia atrás la cabeza para que no se uniesen a las largas pestañas, que sombreaban dulcemente los párpados, y de su boca, pequeña, roja como un capullo de granado, se escapaba una confusión de exclamaciones, gritos y sonidos semejantes al gorjear entrecortado que precede al canto de los pájaros.

Engolfada en su juego, hablaba sola:--Deme usted media libra de garbanzos.—Pesaba en la balanza una docena, los metía en un cucurucho hecho con cubiertas de novela, y quedaba terminada la venta.—¿Me da usted un cuarto de especias?...—Y tomaba unos papelitos vacíos, pero muy doblados. Otras veces sostenía el diálogo fingiendo voces distintas: —No puede ser menos; si lo quiere usted, lo toma, y si no, lo deja.—De sus labios de niña salían algunas palabras feas:—¡Ay qué tía!; so cochina, ¿piensa usted que lo he "robao"?; ¡vaya usted de ahí, tía pendanga!...

Luisa seguía mirándola; la luz iba faltando en la sala; la mujer, que había cesado de coser, empezó a dormirse, y por la ancha aber-

tura del balcón penetraron casi horizontales los últimos rayos del sol, filtrados a través de enormes nubes. Parecía que se incendiaba el cielo: la escarlata, la púrpura, el rojo y el carmín se fundían en una hoguera colosal de disformes ráfagas, traspasadas por dos o tres haces luminosos de oro pálido. Un instante después toda aquella masa rojiza se convirtió en una inmensa sombra morada; en la última línea del horizonte quedó una faja de resplandores amarillos, y por cima del nublado, en lo alto de la atmósfera, oscura y azulada, brilló un lucero.

De pronto, Luisa se volvió hacia la mujer que dormitaba, y con tono imperioso dijo:

—Quiero jugar con Clara.

—¡En seguidita! ¡Como que va a subir aquí esa chiquilla!

—Que me bajen al patio.

—De ningún modo: ¡buena estás para tomar el fresco!

—Pues quiero que suba, quiero jugar.

—Vamos, déjate de tonterías.

—Que suba Clara...

—¡No me irrites! Te he dicho que no, y no ha de ser.

A cada negativa, Luisa se emperró más en

jugar con la niña del patio, y al oír la última respuesta rompió a llorar. Dos o tres sollozos mal reprimidos desfiguraron completamente su rostro, que, arrebatado de pronto por la ira, se cubrió de tintas carminosas; luego, las lágrimas, atraídas por la voluntad, vinieron, tardas y escasas, a resbalar por las mejillas, mientras la niña se restregaba furiosamente los ojos, y por fin, tirándose al suelo boca arriba, comenzó a gritar, mezclando con las contracciones hiposas del llanto unos chillidos guturales largos y estridentes; al mismo tiempo pateaba sin descanso, revolcándose a ciegas sobre la alfombra, con riesgo de romperse la cabeza contra las patas de los muebles, y a medida que le faltaba voz redoblaba el pateo. La mujer permaneció callada hasta que no pudo aguantar más.

—Bueno, lo que quieras; que suba, y te quite los juguetes, y te lo destroce todo, no importa, pero cállate. El día que no hagas tu voluntad, revientas.

Y dirigiéndose al sofa, tiró de la cinta de la campanilla.

Pasados dos minutos se presentó un criado.

—Baja al patio y sube a Clarita.

Luisa cesó de llorar y el criado se retiró

para obedecer. Pocos momentos después volvió, trayendo a Clara de la mano, y al soltarla en el centro de la sala dijo:

—Su madre no estaba.

—Siempre sucede lo mismo—repuso la mujer.

—¿Quieres jugar?—preguntó Luisa a la recién llegada.

—Bueno—respondió ella, con esa indiferencia olímpica propia de los chicos.

Clara fué examinando los juguetes de Luisa, que para ella tenían el aspecto de alhajas. Estaba como una modistilla viendo las joyas de una gran señora: un arlequín vestido de raso, con cascabeles en las coyunturas; una muñeca con cabeza y brazos de porcelana y un tocadorcito de maderas finas llamaron poderosamente su atención. Cogiendo luego el llorón hecho con las toallas sucias y la bayeta amarilla, dijo:

—Esto lo hago yo.—Y rascando la barriga de la muñeca francesa, añadió: —Aquí hay serrín.

Entretanto había quedado la sala casi a oscuras: en el hueco del balcón temblaba sobre los cristales la última claridad de la tarde; los muebles, los cuadros, todo se confundía en las sombras, destacando sólo sobre el suelo, como manchas claras y movibles, los

cuerpos de ambas niñas, tendidas en la alfombra. La mujer que no supo resistir al empeño de Luisa seguía sentada, quieta y silenciosa. De pronto se oyeron pisadas en el pasillo inmediato.

—El tío—dijo Luisa.

Entró un hombre, el cual, a juzgar por la dirección de sus pasos, sólo quería atravesar la sala, para ir a la habitación contigua; pero al divisar confusamente a las dos pequeñuelas se paró, como sorprendido de ver allí a Clara. Creyendo, sin duda, que nadie más que la otra niña le veía, cogió a Clara en los brazos, se sentó en el sofá un momento, la colocó sobre sus rodillas, sin que Luisa hiciese caso de ellos, y, apartando con su mano los pelos que caían en desorden sobre la frente de la criatura, la besó repetidas veces cariñosamente, dejándola luego en el suelo junto a su compañera.

Los ojos de aquel hombre, hechos a la luz de la calle, no podían distinguir bien lo que le rodeaba; pero la mujer del rincón, acostumbrada gradualmente a la oscuridad, le vió perfectamente, y en sus facciones se dibujó un gesto de extrañeza, casi de asombro. El caballero entró despacio en su cuarto, que estaba cercano a aquella sala, y la mujer quedó pro-

fundamente pensativa. De allí a poco vino un criado trayendo una soberbia lámpara de bronce en una mano, para el señor, y en la otra un quinqué viejo con pantalla verde.

—Llévate a Clara—dijo la señora.

Las niñas se besaron friamente, y Luisa preguntó:

—¿Subirás mañana?

—Como tú quieras.

Luisa, después de recibir el beso de Clara, se limpió la mejilla con la punta del delantal, y la mujer del rincón, cuando hubieron desaparecido el criado y la niña, preguntó a Luisa:

—Oye, nena, ¿te besó el tío al entrar?

—No, a mí no.

La noche había cerrado; los vidrios del balcón reflejaban ya sobre el fondo negro del exterior la imagen del quinqué, cuya llama proyectaba en el techo un círculo de luz temblorosa. Luisa se tumbó en el sofá; la mujer, sentada, puestos los codos sobre las rodillas y el rostro entre las palmas, parecía dominada por una idea fija: quedaron ambas tan calladas y todo en silencio tan profundo, que desde la habitación inmediata llegaba claro y distinto a sus oídos el ruido producido por una pluma al resbalar sobre el papel.

II

El conde de Elgueta fué conocido durante la primera mitad de su vida por Perico López. Listo, de humilde origen, ascendió poco a poco en categoría social: empezó por mozo de labranza, hiciéronle luego criado de servir, llegó a ser mayordomo con ribetes de administrador, y supo juntar un capitalito, formado con ahorros de sisas y enjuagues. Su maña y la fortuna le fueron tan útil una, tan propicia otra, que el lugareño pobre se convirtió en cortesano pudiente, y aunque conservó siempre cierta rudeza en gesto y ademanes, la transformación fué completa en cuanto a las condiciones de su vida.

Durante la guerra de isabelinos y carlistas empezó Perico López a medrar rápidamente, gracias a una ingeniosa combinación. Tenía por amigo a un tal Pablo Mediovea, hombre

también de baja procedencia, deseoso de enriquecerse; ambos, cada cual con su pequeño capital, se dedicaron a seguir a los ejércitos que peleaban por el Norte de España, en el Maestrazgo y en las dos Castillas; se hicieron abastecedores al por menor de esas mil cosas que siempre han menester las tropas, y marchando a la zaga de los batallones, con la impedimenta ó el bagaje, vendían a los soldados muchas vituallas y hasta papel de cartas y tinta, llegando cuando fueron bien los negocios a proporcionarles aguardiente y tabaco.

No bien se establecía una guarnición o acampaba un cuerpo en despoblado, allí estaban Perico López y Pablo Mediovea, dispuestos a hacer su agosto aun en los días más crudos del invierno; pero con una particularidad notable: Perico iba con los liberales y Pablo con los carlistas; de modo que ambos se daban mutua y anticipadamente noticia de las marchas y contramarchas que habían de efectuarse, pudiendo así acumular sus mercancías en parajes propicios a la venta. Cuando uno, por efecto de las circunstancias, conocía que no había de aprovecharle un movimiento, se lo participaba a su compañero, y de esta suerte iban enriqueciéndose sin más que vender a

las tropas patatas averiadas, malas alpargatas, peores zapatos y otros artículos que siempre han sido de lícito comercio. Mas como no es igual la fortuna de los hombres aunque sigan el mismo camino, sucedió que al final de la lucha su suerte fué diversa. Ambos se hallaban ya en posesión de varios miles de duros; pero uno vió crecer y multiplicarse sus onzas, mientras el otro quedó arruinado.

Próxima a terminar la guerra, un general que había de combatir las alturas de Elgueta quiso trasladar provisiones y material de campaña a las inmediaciones de este pueblo, y para ello necesitó gran cantidad de carros y carretas. Dispuso, a fin de obtenerlos, que las tropas se incautaran de cuantos vehículos útiles para el caso pudieran hallarse en la comarca; pero como los labriegos, ya acostumbrados a estas bromas, ocultaban hasta las carretillas de llevar arena, no pudo conseguir lo que se había propuesto. Entonces se le presentó Perico López, le ofreció dos mil carros, que habían de pagársele con largueza, quedó cerrado el trato, y tan buena maña se dió en seguida para sonsacar campesinos y convencer gañanes, ofreciéndoles el oro y el moro, que logró reunir en cuarenta y ocho horas los dos

mil carros. No quedó en las inmediaciones tartana, galera, carro de violín ni artefacto alguno de ruedas que fuese olvidado pudiendo servir. Su actividad, su gramática parda, sus muchos conocimientos en la campiña y pueblos vecinos acabaron de arreglarlo todo con tal presteza, que el general realizó la operación, acampando cerca de Elgueta después de haber aprovechado los servicios de Perico López. Ya se habían tomado los fuertes y estaba la operación terminada, aun se veían a un extremo del campamento los carros, puestos en largas filas, para ser devueltos a López, cuando de pronto se alzaron de entre ellos grandes llamaradas y densas nubes de humo. Toda aquella madera vieja, seca y carcomida ardió en unas cuantas horas, sin que las tropas pudieran atajar el fuego, y poco después no quedaron de los dos mil carros más que palos ennegrecidos, astillas, herrajes tirados por el suelo y llantas de ruedas medio ocultas por montoncillos de ceniza, que desparramaba el viento haciendo revolotear las chispas del rescoldo.

Perico López tuvo buen cuidado de indemnizar a los dueños de los vehículos; dió dinero a los más amenazadores y exigentes, hizo promesas a los débiles, acalló a todos, a unos

con oro, a otros con esperanzas, que es la moneda de los tontos, y después del abrazo de Vergara hizo una reclamación en regla. Sus relaciones e influencia le sirvieron perfectamente: cobró una fuerte indemnización, porque en el expediente incoado los dos mil carros aumentaron más que los peces del milagro, y quedó además tan patente el servicio prestado por Perico, que se le atribuyó en gran parte el éxito de la jornada. Cuando, más adelante, don Pedro López fué agraciado con el título de conde de Elgueta, se recordó aquel hecho como mérito especialísimo.

En cambio, los carlistas no reconocieron sus créditos a Pablo Mediovea, que había ya por entonces negociado en grande con la administracion militar del Pretendiente, y el infeliz quedó arruinado. En vano le ofrecieron hasta un título del Papa por haber defendido la buena causa: no quiso aceptar nada, y vino a la Corte dispuesto a trabajar en lo que Dios le deparase.

Su primera visita fué para Perico López, a quien halló convertido en don Pedro de López-Elgueta, precisamente cuando *El Eco del Comercio* hablaba nada menos que de darle entrada en el Estamento de Próceres. Acogió-

le Perico cariñosamente, le brindó protección sin darse tono, le abrazó delante de sus criados y le hizo su administrador. Entonces supo Pablo que su amigo estaba riquísimo: había comprado, pagándolos tarde y mal, bienes nacionales que había vendido pronto y bien; sus negocios bogaban viento en popa y por nadie era mal mirado en la Corte.

Mas con ser tan grandes, no fueron estas las novedades verdaderamente extraordinarias que halló Mediovea en casa de su amigo. Lo que le llenó de asombro fué que con él vivía una mujer; sorpresa natural y lógica, porque ambos amigos habían sido en sus mocedades poco mujeriegos y nada enamoradizos. Su ambición constante fué la de enriquecerse: únicamente sintieron por la mujer el apetito del macho por la hembra, y sus amores no fueron sino groseras aventuras con ex doncellas de posada y criadas de mesón. Así que cuando, tras algunos años de ausencia, vino Pablo a Madrid, le sorprendió ver a Perico relativamente afectuoso con la mujer que tenía en su casa. ¿Quién era ella? Nadie supo contestarle fundadamente a esta pregunta. ¿Una parienta pobre recogida por caridad? ¿Una querida jubilada por hastío y no abandonada por lástima? ¿Un

ama de llaves que habia ido lentamente ascendiendo a señora? Tal vez una mezcla de todo ello, un conjunto extraño de parienta seducida y sirvienta enseñoreada; tipo incomprensible, de esos que produce la vida real y la imaginación no inventa. Cuando Martina entró en casa de Perico tenía ya cerca de cuarenta años; pero los restos de su belleza, gastada sabe Dios con quién, fueron sobradamente poderosos para sacar de quicio a aquel hombre, que al considerar variadas las condiciones de su vida y ver seguro el porvenir sintió brotar en su organismo, como un florecimiento tardío, el deseo de tener al lado un sér que fuese exclusivamente suyo y a modo de manjar puesto siempre al alcance de la mano. No la amaba, ni era capaz de amar; pero transformadas radicalmente sus costumbres, trocado el hombre activo en sedentario, le repugnaba ya, aunque de tarde en tarde hubiera de hacerlo, ir buscando la mujer a salto de mata, como cuando vendía su pacotilla a los batallones de Córdova o Espartero. Finalmente, lo que entonces pudo permitirse Perico López no era ya tolerable en el conde de Elgueta. Aquí paraban sus pensamientos. Ella llevaba más lejos los suyos: en un principio se entregó a

Perico sin cálculo, impulsada por los antecedentes de su vida y aun por las exigencias de su temperamento; pero andando el tiempo creyó que podría explotar los restos de su manoseada belleza para asegurarse un porvenir; soñó con ser condesa, no por la vanidosa ostentación del título, porque Martina era discreta, sino para gozar tranquila y considerada los postreros días de una existencia que en sus comienzos no fué tranquila ni mereció consideración. Perico, en un principio entusiasmado con los últimos despojos de aquella beldad de fácil logro, no se dejó conquistar cuando quisieron persuadirle de que debía tomar mujer legítima dando en cambio, aunque ya era viejo, su libertad de soltero. Martina lo conoció pronto; pero se hizo la consoladora reflexión de que peor le hubiera sido permanecer pobre y olvidada en un pueblo. Además, no perdió la esperanza; adoptó el papel de víctima y fingió contentarse con pasar por prima del dueño de la casa, lo cual le daba una autoridad indiscutible, haciéndole más llevaderas las agrias melancolías propias de una situación en que venía a estar casada de hecho y soltera de derecho; víctima condenada a ser lo que no parecía y parecer lo que no era.

La llegada de Pablo y su entrada en funciones de administrador no alteraron en nada el orden establecido en aquel hogar, y la conducta del recién venido fué como de hombre que baja la frente ante la desgracia, aunque para sus adentros maldiga de la fortuna y dude de la Providencia.

En aquella casa los meses pasaban monótonos; la vida no ofrecía accidente alguno que la agitara; aparentemente era completa la calma; sólo pudiendo leer en el fondo de los corazones de Martina, del Conde y de Pablo se hubiera conocido que los tres vivían animados y combatidos por aspiraciones opuestas y dominantes: Martina, suspirando por verse casada; el Conde, desasosegado por conservar sus riquezas a través de los malos tiempos; Pablo, renegando de su estrella, que había venido a hacerle dependiente, casi criado, de un hombre a quien estaba acostumbrado a mirar de igual a igual. Por nada del mundo hubiese sido capaz de perjudicar al Conde; cuidaba fielmente de sus intereses, reconocía sus buenas cualidades, comprendía que su deber era estarle agradecido; pero ¡qué diferente había sido su suerte! Esta misma gratitud, que forzosamente había de sentir, pesaba en su alma lo

bastante para hacerle desgraciado. El espectáculo de aquel hombre a quien había visto brotar de la nada, su rápida fortuna y el rudo contraste que esto formaba con la propia adversidad, le acibaraban los pensamientos y le revolvían la bilis; la contemplación de la prosperidad ajena y de los reveses que él sufrió abrasaban lentamente su alma; y de estas dos ideas, que aisladas pudieran haber sido la satisfacción por el bienestar del amigo y la resignación por la desgracia propia, fué desprendiéndose, como una escoria, la maldita envidia. A medida que Perico iba siendo más feliz, su administrador era cada vez más desgraciado. Pero Pablo pertenecía a esa raza de hombres capaces de concebir y acariciar el mal en pensamiento, y sin valor para convertirlo en hechos; su envidia, como un reptil inmundo, se ocultaba en los rincones de su cerebro; una honradez que casi se confundía con el amor propio le cerraba el paso, y aunque le halagase el deseo infame de ver caído al amigo, sólo por ser poderoso, siempre el empeño de parecer leal puso a raya sus malas intenciones. La confianza que Pedro había depositado en él era grande: no le ocultó los medios por que logró acrecentar su fortuna, ni los negocios que

traía entre manos, ni las especulaciones que premeditaba; sólo en un punto cesaban aquellas confidencias: tratándose de Martina. Cuando Perico hablaba de ella, cosa que rara vez acontecía, la llamaba “mi prima„; dispensábala afectuosa confianza, dejándola obrar como dueña en los oficios de la casa, y tan reservado se mostraba en todo lo demás, que si alguna vez intentó Pablo satisfacer su curiosidad, ni con indirectas ni con bromas pudo sacar en limpio sino que allí hacía falta una mujer y Martina llenaba el puesto que pudiera ocupar cualquiera otra.

El administrador, sin embargo, no podía dudar de la intimidad establecida entre su amigo y “la prima„: las conversaciones y chismes de los criados confirmaban sus sospechas; la vecindad entera creía firmemente que Martina y Perico, sin estar casados, tenían entre sí formada una sociedad de seguros contra la soltería, en que por parte de él no había más cálculo que tener mujer sin tomar esposa, y por parte de ella no quedarse del todo para vestir imágenes.

Un suceso imprevisto vino a alterar la tranquilidad de aquellas gentes. Pablo, pensando que el amor ilegítimo es sólo para la gente

rica, se casó; llevando de la mano al altar, con todas las formalidades del caso, hasta convertirla en señora de Mediovea, a una peinadora madrileña, cuya fresca y lozana hermosura contrastaba con la atropellada belleza de Martina.

Esta y el Conde fueron padrinos de la boda: Martina, aunque no miró de buen grado entrar a otra mujer donde ella dominaba, fué prudente; Pedro la echó de generoso, aumentando el sueldo al novio y obsequiando a la novia. Pablo se casó contento, pero sin entusiasmo; Rafaela, dichosa, por verse trocada de menestrala en señora.

Al salir de la iglesia, donde el espectáculo de la ceremonia había renovado penosamente las esperanzas de Martina, ésta besó a la novia, llorando como si la enterneciera su dicha, y mirando luego con exagerada dulzura al Conde, le dijo en voz baja:

—Pedro, tú no me quieres.

III

En apariencia, la casa seguía tranquila: el Conde, entregado a sus negocios; el administrador, a sus libros de caja; Martina, pensando en sus proyectos; Rafaela, gozándose en el cambio que había sufrido, y siendo, en realidad, la más dichosa de los cuatro. Quizá por eso fué la primera que buscó inconscientemente el camino de la desgracia. Ya no tenía que levantarse de madrugada para arreglar temprano su cuartito aboardillado de la calle de Amaniel, ni correr por las aceras enlodadas en las mañanas frías y lluviosas, ni subir cientos de escalones al cabo del día para ganar un jornal mezquino; ya no la obligaba la necesidad a ser aduladora con las damas a quienes peinaba, para lograr un vestido de desecho, ni a soportar constantemente ante sus ojos el heterogéneo espectáculo que formaban el orgu-

llo de la gran señora, la vanidad de la advenediza, el descaro de la *entretenida* y la impudencia de la cortesana; pero lo que aun la regocijaba más era no tener que aguantar a su tia Pascuala, bajo cuyo poder vivió explotada mientras tuvo trabajo y como recogida de limosna cuando de él careció.

¡Qué tia Pascuala aquella! Era una mujer que pasaba de los cincuenta, alta, delgada, de rostro acartonado y enjuto, seca de carnes y angulosa de facciones, puerca, exigente, malhablada: iba siempre vestida con una falda de lanilla parda, lisa, tan corta, que descubría los pies enormes, calzados con zapatos de rusel; a la cintura llevaba liado un pañuelo de talle, y el cuerpo envuelto en un mantón gris, raido y sucio. Sus ademanes y hasta sus gestos le hacían parecer unas veces devota de las que se pasan la vida pegadas a los sacristanes de parroquia, y otras tomaba el aspecto de esas repugnantes empresarias de carne mujeril y joven que intentan ahogar el recuerdo de su propia infamia procurando la de los demás. ¡Cuántas veces hizo a Rafaela ensordecer y rabiar con sus sermones y sus gritos! ¡Con qué tranquilidad recordaba ahora ésta sus malos consejos! Quiso impulsarla a dejarse poner

casa por un viejo, y en otra ocasión a que se escapase con un señorito. Pero todo había variado ya; su felicidad era cosa hecha. Pascuala, en cambio, tendría que vivir penosamente, siendo corredora de galas viejas y confidente de señoras malcasadas.

Con Rafaela entró allí un germen de discordia, tanto más peligrosa cuanto que no llegó a surgir sino en momentos decisivos para la vida de aquella gente. Pedro se sintió poseído de un deseo torpe, que quiso en vano disimularse a sí mismo; la comparación de la figura de Rafaela con la de Martina le produjo un disgusto malsano y ardoroso; su imaginación, embotada por una vida casi exenta de goces materiales, parecía despertar exigiendo tarde lo que no disfrutó en la juventud ni podía ya brindarle la olvidada Martina. Aun conservaban los ojos de ésta la amorosa languidez con que le sedujeron; pero los años empezaban a plegarle la piel junto a las sienes; el llanto, que con frecuencia irritaba sus párpados, iba dejándolos arrugados y secos; sus facciones se desfiguraban, alargándose como si se le estirase el cutis, y el color de sus labios, antes rojo, iba agostándose al contacto de suspiros tristes y desesperanzados; su boca y sus ojos eran

joyas deslucidas por el uso. Pedro podía mirar ya tranquila y fríamente los encantos que en otro tiempo le habían conmovido. El hombre se complace alguna vez en ver llorar a la mujer que ama; pero no se deleita contemplando ojos que han llorado mucho, como no sean los de su madre. La tez hermosamente pálida, de Martina, iba tomando un tinte amarillento; el pecho, que antes se dibujaba con curvas firmes, llenando el cuerpo del vestido, se deprimía hasta señalar bajo la tela las ballenas del corsé; el talle perdía la gracia de sus movimientos, y el andar menudito, airoso, de otros tiempos, era tiesura sin flexibilidad ni gallardía. Su busto no llamaba ya a los brazos de Pedro, y si ella, echándole las manos al cuello, quería evocar con sus caricias el recuerdo de mejores días, sus formas huesosas, su belleza marchita, no arrancaban al hombre adusto ni al amante hastiado una palabra de cariño o un impulso de deseo. Apagado el esplendor de aquella carne, murió aquel amor, que era carnal.

En cambio, Rafaela era todavía joven: el matrimonio, aunque estéril, había favorecido su desarrollo; su gracia, sin perder encantos, había cedido el puesto a la hermosura; sus

cabellos castaños, sueltamente tejidos en complicadas trenzas, formaban a su rostro un marco sombrío, que hacía parecer más claro el color trigueño del cutis, avalorando el rojo húmedo y brillante de la boca; sus ojos, de un azul muy oscuro, se entreabrían para mirar entornados, traidoramente ocultos tras largas pestañas, como luceros adormilados, y el busto exuberante de fuerza y de vigor, los músculos ceñidos por el traje, el pecho erguido, el andar firme, denunciaban a la mujer que goza la plenitud de su belleza y da toda su energía en un abrazo. Era un tipo exento de dulzura, tosco, pero rico en color; una figura quizá ordinaria, pero formada a propósito para satisfacción de goces materiales y en perfecta armonía con los gustos de Pedro, excitados por el contraste que ofrecía aquella opulencia de formas con el cuerpo cansado de la pobre Martina.

Contenido Pedro, antes que por un sentimiento honrado, por el temor de que pudiera Pablo arrojarle al rostro su infamia, ocultaba cuidadosamente su deseo; Martina ni aun lo sospechaba. Sólo Rafaela, como mujer que se siente amada, fué descubriendo primero indicios y luego pruebas de lo que en el corazón

del Conde sucedía; pero sus instintos bajos, su educación descuidada, no le permitian apreciar la gravedad de la situación ni aquilatar los sentimientos que aquella pasión despertaba en su alma. Una dama, una verdadera señora, los hubiese adivinado con la imaginación, descubriendo la perspectiva que el porvenir la reservaba entre los placeres robados y las ignominias del adulterio; mas ella, incapaz de prever todo el alcance de su falta y poco honrada para huirla, se sintió halagada por las intenciones del Conde; no titubeó al principio por temor de la deshonra, sino por miedo al escándalo, y una vez admitida la posibilidad de mantener secreta la culpa, sus vanidosos pensamientos empezaron a saborearla de antemano.

Para ver satisfecha su torpe inclinación tuvieron ambos que seguir los senderos tortuosos y resbaladizos del adulterio. Él vaciló antes de ser traidor al amigo; ella sintió desasosegada la conciencia pensando en lo que a Pablo debia; pero los dos dejaron al deseo arraigarse en sus almas: el hombre no resistió al capricho de gozar hermosura tan fácil de conseguir; la mujer, criada entre el barro de las calles, se sintió fascinada por la

idea de ser querida de un señor. La vanidad y la carne vencieron a la lealtad y la honradez.

Les fué preciso buscar las ocasiones, esperándolas unas veces, provocándolas otras imprudentemente; cambiaron señas, y la ansiedad llegó por fin a dominar a la cordura. Hartos estaban ya de fingimiento, pensando en arrojar descaradamente la máscara, cuando el Conde ideó un medio para ver con frecuencia a Rafaela sin miedo de que pudieran sorprenderles.

Recordó que en un pueblo cercano a Madrid tenía una hacienda, entre quinta y casa de labranza, que por lo mal situada y por no ser de buena calidad las tierras estaba en completo olvido, y se empeñó en reformarla, fingiendo desear mayores rendimientos y disimulando tan astutamente, que Pablo no encontró en ello nada de extraño. Diéronse entonces órdenes para roturar terrenos abandonados, se reconstruyó la casa de labor, se hicieron pozos, se gastó mucho dinero, contra la opinión del administrador, que no veía utilidad futura en hermosear la finca, y hasta fué preciso que, para vigilar las obras, se trasladara Pablo a la posesión.

Como éste, para cumplir lo dispuesto por Pedro, habia de pasar alli algunos dias, mandó preparar un cuarto y partió acompañado de su mujer, permaneciendo una semana entre labriegos y albañiles, hasta que, no juzgando necesaria su presencia, tornó a Madrid. Más adelante tuvo que volver varias veces para inspeccionar los trabajos, y entonces, atendiendo a que sólo habia de ausentarse por uno o dos dias, dejó a Rafaela en la Corte; sin sospechar que el Conde aprovechase aquellas ocasiones, astutamente preparadas. No bien partia Pablo y a las altas horas de la noche quedaba la casa en silencio, los dos amantes se buscaban, seguros de que nadie podría sorprenderlos.

El tiempo fué pasando insensiblemente para la pareja culpable; a medida que crecía satisfecho el insensato amor del viejo y se iba hermoseando *El Robledal*, Pablo, molestado por tantas idas y venidas, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para permanecer algunas horas al lado de su esposa. Rafaela, aleccionada por la malicia, aceptaba las caricias legitimas y, fingiéndose luego pesarosa de ellas en brazos del amante, proseguia entre ambos el odioso reparto de su cuerpo. Alguna

vez, cuando todo parecía reposar en la casa, Martina, llorosa y callandito, salía de su cuarto, iba de puntillas hasta la puerta del despacho del Conde, y no escuchando nada, se volvía sin hacer ruido. Luego, si desde su balcón veía filtrarse alguna claridad por entre las rendijas de las maderas del cuarto de Rafaela, pensaba para sí:—"Duerme con luz: ¡qué miedo tan ridículo!„—Y en aquellas dos habitaciones, situadas una frente a otra, solían oírse con frecuencia dos rumores simultáneos, que ahogaban los vientos de la noche: a una parte, el amargo sollozo de la abandonada; al lado contrario, el murmullo de una conversación de amor apagada como el susurrar de un arroyo sorbido por la tierra.

En una de aquellas entrevistas, Pedro halló triste y pensativa a Rafaela.

—¿Qué tienes?

Ella rompió a llorar, y echándole al cuello los brazos le dijo al oído:

—¡Estoy perdida!

Después hablaron en voz baja largo rato.

—Sí—decía Rafaela,—él creerá lo que más le halague; sólo nosotros sabremos la verdad..., y yo no quiero a nadie más que a ti...,

pero tengo miedo; no sé lo que me pasa; temo que ahora mi amor te canse...

Él la besó.

Rafaela parió una niña, que fué apadrinada por Martina y el Conde. Se le puso por nombre Clara, y su bautizo fué ocasión para que Pablo gastase a su amigo algunas bromas sobre quién llevaba mejor los años.

De allí a pocos días, después de abrir Pablo la correspondencia en el escritorio, corrió al cuarto de Pedro, y enseñándole una carta de su pueblo le dijo:

—Mala noticia te traigo...

—¿Qué pasa?

—Tu hermana...

—Sí, lo de siempre... ¿Cuánto pide?

—Nada; no puede pedirte nada, y, sin embargo, harás mucho por ella.

Pedro arrancó la carta de manos de Pablo, y apenas llegó a la mitad de su lectura se demudó, exclamando:

—¡Pobre María... y pobre niña!

Ambos callaron; por un momento, los recuerdos de la infancia vinieron al pensamiento

del Conde, que saboreó aquellas dulces memorias como quien vuelve a percibir la impresión de un aroma grato y olvidado.

—¡Pobre María y pobre niña! ¿Cuánto tiempo tiene ya?

—Diez meses o un año, no lo recuerdo exactamente.

—Yo mismo escribiré mañana; envía por telégrafo orden para que el entierro sea decente. La chica... yo haré que me la traigan, y aquí se criará; es el único pariente que me queda y es mi sobrina. ¡Pobre María!

—¡Eres todo un hombre, Perico!

Al mirar a Pedro bajo el peso de una desgracia, desapareció de la imaginación de Pablo el amigo feliz: en aquel momento, en que había algo que le hacía sufrir, sintió renacer su antigua lealtad; tuvo lástima de él; casi estuvo a punto de abrazarle; viéndole padecer se le aplacó la envidia.

—No te aflijas: la niña te recordará a tu hermana.

Así vinieron a la vida de la familia del Conde dos nuevos seres: aquellas dos niñas que

una tarde, a la puesta del sol, jugaron juntas por primera vez en la salita desde cuyo balcón se dominaba el panorama occidental de las afueras de Madrid.

IV

La holgura y buen orden que imperaban en la casa del Conde eran producto de su largueza y de la prudente economía de Martina, que después de haberle seducido con su hermosura pensaba reconquistarle con sus cualidades de mujer hacendosa. Pero la empresa era difícil, porque Rafaela seguía dominándole con su belleza; no le amaba, porque sólo era capaz de sentir la parte sensual de la pasión; mas, aun guardando secreto el lazo que les unía y privada del goce de poder mostrar públicamente la influencia que ejercía sobre él, su vanidad mujeril se daba por contenta con tenerle dócil, rendido, aplanado por sus propios excesos. Era de tan mala indole, que su liviandad sólo estaba contenida por el miedo a Pablo y el temor de tener que bajar los ojos ante Martina; lo demás le importaba poco. Las

ventajas, los goces que su pasión ilícita podía proporcionarle eran, en realidad, pobres y escasos, pero bastantes a satisfacer sus vulgares apetitos.

Pablo continuaba administrando fielmente y mirando con disgusto la prosperidad de Pedro; bueno por debilidad, falto de valor para arriesgarse al mal, seguía combatido por dos tendencias que chocaban en su alma como dos torrentes que se hunden en la misma sima. Su envidia cobarde, su reconocimiento falso le mantenían por igual distante del odio y de la gratitud. De Rafaela no tenía queja; pero le disgustaba verla siempre poco afectuosa con la niña, aunque no acertase a comprender la causa de este desvío. Las zalamerías de su mujer le habían cegado, condenándole a vivir ignorante de sus malas condiciones. Rafaela no estimaba a Pablo porque creía que su hermosura merecía dueño más poderoso, y no amaba a la infeliz criatura porque veía en ella la prueba viva de su infidelidad.

Clara dormía en un cuartito cerca de la alcoba de sus padres, no tan lejano que pudiera Rafaela pasar por despegada, ni tan inmediato como debía exigirlo su cariño; mas si lloraba, antes había de oirla la criada que su madre. La

vestian temprano, tomaba chocolate en la mesa de la cocina y comenzaba luego a jugar en los corredores, acabando siempre por bajarse al patio, donde la esperaban impacientes la chica del portero y el hijo del mozo de caballos. Juntos, en torno del brocal del pozo o en los anchos escalones de piedra, empezaban sus diversiones, sin que Rafaela se ocupase en ella a no ser para amenazarla con azotes cuando cualquiera de los tres chiquillos alborotaba demasiado. A las dos venia Pablo a comer; la niña subia con las manitas sucias, el vestidillo arrugado, caidas las medias, pero contenta, sonriente, con hambre, fresca como una rosa y sin otro deseo que concluir pronto para volverse al patio. Durante la tarde continuaba con sus amiguitos saltando y divirtiéndose: unas veces corrian los tres chicos de extremo a extremo del patio, arrebatándose de entre las manos un trapo hecho muñeca o un palo convertido en espada; otras jugaban a las mulas, y el hijo del mozo de cuadra ataba a las dos niñas con una soga, haciendo restallar la tralla de una fusta desechada del guadarnés. Cuando arreciaba el vocerio, Rafaela, desde arriba, gritaba ásperamente:

—¡El año que viene irás a la maestra!

A las ocho, después de cenar, la acostaban; y así transcurrían los días y los meses, sin que Clara recibiese de nadie mejor educación ni mayores muestras de cariño. Pablo, que apenas la veía, se contentaba con besarla de cuando en cuando, y el Conde, si alguna vez al salir a pie atravesaba el patio, temía pararse con ella, creyendo que sus mimos pudieran delatarle. Respecto a Rafaela, nadie hubiera creído que Clara fuese hija suya: su despego rayaba en la indiferencia. Durante largas horas la niña permanecía en el patio, expuesta a un tabardillo o un catarro, sin que la echara de menos; salía y entraba en casa sin darle un beso, dejaba a la criada el cuidado de acostarla, y nunca, al entrar de improviso en su habitación, la sorprendió nadie con la pequeñuela tendida en su regazo. Si Clara, a media tarde, sentía hambre, se subía a coger del cajón de la cocina un mendrugo de pan: su madre jamás le daba de merendar. Sus ropitas, mal cosidas o rasgadas, atestiguaban el poco esmero que en ellas ponía quien tenía la obligación de atenderla; botón caído, no se volvía a pegar; puntilla descosida, ella sola iba desprendiéndose poco a poco. Toda la vigilancia de Rafaela se limitaba a que la niña tuviera un traje nuevo

para cuando la llevaba a alguna visita si Pablo no quería acompañarla, o por si éste se empeñaba en sacarlas a paseos domingueros hacia el Campo del Moro o la casa de vacas de la Montaña del Príncipe Pío. Nunca pensó en cuidados más íntimos: ese conjunto de trapitos blancos esmeradamente cosidos y guardados, que revelan juntamente a la madre cariñosa y la mujer trabajadora, esas pequeñeces inspiradas antes por el amor de quien las hace que en las necesidades de quien ha de usarlas, fueron cosas desconocidas para Rafaela. Algunas tardes la niña subía del patio ronca de gritar o con los pies húmedos de pasearse por los charcos; entonces su madre la reñía, zarandeándola cogida por un brazo, aturdiéndole los oídos con gritos y amenazas; pero no se preocupaba lo más mínimo de que la ronquera o los zapatos empapados en agua pudieran ocasionarla una enfermedad que le costase la vida. Clara crecía como esas plantas lozanas y vigorosas abandonadas al extremo de un huerto. Afortunadamente, su alma infantil no había llegado a sentir la necesidad del cariño; su vida se deslizaba entre los inquietos juegos del día y los profundos sueños de la noche, sin que su imaginación sospechase que hay madres que a

deshora se levantan, andando de puntillas, para mirar en qué postura se han dormido sus hijos.

Luisa, la sobrina amparada por el Conde, tuvo suerte distinta, pero no más envidiable. El afecto de su tío se manifestó en una forma fría y perezosa, que estribaba en dejarla hacer cuanto quería. Desde que la niña empezó a hablar encargó a todos los de la casa que no la contrariasen ni la hiciesen llorar, para que no atronara la casa con sus rabietas. Los juguetes, las golosinas, los trajecitos, estaban a su disposición: destrozaba y engullía cuanto se le antojaba. Pedro creía preferible cualquier molestia a escuchar continuamente el lloriqueo de aquella criatura voluntariosa y rabiosilla. Su cuerpecito esbelto, pero muy flaco; su mirada casi siempre vaga, tenaz sólo al fijarse; sus palabras imperiosas, sus negaciones rotundas, hasta sus movimientos bruscos, indicaban un geniecito violento, no endulzado por el cariño ni domado por la severidad. Era enfermiza y débil: el sentir frío al volver de paseo ya puesto el sol, el más ligero exceso en la alimentación, un merengue hurtado entre las comidas, bastaban para postrarla en su camita y traer revuelta la casa. Cuando esto sucedía, y

era frecuente, los criados habían de ir, según su antojo, a hacerle compañía; amontonaba sobre la cama los juguetes, sacaba fuera de las mantas los bracitos, pedía cuanto era prudente negarle, se obstinaba en no tomar medicinas, y a la menor contrariedad se enfurecía y gritaba, agravando su estado con agitaciones nerviosas que la ponían en verdadero peligro. Entonces, Pedro, que la oía chillar desde su despacho, salía, no a imponerle correctivo, sino para decir secamente:

—Dejadla, dejadla que haga lo que quiera: con los chicos no hay otro medio de entenderse.

Y la pequeña, viendo satisfechos sus caprichos, se amansaba como una fierecilla a quien arrojan un pedazo de carne.

Martina, que en un principio la recibió con visibles muestras de desagrado, comprendió luego que no era sensata su conducta, porque o Pedro había de encariñarse con Luisa, y en este caso le disgustaría su despego, o había de permanecer indiferente, y entonces, observando con mayor frialdad, podría darse a pensar en las causas de su antipatía hacia la sobrinita. Además, lo que ante todo le convenía era aprovechar aquella ocasión de que se aprecia-

se su carácter bondadoso y afable. De modo que, aunque tampoco Martina quería a Luisa, dió, como los otros, en mimarla del único modo que era posible hacerlo para no desagradar a Pedro, es decir, consintiéndoselo todo y educándola mal.

Así llegó Luisa a los siete años, cada día más enclenque de cuerpo e insoportable de genio, desarrollándose en su niñez de animalillo indócil todos los malos gérmenes de un carácter voluble, indeciso, arrebatado y terco. Sus exigencias, cuando no eran rápidamente obedecidas, se resolvían en pataletas y lloros, que paraban en ataques de nervios; sus caprichos, apenas satisfechos, la hastiaban horriblemente; después de engalanar una muñeca, le arrancaba violentamente las sedas o le pinchaba con las tijeras en el vientre de trapo para sacarle la estopa; pedía un plato de dulce, y cuando se lo daban no había quien se lo hiciese comer; en la mesa, todo lo manchaba o rompía; cada comida era una batalla, y como de cuantos la rodeaban, en realidad, ninguno la quería, nadie se preocupaba de que fuese creciendo dominante, consentida, inaguantable para todos y siendo la mayor enemiga de sí misma.

Quien más sufría con sus impertinencias era Martina. Se había impuesto, por no disgustar a Pedro, la obligación de cuidarla, y sin esperar agradecimiento de nadie, sólo por no chocar con él o darle pie para echarla en cara defecto alguno, aguantaba de ella lo que no hubiese tolerado de su propia hija. Martina apreciaba su situación perfectamente: sabía que en aquella frialdad, ya crónica, de sus relaciones con Pedro, el menor disgusto equivaldría a un rompimiento definitivo, que la obligaría quizá a no seguir viviendo bajo el mismo techo. Y si esto sucediese, careciendo de parientes y de amigos, sin nadie que la amparase, ¿dónde iría? Mientras las cosas siguiesen como estaban, tal vez el recuerdo de lo pasado, el capricho de un día, el entusiasmo de una hora, el egoísmo de la vejez, aficionada a buscar apoyo y compañía cuando se siente caer, podrían impulsar a Pedro, determinando la suspirada boda; pero una disputa extemporánea, una palabra impertinente, bastarían para echarlo todo a perder, y Martina transigía con estas amarguras, resuelta a conservar la calma, en que tenía fundadas su táctica y sus esperanzas. En verdad, su vida era harto triste: Pedro sólo veía en ella una querida jubilada;

los criados, una parienta pobre enseñoreada de la casa; ella misma no hallaba en el fondo de su alma sino deseos frustrados y ambiciones malogradas.

V

A pesar del desagrado con que Martina acogió a la chica del administrador, desde la tarde en que ésta subió a jugar con Luisa se estableció entre ambas niñas un trato frecuente, una amistad apasionada, pero inconsistente, como todos los afectos infantiles. Clara no pasaba ya los días tirada en las losas del patio o sobre la escalera de la puerta que llevaba al cuarto de sus padres, sino en las habitaciones de Luisa; de modo que Rafaela, que antes apenas se ocupaba en tal hija, llegó a prescindir de ella casi por completo. Clara, en cuanto la vestían, se encaminaba solita al piso principal, y sus entretenimientos, sus juegos la tenían como embobada hasta la hora de comer, porque entonces Martina le mandaba que se fuese. Por la tarde, si hacía mal tiempo, se repetían los juegos de la mañana, y si el día era

hermoso, Martina, modestamente vestida, con aspecto de aya más que de parienta, sacaba a Luisa a pasear en coche, interrumpiendo bruscamente los diálogos fingidos con las muñecas y el jugar a las tiendas o a las visitas.

Clara procuraba quedarse hasta ver a su amiguita engalanada con ricos trajes, sombrerillos de colores alegres y botas nuevas cada quince días. Luego el carruaje se llevaba a Luisa desde el pie de la escalera, desapareciendo unas veces por la plaza de Oriente, hacia la Moncloa, y otras por la calle Mayor, en dirección al Retiro, mientras la pobre chica lo veía alejarse sin que aquélla le dijese adiós ni sacara la cabeza de la ventanilla para tirarle un beso. Clara, que había ya perdido la afición del patio, se subía a su casa, permaneciendo largo rato entristecida por una impresión amarga, que su cerebro de niña no podía comprender aún, pero que en más de una ocasión, al quedarse inmóvil en el zaguán, sintiendo el ruido del coche que se alejaba, prestó a sus ojos una mirada vaga e indecisa de visionaria pequeñuela. En aquellos momentos su rostro parecía el boceto de una envidiosa. Después, su imaginación volaba: se fingía los corros de chicas jugando "Al alimón„ o cantando el "Me

casó mi madre„; oía el vocear de los barquilleros del Prado, confundido con el campanilleo de los cochecillos de cabras; las calles y las tiendas que había en el camino de sus paseos favoritos pasaban rápidamente por su pensamiento; soñaba despierta con sus propios deseos, y al volver en sí, turbada en sus visiones por un ruido cualquiera, tornaba a jugar con retazos de telas y cacharros rotos, sin que su alma sintiera rencor, pero triste, tímida y callada.

Un domingo por la tarde, Martina llevó a Luisa al teatro. ¡Día terrible para Clara! Aun lo recordaba a los veinte años. Desde muy temprano, su amiguita, sin hacerle caso, se dió a correr por los pasillos, entró en los cuartos de la costura y la plancha y bajó hasta la cocina, repitiendo sin cesar:

—¡Voy al teatro, voy al teatro!

Tantas veces lo repitió, que el Conde la oyó desde su despacho, y al cruzar una sala en que estaba Martina, no pudiendo contenerse, dijo:

—¿Por qué no llevas a Clarita?

—Hecha un pingo, ¿verdad? Con la ropa que tiene... ¡Bonita estaría!

Pedro no tuvo valor para insistir; pero le faltó poco para añadir: "Ponle un traje de Luisa."

Después de almorzar empezó el engalanamiento de la "señorita", que por primera vez se estuvo quieta mientras la vestían. Clara la vió emperejilarse de pies a cabeza. Le pusieron unas enagüillas bordadas, llenas de encajes menudos, que a cada movimiento parecían entreabrirse como una ola de espuma; un vestido de raso azul claro, guarnecido de lacitos blancos estrechos, que se rizaban al menor soplo del aire, y un sombrerito, blanco también, con cintas de raso azul; botitas blancas de cabritilla, guantecitos de seda y un manguito proporcionado a su estatura completaban el traje. Ella se dejó adornar, seria como una matrona romana que hubiese de ir al circo, colocada frente a un espejo de cuerpo entero, que reflejaba su figurita, delicada y grácil. Clara, que presenció todas las operaciones, cuando ya iba a marcharse le vió unos pliegues mal arrugados, que descubrían el forro de la falda, y acercándose a ella, muy triste, pero sin señales de llanto, estiró cuidadosamente el raso, diciendo:

—Era un fraile.

Al volver de la función, Luisa comió medio dormida y la acostaron, sin que hablase a su amiga; pero apenas la levantaron al día si-

guiente pidió que la dejasen jugar con Clara, deseosa de contarle lo que había visto. Impaciente, ansiosa de referir lo que la impresionó, fué explicándoselo todo en su lenguaje incorrecto y aniñado, mezclando y confundiendo las ideas.

—¿Cómo son los cómicos? ¿Por dónde salen?—preguntaba Clara, que no había visto nunca un teatro.

—Unas veces hay árboles y otras veces casas—respondía Luisa,—y luego casas por dentro, y hay muebles, y hablan. Mira: salen señoras y caballeros... y cantaban. Había una de blanco, y siempre que estaba allí venía un señor con plumas en un sombrero muy grande, y otro detrás, que es el que hace reir, porque tiene miedo, y después un viejo que se enfada, y se van los otros. Otra vez sacaron las espadas, y las mujeres daban gritos, y el que va detrás del de las plumas tuvo más miedo, y el otro le reñía, y luego se llevaban a una señorita, que es la que salía para hablar con el de las plumas, y se acababa un acto porque dejaban caer el telón. Después tocaban la música, cuando no salían otros; porque cuando no salen más no son actos. Y tardaron, y no salían nunca, y por fin salieron.

—¿Y decían cosas, o cantaban?

—Decían cosas, pero son versos, y muy de prisa. Había dos que querían casarse, y el viejecito que regañaba no quería.

—¿Y tú donde estabas?

—Pues en un palco, que son como cuartitos pequeños, que parecen cajones grandes, con luces por fuera, y abajo es donde tocan, y también hay gente, y cuando no trabajan se van.

—¿Y cuánto dura? ¿Y qué dicen? ¿Hablan todos? ¿Cómo estaban vestidos? Y la música, ¿es grande? ¿Cómo tocan?

—La música toca, y cuando tocan fuerte es que soplan mucho, cuando no hablan; y salen vestidos como en las estampas. Tocaban mucho: ¡chin, chin, patachín!; pero cuando no estaban los del teatro, nada más que la gente como nosotros. Y en la gente había señoras y caballeros. Cuando cantaban aplaudían, y otras veces se reían nada más. Estaban muchas señoras bien vestidas y con vestidos de colores, elegantes como las visitas, y en los palcos, como nosotros, estaban otros señores y niños, y arriba, arriba, junto al techo, que hay mucha luz, había mucha gente; pero abajo, donde yo estaba, todos estaban bien vestidos; niñas pobres, como tú, no había.

Ni Luisa conocía el alcance de sus palabras, ni Clara podía comprenderlo; pero no preguntó más. Pusiéronse a jugar: en algunos momentos, Luisa, de pronto, hablaba de algo que se refería al teatro; Clara la escuchaba atentamente y se fingía la realidad de lo que oía; pero sin hacer observación ninguna ni figurarse ya que ella también podía haber visto todo aquello que le contaban. ¡Tal vez muchos años después, estando en posición distinta, quizá rodeada de otra atmósfera y envuelta en un lujo de mala ley, vinieran aquellas palabras a recordarle las tristezas de su infancia!: "¡Niñas pobres, como tú, no había!"

. . . .

Andando el tiempo, llegó a ser Clara el principal entretenimiento de Luisa: en aquella amistad infantil había algo de servidumbre. Cuando Luisa cumplió ocho años, no antes por expresa prohibición de los médicos, Martina emprendió la tarea de enseñarla a leer, creyendo hacerse así agradable a los ojos de Pedro. Clara presenciaba algunos días la lección, y de tanto oír repetir letras, sílabas y palabras, sin más ayuda que su inteligencia y su memoria, empezó a distinguir vocales y consonantes mucho mejor que su amiga.

Entonces Rafaela la envió a la maestra, donde en muy poco tiempo adquirió la escasa instrucción que tuvo para el resto de su vida. Supo leer, escribir, prescindiendo de la ortografía, algo de cuentas, coser en blanco y bordar con dibujos monjiles, a estilo del año 30; todo esto aderezado con seis o siete oraciones diarias cantadas en coro y unos cuentos, no siempre morales, bautizados con el pomposo nombre de Historia Sagrada.

Al año siguiente de ir Clara a la maestra, el Conde, harto de rabietas, puso a Luisa de mediopensionista en un colegio de monjas muy aristocrático, donde fué aprendiendo lo mismo que la otra, aunque llevándole de ventaja el tener mejor letra y conocer unas cuantas palabras francesas malamente pronunciadas. Clara salía para su escuela antes de las ocho de la mañana; a las diez llevaban a Luisa, en coche, a su colegio. Esta fué la primera barrera que se alzó para separarlas. Los entretenimientos comunes se hicieron cada vez mas raros; Luisa, casi instintivamente, se reservó el uso exclusivo de sus juguetes, como si el trato de otras chicas le infundiese la idea de la propiedad. Si daba a Clara alguna muñeca destrozada, pronunciaba ya la palabra "regalo,, y acos-

tumbrada a codearse con niñas bien vestidas, advirtió la diferencia que había entre las sedas que la engalanaban y los percales que cubrían el cuerpo de Clara.

No sólo varió la situación de cada una con relación a la otra, sino que las diferentes condiciones de vida crearon dos tipos, dos caracteres enteramente distintos, puestos alguna vez en íntimo contacto para que el contraste impresionara más. Luisa creció débil, sufriendo una o dos enfermedades cada invierno, que la dejaban como las heladas al arbusto joven; todas las dolencias propias de la niñez se cebaron en ella, desfigurándola sin afearla, pero variando por completo la expresión de sus facciones. Sus ojos, de un azul claro, parecían mayores por la delgadez de la cara y la insistencia del mirar; sus labios perdieron el color; las piernas y los brazos se le quedaron extremadamente flacos, como palitroques mal tallados; los pies eran largos y las manos huesosas.

Clara, en cambio, conforme se acercaba a la pubertad iba hermoseándose y adquiriendo un desarrollo que era prenda segura de una belleza llena de atractivos. La blancura de su rostro se iba coloreando de tintas suavemente carminosas; el pelo, negro, crecía en madejas sua-

ves, dóciles a los caprichos de las primeras coqueterías infantiles, y el cuerpo comenzaba a indicar, por curvas y depresiones admirables, sus encantos futuros.

Luisa, mimada, consentida, se hizo inaguantable para cuantos la rodeaban. La niña caprichosa y traviesa se transformó rápidamente en mujercita díscola y vanidosuela. Soportábanla los criados entre refunfuños o maldiciones; las monjas del colegio sólo la toleraban por tener de educanda a la sobrina del conde de Elgueta; Martina la sufría sin chistar por no indisponerse con Pedro; y éste, como apenas la veía, no paraba mientes en lo que le contaban, ni hacía caso de ella, ni le importaba un bledo que, no siendo hija suya, estuviese bien o mal educada. Ademas, como su situación respecto de Pablo y Rafaela no le permitía intervenir directamente en la educación de Clara, por un sentimiento innoble, pero muy humano, casi miraba con gusto la diferencia de condiciones que el tiempo iba estableciendo entre la sobrina pegadiza, recogida en un arranque de piedad, y aquella otra niña, a quien en el fondo de su corazón llamaba hija.

Entretanto, Clara crecía sin verdadero apoyo; tenía padres y parecía huerfana. Rafaela

la miró siempre como la consecuencia viva de su falta; ni aun llegó a considerarla como el fruto de una pasión desgraciada. Aquella madre, pagada de sí, envanecida hasta por los requiebros que oía en la calle, era incapaz de querer a la pobre niña. Era un tipo moralmente frío, egoísta; una de esas mujeres que, bien pagadas, fingen ternura unos cuantos días, pero cuyo corazón no siente sino lo que aja o favorece su amor propio: madera de cortesanas que debieran ser estériles.

El Conde no se atrevía a demostrar el cariño que sentía por Clara, temeroso de que le hicieran traición sus sentimientos, y se limitaba a besarla a hurtadillas, dándole de cuando en cuando una moneda, como si fuera la hija de un criado.

En cuanto a Pablo, único apoyo que quedaba a la infeliz niña, vivía absorbido por los trabajos de la administración y por lo que le hacía cavilar su mala suerte, tan distinta de la que cupo a Pedro. Seguía siendo honrado, o, mejor dicho, cobarde para dejar de serlo; pero su imaginación continuaba haciéndole desgraciado, aunque nadie le conociera en público los malos ratos que pasaba cada vez que, al cerrar una liquidación o un balance, adquiría

el convencimiento de la prosperidad de su amigo. Además, en el ánimo de Pablo, antes que su hija estaba su mujer, de quien seguía enamorado con la obcecación insana y brutal de los sentidos. Fué tardo en apreciar los placeres, pero al conocerlos los quiso intensos; halló en Rafaela lo que necesitaba, y no se preocupó de más. Lo mismo le hubiera servido cualquiera otra para el caso, con tal que fuese también metida en carnes, sensual, frescota, de labios gruesos, buen color y mucho pecho. Por otra parte, el trabajo continuo del escritorio, el salir temprano, cuando aun no se había despertado la niña, el volver a casa entrada la noche, el quedarse a comer muchas tardes acompañando al Conde, y, sobre todo, el no ser nunca atraído hacia Clara por las insinuaciones o el ejemplo de su mujer, eran poderosos motivos para que su atención se desviara de ella.

El tiempo, gran creador de diferencias sociales, fué apartando a aquellas dos niñas, y la educación les dió distinta resistencia para las luchas de la vida. La conciencia de su propia flaqueza, que hace temibles a los débiles, influyó lamentablemente en el carácter de Luisa: viéndose obedecida, se hizo orgullosa; el roce

con las monjas la contagió de hipocresía, y las amistades de colegio con niñas de casa grande, le infundieron una vanidad ridícula. La precocidad de su ingenio puesta al servicio de instintos vulgares, ayudada de no buenos ejemplos, acabó de pervertirla, y sins er mala resultó maleada Rara vez lo malo nacía de ella, pero se lo asimilaba fácilmente. Para corregirla hubiera sido preciso enmendar a cuantos la rodeaban. Al llegar a los catorce años era una personilla inaguantable, presagio de una mujer terrible para el desdichado que cayera en sus manos.

Mandaron los médicos que tomase baños de mar, y al verano siguiente Martina, acompañada de una doncella, la llevó a Biarritz. Volvió de allí tan endeble como fué, pero vestida de largo, con un baúl enorme lleno de trajes, con cierto airecillo de muchacha no formada que quiere parecer mujer y con peor carácter que nunca. Su regreso a Madrid fué un golpe fatal para la pobre Clara. Sabiendo ésta el día de su llegada, la esperó en la puerta de la casa desde que el coche fué por ella a la estación; estuvo aguardándola con impaciencia, y al ver venir el carruaje por la esquina de Palacio, se entró en el zaguán para recibirla en sus brazos. Al fin

llegaron; primero se apeó Martina, que saludó afablemente a los criados; y tras ella, mostrando unas botas de cuero gris y unas piernecillas muy delgadas, saltó Luisa, y sin hacer caso de nadie, empezó a subir las escaleras. Clara dió un paso hacia ella para besarla; pero Luisa, alargándole un saquito de mano con broches de níquel, le dijo secamente:

—Toma, sube eso.

Ella tomó el saquito y se lo pasó á un criado sin desplegar los labios.

Aquella misma tarde Martina detuvo a Clara en un pasillo y con mucha aspereza le dijo que en adelante se abstuviera de tutear a Luisa. Al fin y al cabo, aunque fuesen de la misma edad, era la señorita, y aquello no estaba bien. Tampoco debía subir al piso principal sin que la llamaran, ni era posible que continuasen jugando juntas como dos chicas de la calle.

Cuando Clara se alejaba llorosa y humillada, Martina le dijo desde el extremo opuesto del pasillo:

—Mira, mira, no vengas con pamemas; Luisa no es de tu igual.

Al enterarse de ello Rafaela, hizo por orgullo lo que hasta entonces no había hecho por ca-

riño; prohibió a Clara salir de su cuarto y la vigiló más de cerca. A partir de aquel día fueron, Luisa, la señorita de la casa, y Clara, la chica del administrador.

VI

El Conde llegó á caer en ese estado de enamoramiento senil que hace cometer al hombre todo género de torpezas; Rafaela pensó que ya era tiempo a propósito para sacar algún provecho material de sus encantos; así el amante se convirtió en súbdito, la querida pasó de sierva favorecida a señora exigente, y ambos, absorbidos por el amor y la ambición, descuidaron el prudente disimulo observado hasta entonces: el apetito y la codicia vencieron al temor y la cautela.

La casa de labranza de Torrejoncillo fué tomando incremento; se reconstruyeron tapias, se alzaron cercas, saneáronse terrenos abandonados, se rectificó el cauce de las aguas mal dirigidas, y fué creciendo de semana en semana el número de braceros empleados. Con frecuencia Pablo, por disposición del Conde. se

veía obligado a pasar algunos días ausente de Madrid, pero cuando su permanencia en la dehesa debía prolongarse mucho llevaba consigo a Rafaela, desbaratando sin saberlo los proyectos de Pedro, y reduciendo a noches de aburrimiento en el Casino las que él tenía imaginadas como fiestas para su deseo.

Esta y otras cosas análogas, que ignorante de su situación hacía Pablo, acabaron por exasperar al Conde, poniéndole en el disparador de cometer imprudencias, que fijaron la atención de su víctima.

Pedro, antes adusto y terco para con todos, lo era también con su engañado amigo; pero desde que se entendió con Rafaela, y sobre todo desde que ella oprimió los lazos en que le aprisionaba, fué haciéndose más tratable y afectuoso con el marido. Las discusiones entre ambos duraban menos; le concedía más fácilmente la razón; solía consultarle con frecuencia, y hasta se dió el caso de inclinarse a su modo de pensar. Esto lo había ido notando Pablo poco a poco; pero como no le aumentaba el sueldo, ni hacía demostraciones análogas, comprendió también que si en realidad no revelaba el Conde, respecto de él, mejores intenciones que antes, era indudable que

ponía algún empeño en contentarle. ¿Por qué sería, a qué obedecería ello? No fueron más allá sus sospechas, hasta que empezaron a molestarle las idas y venidas a Torrejoncillo; lo que le extrañó desde un principio fué el tesón puesto en beneficiar una finca olvidada y de la cual sólo gastando muchos miles de duros podría sacarse algún partido. Chocábale también que las reformas no se ejecutaban con la constancia necesaria y en la ocasión debida, sino que todo se llevaba despacio, con engañosa actividad, como si hubiera empeño en que la reforma durase mucho. Por otra parte, casi todas las cosas que se sometían a su vigilancia eran ajenas a su competencia, mayor para ocuparse en los negocios de Madrid. Pensando en la índole de aquellas obras, hízose Pablo estas y otras reflexiones, y no hallando explicación satisfactoria, abrió su alma a la sospecha, que, como la hierba, brota sin que se la sienta.

La duda se le presentó, primero en esa forma de cosa verosímil, pero que la razón rechaza instintivamente; después comprendió que no era imposible. No se dió a pensar en el carácter y antecedentes de Rafaela, sino en cómo, cuándo y con quién podía engañarle, admitiendo desde luego la hipótesis, y necesitando

únicamente pruebas para verla convertida en triste realidad. Entonces paró mientes en que sus ausencias acaso facilitaran la traición; esta idea se unió a la impresión que le produjo la inesperada amabilidad de Pedro; recordó que Rafaela no salía de casa sino para ver a su tía Pascuala, cuyo solo nombre le hizo poner mala cara, creyéndola ya tercera del mal que sospechaba, y fué, por fin, atando cabos, hasta hacer memoria de que algunas veces, cuando iba con Rafaela a Torrejoncillo, el Conde acudía a inspeccionar los trabajos, y que rara vez acaecía esto cuando iba él solo. Aún más: se dió el caso de que, estando los tres en Torrejoncillo, le hiciese el Conde volver repentinamente a Madrid, so pretexto de algún negocio, y sin darle tiempo de traerse consigo a Rafaela.

Esto último acabó de abrirle los ojos; la sospecha tenía ya fuertes raíces. Como postrer recurso de imaginativa para no creer lo que le sucedía, se acordó de lo poco mujeriego que fué Pedro en sus mocedades. Pero, ¿y él? ¿No había sido también difícilmente enamoradizo, y, sin embargo, no estaba sojuzgado ahora por Rafaela? Al darse esta respuesta, el primer sentimiento que le dominó fué la ira, clara prueba de que no quería a su mujer; no expe-

rimentó pena ni tristeza, sino rabia. ¡Cuántos beneficios la habia dispensado! ¡Con qué grandeza de alma la habia elevado hasta sí! Los olvidados impulsos del apetito tomaron en sus razonamientos forma de buenas acciones. Y ella, ¡cómo le pagaba!—"¡Recoja usted una mujer de la calle—se decía,—arránquela usted a las asquerosidades del vicio, a las miserias del hambre, porque si no fuera por mí no tendría que comer, conviértala usted en señora, y luego!...„ No tuvo un momento de dolor profundo, ni un quejido del alma, ni una lágrima por la ilusión perdida. Todos fueron arranques del despecho, gritos del amor propio.

No lo que hizo, sino lo que dejó de hacer, pinta a aquel hombre. Quiso convencerse materialmente, llegar hasta la evidencia; pero al fin de todas sus cavilaciones halló la imposición de tener que abandonar aquella casa, que consideraba como suya, cuyos negocios le parecían obra exclusivamente propia, y cuya prosperidad se le debía. Todo lo cual le horrorizó más que la culpa de Rafaela, no por amor a la casa, no por una fidelidad ya imposible, sino por apego a su posición cómoda y descansada, por rutina de costumbres, por esas

miserables pequeñeces que son las que envilecen más. Cuando el hombre obra torpemente, su voluntad busca medios de justificar la propia infamia. ¡Y qué rica en recursos es entonces la imaginación! "¿Quién lo sabe?—se dijo—Separándome, ¿qué evito? ¿Dónde voy luego? ¿Y la niña?... No: ¡la chica!... ¿Será mía?..."

Fué un monólogo largo, repugnante, de muchos días, que contado parecería horrible, y en realidad no pasaba de asqueroso. La idea que se le impuso, superior a su voluntad y su desengaño, fué la de confirmar aquellas sospechas. Quería verlo, convencerse de ello, sin que ni por un momento le dictase algo decoroso la dignidad ofendida.

Poco tardó en lograrlo. A la semana siguiente tuvo que trasladarse a Torrejoncillo, y a los dos días llegó el Conde.

La quinta distaba del lugar como dos tiros de fusil, y era tan grande que dentro de ella había una parte de monte, extensos llanos que regaba el Henares, formando deleitosa vega, campos labrados, terrenos baldíos y espesos matorrales con abundante caza.

En el centro de la posesión estaba la casa: un edificio compuesto de dos grandes cuerpos labrados en épocas distintas, y unidos des-

pués por otro más moderno, formando con los anteriores un patio que cerraba una tapia con su portón al campo. Los cuerpos laterales se comunicaban interiormente, y uno de ellos tenia una puerta pequeña al patio. A la derecha del portón estaba el cuarto de los mozos, con cabezadas de bestia colgadas de los muros, mantas, sacos y alforjas; al fondo un gran hogar, junto al cual habia dos montoncillos de leña, sarmientos y ramojos hacinados para alegrar el fuego, y en todo ello polvo que traía el viento y mal olor que dejaban los gañanes.

El patio, empedrado de menudos cantos, que el agua habia separado donde caían las canales, estaba lleno de aperos de labranza, hoces, azadas, palas de hierro y azadones con el pico abrillantado por el uso y los mangos de palo sebosos y mugrientos. Habia brazados de tomiza para hacer rediles, yugos y arados, rejas y estevas, cántaros de hoja de lata para la leche y aparejos de mulas; veíanse, en fin, colgando de las paredes cribas de desecho, soguillas para sujetar las cargas y jaulas de reclamos que a la noche se metian bajo techado enfundadas en sus bayetas verdes.

De todo ello cuidaba el tío Forzudo, un guarda ya entrado en años, más fuerte que un

roble, con el rostro curtido por la intemperie y el entendimiento por la malicia rústica. Era rudo y muy brusco, pero ladino y socarrón; Forzudo le llamaban porque en sus buenos tiempos desgajaba una rama de olivo entre las manos, y sujetaba un potro para herrarlo. Tenía su habitación en la planta baja de la casa, con una gran ventana al patio, desde la cual podía vigilar sin cansarse.

De las piezas altas de la casa sólo tres o cuatro había amuebladas para uso del Conde, y una más modesta, donde habitaban Pablo y Rafaela cuando venían al campo. Altos y copudos álamos blancos circundaban la casa, y entre las líneas claras de sus troncos resaltaban los olmos de ramaje oscuro, proyectando frescas manchas de sombra que se movían lentamente. No lejos, un arroyo marcaba su tortuoso curso con sauces y mimbreras que a su orilla crecían. Más allá había un barranco trocado en vertedero, donde, entre montones de inmundicias, vasijas rotas, guijarros, peladuras de hortalizas y charcos sucios, bullían, picoteando el suelo, los patos, las gallinas y una alegre bandada de palomas, que de cuando en cuando alzaba el vuelo con sonoro aleteo, yendo a posarse gentilmente sobre los caba-

lletes del tejado. Por delante del portón del patio cruzaba un ramal del camino que conducia desde la posesión al pueblo y la estación de la vía férrea; en sus laderas, a distancias iguales, se veían los montones de cantos partidos y de arena con que borrar las huellas profundas de los carros. De trecho en trecho se señalaban en el campo las veredas que eran atajos para cruzar la finca desde las casetas de los guardas, que en sus lindes la custodiaban, hasta los rediles plantados en los cerros, donde el ganado, en el buen tiempo, pasaba la noche al aire libre. Otros senderos más ásperos llevaban a los sotos donde se hacían los tollos para la caza, o a la presa del molino, en cuyas aguas claras y batidas había gruesas truchas y sabrosas tencas. Como la casa estaba en un altillo, divisábanse desde ella muchas tierras, unas recién labradas, oscuras con el color de los terrones húmedos, otras polvorientas y grises, manchadas acá y allá de verde hierba en las proximidades de las fuentes. Los linderos de diferentes prados se indicaban por estrechas sendas de paso, y hacia la parte del monte, donde comenzaba la aspereza de las cuestas, la luz marcaba con sombras más o menos intensas todas las desigualdades del te-

rreno. Por la hondonada corría el río manso y callado cuando tenía libre el curso, rápido y espumoso cuando al salir de algún molino rugía el agua, prisionera entre murallones de piedra. Un cielo azul, esplendoroso, lo cubría todo, y de la soledad de la planicie o de la altura de los cerros se alzaban sonidos llenos de natural y poético encanto; el amoroso gorjeo de las aves enceladas o el rudo cantar de los braceros.

Las faenas del campo y las obras emprendidas por el Conde daban de comer a mucha gente. A todos los zagales y gañanes conocía Pablo; pero de quien principalmente se asesoraba, y por quien sabía lo sucedido en sus ausencias, era por el tío Forzudo.

Cuando alguien de la casa del Conde quería ir a la finca avisaba la víspera, y salía a esperarle a la estación un carricoche que en quince minutos le llevaba a la dehesa.

Un día recibió Pablo orden de ir a ver cómo marchaban las obras: el Conde, al despedirle, preguntó:

—¿Cuándo acaban de trabajar los valencianos que han venido a componer los riegos?

—Hoy es lunes—contestó Pablo,—calculo que hacia fin de semana.

—Pues no te vengas hasta que terminen: les pagas y que se vayan, porque, sino, armarán pendencia con los de la tierra cuando menos lo pensemos.

En vista de esto, Pablo resolvió llevar consigo a Rafaela. ¿Vendría tras ellos el Cònde a los pocos días, como otras veces había hecho? ¿Podría sorprenderlos juntos, o tal vez quedaría demostrada la inocencia de su mujer?

¿Y Clara? Clara se quedaría en casa con la criada, como de costumbre. Cuando su padre no desconfiaba de su mujer, apenas hacía caso de la niña; ahora la trataba con el mayor despego.

Pablo y Rafaela llegaron a la dehesa al caer la tarde, hermosa y tranquila, a tiempo que volvía la gente del campo con las herramientas al hombro y empezaban a volar a ras de tierra los murciélagos. Hacia Oriente tenía el cielo un tinte violáceo muy oscuro, al Ocaso resplandecía una faja de luz amarillenta, y en lo alto de la bóveda celeste brillaban algunas estrellas.

El tío Forzudo, que esperaba al señor "aministraor, y a doña Rafaela sentado en un poyo de piedra junto al portón del patio, se levantó, sombrero en mano, al verlos acercarse.

—¿Ustedes buenos, eh? ¿Y el señor Conde?

—Todos buenos—dijo Rafaela bajando del cochecillo y entrando en el patio, mientras Pablo se quedaba en la puerta hablando de los regadores valencianos con el tío Forzudo.

Al terminar su conversación, éste añadió:

—Pues, señor, yo tenía que pedir a "usté„ un favor "pa„ que se lo "ijese„ al señor Conde.

—¿Qué es ello?

—Pues, "na„, que "aquí ha dos años„, el señor Conde libró del servicio a Martín, el hijo del guarda del Sotillo, y este año es "soldao„ mi chico; y como el santo del señor es pronto..., vamos..., que si quisiera el señor hacernos ese beneficio, se lo "agraceríamos„ en el alma, "más que„ nos rebajase el jornal si quería; en fin, lo que fuese su "voluntá„.

—Mucho dinero es, pero se lo diré al Conde... Tú ya sabes que os aprecio... Se lo diré, se lo diré.

—"Usté„ ya sabe que aquí no hay más amo que "usté„. Mal andaría "tóo„ esto si no fuera por "usté„.

El labriego conocía que la debilidad de Pablo consistía en creer que toda la prosperidad de la casa era obra suya. Pero había otra cosa

que conocia mejor: la infidelidad de Rafaela. Hasta le tenía tirria, no porque engañase a su marido, sino porque, arreglándose sola cuando queria ver al Conde, no le valían aquellas trapisondas ni una mala propina. Era, por tanto, perfectamente humano que el tío Forzudo no la quisiera bien, y muy propio de criado descontento que al pedir un favor al marido, estuviese dispuesto a contárselo todo para pagar asi lo que le otorgasen o por vengarse de que no le dieran.

A las cuarenta y ocho horas de llegar Pablo y Rafaela, se recibió aviso del Conde: él también venia a la dehesa. Rafaela, que lo sabía, recibió la noticia como si no le importara; Pablo se contuvo para no arrugar la carta entre las manos. ¡Por fin iba a salir de dudas! Sentía hacia Rafaela un desprecio profundo; pero aquella noche, por mortificarla o por envilecimiento, imaginando que robaba la mujer de otro, estuvo cariñosísimo con ella. Rafaela le soportó sin repugnancia, casi sin violentarse, fingiendo con gran naturalidad, tranquila hasta el descaro.

Cuando se levantó Pablo por la mañana para ir a esperar al Conde, continuó el fingimiento.

—¿Dónde vas?

—A esperar a Pedro; ¿no has oído ayer que llega por el primer tren?

—No, no he oído nada.

VII

Pasados tres cuartos de hora volvió Pablo acompañando al Conde, que fué respetuosamente saludado en el portón por el tío Forzudo y un grupo de gañanes. Rafaela no se presentó hasta las dos, hora de la comida, durante la cual Pablo no observó nada que pudiera inquietarle. Por la tarde Rafaela se entretuvo en leer un par de periódicos que el Conde trajo, y que a nadie hubieran chocado, porque nada de particular tenían, a no ser unos numeritos hechos con lápiz en el margen, como si faltando papel a quien los hubiese leído antes, hubiera aprovechado aquel estrecho espacio para hacer un cálculo que temiese confiar a la memoria. Aquello, sin llegar a ser una cifra, era una seña convenida: los numeritos indicaban que el Conde proyectaba quedarse solo con su querida.

Pablo y el Conde pasaron la tarde visitando unas presas. Por la noche cenaron los tres, y a la media hora el Conde se retiró a sus habitaciones.

Al otro día el correo trajo dos cartas para el Conde, recibidas precisamente a la hora del almuerzo; al abrir y leer la segunda, dijo, encarándose con Pablo:

—Tienes que ir a Madrid: se ha publicado en la *Gaceta* el decreto del empréstito, y sólo tú puedes intervenir en esto por lo que se refiere a nosotros.

Pablo miró a Rafaela, conteniendo la ira.

—Bueno, nos iremos esta tarde.

Ella calló.

—¿Qué necesidad hay de hacerla ir y venir? Además, tienes que volver dentro de tres o cuatro días, para no marcharte ya sino cuando concluyan por completo los valencianos—dijo Pedro.

—Es que la niña no puede quedarse sola tanto tiempo; y si he de estar allí tres días...

Pablo pensó en su hija, no por cariño, sino como pretexto para llevarse a Rafaela. Entonces ésta, temiendo ir a Madrid, dijo:

—Bien cuidada está; despacha pronto, y tráetela.

Calló Pablo; ninguno durante este breve diálogo levantó los ojos, y aquella tarde, ya al anochecer, mientras Rafaela andaba inspeccionando la despensa, Pablo entró malhumorado en su cuarto, y delante del tío Forzudo, que vino a preguntarle si para ir a la estación quería el carricoche o su caballo de silla, empezó a meter desordenadamente en un maletín la ropa que había ensuciado aquellos días, dos o tres legajos y la *Gaceta* que le había dado el Conde para que estudiase por el camino las bases del empréstito. Al coger el periódico lo arrugó con enojo, y exclamó en voz alta:

—¡Maldito sea el empréstito! ¡Ya me voy yo cargando con tanto ir y venir!...

—Pues la noche —dijo el tío Forzudo—"paece" que va a ser de agua; antes tan sereno, y ahora... Mejor será que lleve "usté" el coche... La verdad que es "pesao" tener que irse "pa golver" tan pronto. "Paece" que el demonio lo hace; pero "de que" viene el señor Conde, luego "tié usté" que "dirse pa" Madrid; siempre pasa lo mismo.

Pablo continuó guardando cosas y renegando de su suerte.

—Esto es ya demasiado... Se necesita ser

de estuco para aguantarlo... El día menos pensado lo echo todo a rodar.

El Forzudo comprendió o quiso interpretar mal aquel enojo.

—Sí, esto ya me lo maliciaba yo: un día u otro tenía "usté„ que saberlo; un día u otro tenía que suceder...

—¿Saber, suceder qué?—gritó Pablo, cogiéndole por las solapas de la chaqueta—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que sucede?

—Pues "ná„, hombre, "ná„, y no me sacuda "usté„, que no soy cerezo; no "paece„ sino que es "usté„ el primero a quien engaña la parienta.

Pablo, como personaje de comedia, miró en torno suyo, cerró la puerta, y dirigiéndose al Forzudo, le dijo, sin andarse por las ramas:

—Díme todo lo que sepas, y cuenta con los ocho mil reales para lo del chico.

El Forzudo no se hizo rogar, ni esperó a que le repitiesen la promesa.

—"Ná„, señor; aquí..., pero "usté„ no vaya a enfadarse conmigo. En fin, que mejor es saberlo que callarlo..., y yo no les he "favorecío en ná„. Aquí ya lo "ician„ los criados del señor Conde alguna vez que han "venío...„. Vamos, que el señor Conde y la "seña„ Rafae-

la..., vamos, que se hablan hace ya mucho tiempo, y unos "ician" que "usté" no lo sabía y otros que sí, porque la cosa era ya "mu" antigua, y que se hacía "usté" el tonto...

—¿Y qué más?

—Señor, yo no sé más.

—Pero tú, cuando yo me he marchado otras veces dejándoles aquí, como ahora, ¿qué has visto?

El Forzudo callaba, temiendo ver estallar la cólera de aquel hombre, que parecía una fiera. Por fin, nuevamente apremiado, habló:

—¿Pues le "paece a usté" poco que así que llega el Conde le mandan a "usté pa Madrí", y que cuando "usté" viene solo al señor Conde no se le antoja venir? Vamos, en fin, que cuando "usté" se marcha ellos aquí hacen lo que les da la gana.

—¿Dónde se ven? ¿Cómo sabes tú que se ven?

—Verse, se ven en el cuarto del señor Conde, que es el mejor; y saberlo, lo sé porque una noche que subí al tejadillo de ahí enfrente, para coger unas cuerdas que el chico pequeño había tirado jugando, miré al balcón del señor Conde, que tenía luz, y había otra persona con él; y como no hay visillos..., pues

era doña Rafaela, y él, con mucho mimo, la estaba quitando del brazo una pulsera.

—Bueno, cállate. No hables a nadie de esto, ¿lo entiendes? Yo te proporcionaré los ocho mil reales. Pero tienes que hacer cuanto te diga... Volveré ahora, ya de noche, desde la mitad del camino, y tú me abrirás el portón del patio.

—Pero, señor, ¿"usté„ no conoce que se va a armar un lío "mu„ grande? ¿Y qué me va a pasar a mí?

—A ti no te pasará nada. Te daré el dinero para lo del muchacho, y en paz.

Cerró la noche. En el cielo, entoldado por un nublado muy espeso que anunciaba agua de temporal, no se veía una sola estrella. Soplaba un aire fuerte que traía olor a tierra húmeda, y no se oían más ruidos que el rumor de los ramajes agitados o el ladrido de los mastines de guarda, que rondaban en torno de la casa. Pablo, arropado con su capote de caza, montó a caballo y salió por el camino de la estación. Rafaela, inquieta, desde una ventana, y el Conde, ansioso, desde otra, sintieron alejarse el choque de los cascos del caballo contra los cantos; pero eran prudentes, tenían por costumbre no reunirse hasta después de

haber oido el silbido con que el tren anunciaba su entrada y salida de la estación cercana; esperaban luego otro rato, por si Pablo no hubiera llegado a tiempo, y si no volvía, Rafaela salía de su cuarto, y atravesando piezas, llegaba hasta la puerta que ponía en comunicación el edificio lateral, que ella y su marido ocupaban, con el cuerpo central, en que estaban las habitaciones del Conde.

Pablo, al llegar a la mitad del camino, se apeó, y atando el caballo a un árbol, volvió a la quinta, diciendo al Forzudo cuando le abrió el portón:

—Ve a buscar al "Negrito", que está amarrado a la izquierda del puentecillo de la acequia. Yo me quedo aquí.

Marchóse el Forzudo; Pablo entró en su cuarto, cogió un manojo de llaves, buscó la de la puertecita de la escalera que subía del patio a las habitaciones del Conde, y pegándose al muro cuanto pudo, andando muy despacio llegó hasta ella y la cerró. Antes de marcharse había cerrado también la que en el piso principal daba acceso a su cuarto desde el que ocupaba el Conde, de modo que éste y Rafaela quedaron así incomunicados, porque de ambas entradas tenia Pablo las llaves. Entró luego en

el cuarto del Forzudo y se sentó. Su estratagema no podía fallar. Mientras tanto, Rafaela, trascurrido ya el tiempo que se disputaban su miedo y su impaciencia, fué hacia el cuarto del Conde, pero halló la puerta de comunicación cerrada. ¿Qué podía ser aquello? Ni siquiera se dió a pensarlo; un descuido de un criado, cualquier cosa. Entonces se dirigió hacia el patio, vió luz en el cuarto del Forzudo, pero no sintió ruido, y cruzándolo se fué a la escalerilla que subía al saloncito del Conde. Apenas su marido, que la acechaba escondido en el cuarto del Forzudo, la vió salir, cerró la puerta por donde había pasado, como cerró antes la anterior, dejándola presa en el patio sin que pudiera llegar hasta el Conde, ni volver a su cuarto, ni aun llamar, porque a quien acudiese a su llamamiento le había de extrañar verla en tal sitio y a tal hora. Ella en el acto comprendió que allí andaba la mano de su marido o de algún confidente suyo. ¿Quién, si no, podía tener interés en privarla de ver a su amante, cerrarle la retirada y acorralarla como a un perro?

Entretanto había empezado a llover con fuerza; el patio estaba encharcado, y hacia el sumidero, abierto en su centro, corría en arro-

yuelos rápidos el agua recogida por las canales y arrojada con estrépito sobre las piedras. Al principio, aterrada por su situación, ni notó siquiera que se mojaba; cuando quiso acogerse bajo algo que la protegiese, sintió en las espaldas una humedad intensa; tenia ya calado el cuerpo del vestido; sobre su cabeza se estrellaban las gotas, y algunas de ellas, corriéndose hasta el cuello, la estremecian nerviosamente. Era imposible hallar abrigo; el viento, arremolinándose en el patio, lanzaba el agua en todas direcciones; el alero del tejado no podía cobijarla, el cobertizo del portón tampoco; y la lluvia tenaz y copiosa arreciaba ruidosamente, produciendo un rumor monótono y continuo al caer sobre las arboledas cercanas El vendaval que se colaba por los intersticios de las tejas silbaba con fuerza; el recinto oscuro y grande del patio presentaba al fondo, como bocas de cueva, las entradas de los establos, por cuyas puertas, mal cerradas, salia el vaho caliente y el olor animal de las cuadras, y juntamente con los resuellos o el patear de las bestias se escuchaba el ronquido de algún mozo tumbado sobre los arcones de la paja...

Los minutos se le hacian siglos; el frio y el miedo se apoderaban de su alma y de su cuer-

po, sobrecogiéndola y helándolo; a cada movimiento las telas de su traje, empapadas en agua, dejaban pasar la humedad, mojándola el pecho y la espalda. De pronto encendieron luz en el cuarto del Forzudo, y se oyó el descorrerse de un cerrojo; el guarda atravesó el patio para ir a un establo. Ella, aprovechando los instantes, corrió hacia la puerta, y por pasillos excusados llegó hasta su gabinete, temblorosa de frío y de pavor. Allí, junto a la chimenea y cruzado de brazos, la esperaba Pablo.

—¡Mala mujer! ¡Perdida! ¿Este es el pago que merecía yo?

Y dándole un empellón brutal la empujó contra una butaca, en cuyo asiento cayó Rafaela, cubriéndose la cara con las manos; pero en seguida, pálida, descompuesta, tiritando, se puso en pie, y comenzó a quitarse los botones del cuerpo del vestido.

—Déjame que me mude. ¿No ves cómo estoy? Para todo tendrás derecho: mátame si quieres, pero esto es una cobardía; ¡cobarde!

Estaba desencajada, lívida, poseída de un terror indecible; mas cuando vió que Pablo no se arrojaba sobre ella, concluyó descaradamente de quitarse el vestido y lo tiró contra la plancha de cinc que había colocada ante la

chimenea; las ropas cayeron de golpe, produciendo un ruido sordo de cosa húmeda y pesada, y al quedarse en enaguas mostró la chambra empapada en agua y pegada sobre la piel del cuello y de los hombros.

A él toda la furia se le fué en amenazas. Quizá su determinación era otra, tal vez su ánimo le engañó fingiendo el despecho un frenesí que no sentía. Se limitó a decirle muchas desvergüenzas, mientras cruzaba el cuarto a grandes pasos, pero con la voz ahogada para que no le oyesen, y repitiendo continuamente:

—¡Ya verás, ya verás!

Lo que Rafaela veía en medio de su verguenza y su frío era que aquel hombre no tenía valor para nada; ni para vengarse, ni siquiera para dar un escándalo; hasta la manera de acecharla y cogerla se lo indicaba claramente. Por último, Pablo se arrojó sobre un sillón, y hundido el rostro entre las manos, dejó trocarse en sollozos las exclamaciones de ira. Lloraba de rabia más que de dolor, humillado porque le hubieran robado aquella hermosura enérgica y sensual que le enloquecía tanto. Ella se acostó sin decir palabra, y arropándose mucho procuró inútilmente entrar en calor; de cuando en cuando alzaba la cabeza para mirar

a su marido, que seguía unas veces llorando y otras rugiendo en el sillón. Entonces su instinto de hembra mala empezó a comprender que aquel hombre no cometería ninguna violencia, y poco después, con voz natural, aunque temblorosa por el frío, le dijo:

—Oye, Pablo, échame ese mantón a los pies.

Él, maquinalmente, se levantó, descolgó el mantón y se lo arrojó con fuerza desde la percha hasta la cama; ella, incorporándose, lo extendió sobre la colcha, y subiéndose el embozo hasta taparse los oídos, se volvió de espaldas a la luz.

Todo quedó en silencio. Transcurrieron algunas horas, y al llegar el día, su claror blanquecino penetró por las rendijas del balcón. Pablo, rendido por la cobardía y la vergüenza, se puso en pie y fué hacia el lecho de su mujer, que volvió la cara lentamente para mirarle.

—Pero, ¿has dormido?—exclamó con indignación y asombro.

—No.

La desmentían sus ojos: tenía los párpados casi pegados, la mirada insegura. Al acercarse Pablo, ella le echó los brazos al cuello, y murmuró a su oído:

—¡Perdón, perdón!

—¡Me has matado!—contestó él, sentándose sobre el borde de la cama y rompiendo a llorar como un niño.

De allí a poco, Pablo bajó al patio, despertó al Forzudo, ensillaron juntos al "Negrito„ y tomó el camino de la estación.

El Conde aguardó aquella noche en vano a Rafaela. Cuando oyó silbar el tren que se alejaba, contaba los minutos; pasada una hora fué impaciente a la puerta de comunicación del piso principal, y como la hallase cerrada bajó hasta la del patio, y la vió lo mismo. De pronto notó que había luz en el cuarto del Forzudo, y se volvió al suyo pensando: "¿Quién habrá cerrado las puertas? ¿Por qué no habrá venido esa?„

A la hora del almuerzo le dijeron que Pablo se había ido a Madrid por la noche, y que Rafaela estaba indispuesta y no almorzaba.

Pablo se marchó entre rabioso y abatido. El sueño de su mujer, después de lo ocurrido, le hizo mucho daño; pero aun le molestaba más la horrible idea de perder las caricias de Rafaela. Sus últimas palabras, "¡perdón, perdón!„, se las había dicho con los rizos colgando, el pecho desnudo, atrayéndole

hacia sí, sujetándole las manos con fuerza, intentando besarle, casi rozándole la cara con los labios.

Aquel día no bajó Rafaela al comedor, ni tampoco al siguiente. Pasó cuarenta y ocho horas en la cama, desasosegada, y cuando intentó levantarse, la fiebre la obligó de nuevo a acostarse. El frío, el sobresalto, el miedo y la vergüenza de aquel largo rato que había pasado, sintiendo caer sobre sus hombros el agua del cielo y sobre su frente el oprobio que le arrojaba su conciencia, la conmovieron hasta el punto de ocasionarle una calentura intensísima. Primero vino el médico del pueblo; después, el Conde, perdiendo los estribos de la prudencia ante la idea de ver morir a su querida, ordenó que llamasen a su doctor de Madrid, pero ya era tarde.

La madrugada de la misma noche en que la sorprendió Pablo, Rafaela sintió un escalofrío muy fuerte, y al poco rato quedó amodorrada, como dormida, empezando a delirar, abrasada por la invasión febril. Despertó quejándose de dolor y opresión en el pecho, y la cara se le puso encendida, manchada por dos chapetas rojizas. Al mismo tiempo su mirada se hizo insegura, pero plácida, cual si estuviera poseí-

da de una voluptuosidad extraña. Después, su respiración se alteró por momentos hasta ser fatigosa, quejándose con mayor insistencia del dolor en el pecho. Comenzó luego a toser, escupiendo una saliva sanguinolenta, que más tarde se hizo herrumbrosa, y durante los cuatro primeros días, aunque se mejoró algo por las mañanas, pasó las noches delirando. Al quinto día casi no escupió, fué mayor el delirio, se apoderó de ella un estupor terrible y poco a poco el embotamiento paralizó sus sentidos. En la alcoba no se escuchaba más que un sonido pavoroso, mezcla de estertor y quejido, que infundía miedo. Durante las últimas horas de la noche se le demudó el rostro; los médicos dijeron que le abrasaba la fiebre, y la postración fué tan grande, que se hizo imposible hacerle tomar medicamentos. Al dar una vuelta en la cama se quedó muerta.

Enterráronla en el cementerio del pueblo; jornaleros, guardas, gañanes, criados y pastores fueron siguiendo el féretro, y engrosaron el grupo algunos curiosos de las cercanías. El Conde no tuvo valor para presidir el duelo; estaba aterrado. Hacía diez días que la había tenido entre los brazos.

La comitiva resultaba bulliciosa, casi alegre; los muchachos se separaban de ella para tirar piedras a los pájaros; las chicas miraban de reojo a los mozos, y los viejos, cansados bajo el peso de las largas capas, murmuraban lo que habían oído sobre la causa de la muerte de Rafaela. Iba delante el sacristán del pueblo, llevando en alto una cruz de metal, y a su lado dos chicos muy contentos; detrás la caja, en hombros de cuatro guardas; luego el cura, recitando entre dientes las preces de la Iglesia; los criados de la casa y muchas mujeres vestidas como para fiesta, con faldas de paño pardo y refajos de colores chillones, descubriendo a cada paso sus pies hombrunos y disformes. Llegaron al camposanto casi entrada la noche, cuando ya las ranas empezaban á croar en las charcas y soplaba el viento fresco que se alza en el llano apenas se oculta el sol tras los cerros. Al abrir la caja, antes de dar sepultura al cuerpo, todos se apiñaron en torno. En los rostros indiferentes no hubo un gesto de piedad, ni una mirada de dolor, ni una lágrima. Dos hombres pasaron luego una soga por debajo del ataúd y lo fueron dejando caer lentamente hasta el fondo de la fosa, estrecha y honda. Un momento después la gente se desparrama-

ba por el campo, y a lo lejos se oian las risotadas de unos y los alegres cantos de otros.

Al cabo de dos dias, el Conde y Pablo volvieron juntos a Madrid, sin que ninguno desplegara en el camino los labios. El odio y la vergüenza les sellaba la boca. El más abatido era Pedro. Apenas llegó a su casa se encerró en el despacho, y sentado ante la mesa dejó caer el cuerpo sobre ella. Al mismo tiempo entró Martina.

—¡Válgame Dios, hombre, qué extremos haces! Cualquiera diria que eras tú el viudo.

Pablo encontró a Clara rezando arrodillada en el cuarto de Rafaela: sufria mucho, pero tenía secos los ojos. Le dijeron que su madre habia muerto y no podia llorar.

VIII

Son las dos de una madrugada desapacible y fría de invierno madrileño; la Puerta del Sol está casi desierta; al dar la segunda campanada de la hora, se apaga de repente la luz que alumbra la esfera del reloj y arranca el último coche del tranvía, cuya lucecita roja se pierde a poco en la distancia. Las gentes andan de prisa, como barridas por el viento que limpia las aceras, y en el cielo, de un azul intenso muy oscuro, brillan miles de estrellas. Las llamas del gas, débiles y amarillas, tiemblan en sus fanales de cristal; los ruidos, los rumores, se hacen cada instante más tardíos, oyéndose solo, monótono y continuo, el gotear de dos hilos de agua que caen del pilón grande de la fuente a los piloncillos laterales. En las bocacalles hay algunos simones, con el caballo rendido y cabizbajo, y el hombre tosiendo en-

tre los pliegues del tapaboca; junto a las berlinas desvencijadas pasa el cafetero ambulante, con su bufanda de grueso estambre rodeada al cuello, su maquinilla de hoja de lata en una mano, la vasera en la otra, y pendiente de la cintura un saco con "garibaldinos„; a cada veinte pasos se pára y grita con fuerza: "¡Aquí va Fornos!„ En las puertas de los cafés, los fosforeros comienzan a cerrar los puestos y los reflejos de claridad amarillenta que proyectan las vidrieras sobre las losas se borran de pronto; en lo interior se apagan las luces, y sus últimos resplandores muestran las sillas de rejilla colocadas sobre los veladores de mármol. Acá y allá, bajo los pocos faroles que quedan encendidos, algunas mujeres, rebujado el cuerpo en el mantón, vocean los restos de un "veinticinco„, mal vendido por falta de crimen o de crisis. De cuando en cuando atraviesa la plaza con estrépito un carruaje, donde va una dama hermosa, envuelta entre terciopelos y rasos, como la joya en el estuche. En los umbrales de las puertas se ven algunos niños acurrucados, casi yertos de frío; ante una lotería, una chica vocea el número de la suerte suspendiendo el diálogo con un chulo, y entretanto la escarcha va depositando sus hilos de cristal

en las junturas de las losas relucientes y blancas. De unas a otras bocacalles atraviesan tipos distintos: el caballero que va a su círculo de última hora; los carpinteros y tramoyistas, que salen retrasados de un teatro; el vago, que anda de café en café hasta que se cierra el último; alguna moza de andar resuelto y movimientos rápidos, que taconea fuerte, mirando provocativamente. A lo lejos se oyen los sonidos alegres de una estudiantina, que se retira harta de correr calles, ensayándose para Carnaval, y en algún balcón, velada por los visillos, se ve la bomba redonda de una lámpara alumbrando... Dios sabe qué: un trabajo honrado, una cita de amor, tal vez el pertinaz insomnio causado por un pesar profundo.

Por la Carrera desemboca un hombre, y dos chulas, paradas en la esquina, le sonríen lascivamente: "Déjale, que va a un recao", dice una de ellas; él cruza hacia la calle del Arenal, sigue luego hasta la de San Martín, donde la cuesta le hace acortar el paso, y por fin entra en la de las Veneras. El sereno, que le conoce por el traje, echa tras él, saludándole con familiaridad, y a los pocos pasos se detienen ante una casa, alguno de cuyos balcones tiene papeles puestos a los lados en demanda de

huéspedes. Mientras abre el sereno, el caballero se desabrocha, mostrando traje de frac y blanquísima pechera; sube luego de dos en dos los escalones, con un fósforo en una mano, en la otra la llave, y abre la puerta del piso tercero. Penetra en un gabinetito pequeño, enciende una bujía colocada sobre una mesa de noche en la alcoba contigua, y tarareando una molodía popular, empieza a desnudarse. Antes da cuerda al reloj, dejándolo sobre una cómoda, saca tres duros del bolsillo del chaleco, y del pantalón un puñado de cuartos; en seguida se acuesta, apaga de golpe la vela con las tapas de un libro, y se arropa, sacando fuera un brazo para concluir de fumar el medio puro que trae entre los labios.

La alcoba queda en tinieblas; pero a cada chupada se ilumina toda con un rápido resplandor rojizo, que hace surgir de entre las sombras el borde de la jofaina, sostenida en un trípode de hierro verde, la luna rajada de un espejo, una percha, de la cual pende una capa con un sombrero encima, y una consola vieja, sobre la cual aparecen dos o tres retratos con marcos de madera calada. En la mesa de noche quedan un vaso de agua y una cajetilla de pitillos, y al pie de la cama,

sobre una silla, la ropa que acaba de quitarse.

El medio puro se va convirtiendo en colilla; el hombre chupa sin descanso para concluir pronto y dormirse. En una de las aspiraciones, el resplandor rojizo se hace más vivo y los objetos que hay puestos sobre la mesa se ven claramente por un momento, a través de una nubecilla de humo, reflejándose el fuego del cigarro sobre el cristal de un retrato. «¡Luisilla, Luisilla!», murmura el hombre hablando solo. Y añade mentalmente: «Se intentará». Momentos después se rinde al sueño, tira la colilla, se emboza bien con las ropas y se duerme, mientras su imaginación hace el último esfuerzo del día, trayéndole a la memoria la casa de la plaza de la Armería que habita el conde de Elgueta.

Al otro día, como si al despertar se apoderase de Eduardo Talvera la misma preocupación con que se había dormido, lo primero que miró fué el retrato de Luisa, tocada con una gran mantilla blanca de ancha blonda que se le comía la cara. Menuda, flacucha, larga la nariz, muy vivos los ojos, y tan envuelta entre los pliegues del encaje, parecía un galgo disfrazado por muchachos traviesos. Junto a este retrato estaba el del Conde, en pie y de

frac, cuadrado como un quinto, salvo el tener la diestra apoyada sobre unos libros y ostentar sobre el pecho la banda de una gran cruz.

Eduardo Talvera era hijo segundo de un amigo de don Pedro Elgueta, casado con cierta doña Petra, madre amantísima, esposa honrada, pero mujer tan dominante y absorbente que nunca supo ceder a la razón ajena. Mientras vivió no hubo en su casa más autoridad que la suya; marido e hijos la obedecieron ciegamente; pero como ellos no eran listos y ella nada tenía de tonta, su tiranía fué provechosa para la familia. Al morir doña Petra tiró cada uno por su lado; el padre cayó en las redes de una antigua criada; el hermano mayor se dedicó a operaciones de Bolsa, perdiendo en poco tiempo lo que le correspondió en las particiones de los bienes maternos; el pequeño se casó con una corista de género bufo, y el mediano, que era Eduardo, tras abandonar la carrera, consumir en tres años su reducido capital y solicitar en vano un destino, concluyó por vivir con los miserables restos de su fortuna, uniéndose a señoritos ricos y familias de esas que soportan gente pegadiza a trueque de tener compañía. Una de las casas que más frecuentaba Eduardo era la del Conde, y en ella,

por no conocerlo a fondo, le apreciaban más de lo que merecía. Don Pedro sabía cuanto ocurrió en la familia del mozo a partir de la muerte de la madre; pero Eduardo, por natural hipocresía, o quizá por un resto de vergüenza, tuvo buen cuidado de ocultar su verdadera situación: tan bien supo hacerlo, que el Conde le suponía, no rico ni muy santo, pero en posición desahogada y juicioso. Además, don Pedro, que a duras penas había logrado afinarse, sentía una simpatía, rayana en la admiración, hacia aquel muchacho de buenos modales, atento y tan discreto, que, aunque a solas le llamase por su nombre con cierta familiaridad, nunca dejaba de llamarle Conde cuando había gente delante. El haber callado Eduardo su empobrecimiento y su agradable trato, hicieron a Pedro pensar alguna vez en que no sería mala "proporción" para Luisa, a la cual había ya asignado, mentalmente, una buena dote, no como manifestación de cariño, sino como medio de deshacerse de ella. Pero Eduardo iba poco a la casa, y hablaba de tal manera, parecía codearse con gente tan principal y tratar con tal confianza a grandes y chicos, que don Pedro llegó a tener por desatinado su pensamiento.

Eduardo, a su vez, cuando aquella noche, al ver el retrato de Luisa entre los resplandores que lanzaba la colilla del puro, admitió la posibilidad de casarse con la muchacha, casi se rió de la ocurrencia. Sin embargo, la cosa merecía pensarse despacio. Reflexionó que no perdía nada con intentarlo: la familia de Pedro no le prestaba, en realidad, servicio alguno, ni él la necesitaba para maldita de Dios la cosa: por lo tanto, lo que tenía que hacer era salir pronto de dudas, dar un paso decisivo y saber a qué atenerse. Acabó por preocuparse seriamente, anduvo dos o tres días malhumorado, pasó largos ratos en un rincón del café de Fornos pesando ventajas e inconvenientes, echando de cuando en cuando una mirada a las anchas vidrieras, tras las cuales pasaban mujeres que borraban un punto de su imaginación el recuerdo de Luisa, tenazmente reconquistado por la voluntad, y al fin de sus cavilaciones vino a sacar en limpio que la muchacha, aunque no era guapa, no asustaba por fea; que él no sabía cuánto podría tener, pero que su tío, por vanidad, no la dejaría nunca en mala situación, y por poco que le diera, siempre sería más de lo que él podía esperar.

Al día siguiente fué a la casa de la plaza de

la Armería. Cuando entró en el despacho, el Conde dictaba a Pablo una carta. Encima de la mesa donde éste escribía había un pequeño candelabro de dos bujías con pantallitas de loza, cuya luz caía sobre el papel; el resto del cuarto quedaba en sombra.

—¡Hola, muchacho! Vienes a comer, ¿eh?

—Bueno, me quedaré.

El Conde siguió dictando, y terminada la carta, dijo a Pablo:

—Anda, come tú también con nosotros.

El administrador indicó que aceptaba con un ligero movimiento de cabeza, y salió. Pedro prosiguió hablando con Eduardo:

—¿Has visto qué aviejado está ese? Desde la muerte de Rafaela ha dado un bajón espantoso.

Quien realmente había envejecido era él. Pablo, que tenía la misma edad, parecía más joven; su fisonomía franca, risueña, animada por los ojillos claros y adornada con un bigote blanco, que paracía un gran cepillo de dientes; el color de sus carrillos, mortificados por la tenaz navaja de afeitar; su aspecto limpio, su buena estatura y el andar derecho, le prestaban cierta semejanza con esos tipos de militares retirados que se obstinan en hacer com-

prender lo que fueron; diríase un guardia de corps convertido en hombre de negocios. Su rostro rebosaba salud. Al salir del despacho anduvo firme, resuelto, como si instintivamente quisiera dar un mentís a las palabras del Conde.

Pedro, por el contrario, había perdido mucho en poco tiempo: la espaciosa frente surcada de arrugas, lo seco y apergaminado del rostro, la falta de viveza en la mirada y lo tardo de los movimentos, denunciaban una naturaleza doblemente gastada por el mucho trabajo y el abuso de los placeres. Tenía el bigote enteramente blanco, salvo el centro, que amarilleaba con el excesivo fumar. Las carnes enjutas, las manos temblonas, la respiración fatigosa, una tosecilla frecuente, el continuo escupir, y la repugnancia instintiva a todo esfuerzo violento, mostraban en él un organismo minado, reloj de ruedas gastadas que amenazaba pararse de pronto y para siempre.

Eduardo era un señorito madrileño, de mediana estatura, con el pelo negro cuidadosamente echado hacia atrás y la barba peinada a lo Carlos V; esbelto, delgado, de mal color; muy natural en movimientos y posturas; de pensamiento, aunque no profundo, rápido al

concebir; y expresivo al hablar, como si el brillo de la frase hubiera de suplir la pobreza de ideas. En contar chascarrillos, replicar pronto y hablar claro, no había quien le aventajase; a cada asunto y con cada persona atemperaba su lenguaje; era serio con el anciano grave, cínico con el viejo verde, galante con la dama, chulo con la criada, y de condición tan flexible, que amoldándose al genio de aquellos a quienes trataba, se hacía a todos simpático. Nada había respetable para el prójimo que él no respetara: todo lo honrado y digno le merecía aparente respeto, pero transigía con todos los errores y disculpaba todos los vicios, en virtud de esa moral falsa y acomodaticia, en que las mal llamadas "conveniencias sociales" pesan más que el pecador y el pecado.

A los veinticinco años la vida moderna le había dado la experiencia que pudo tener su abuelo a los cincuenta; la astucia adquirida, mayor aún que su natural ingenio, le hacía pasar por listo cuando no era sino escamón de lo que a él se refería e incrédulo para lo ajeno. Realzaba su porte distinguido la ropa bien hecha y naturalmente llevada. Aquella noche iba de frac, sin guantes, con una finísima cadena

en el reloj e irreprochablemente limpio! parecía hijo de una familia poderosa o heredero de un gran nombre. Llevaba en el bolsillo del chaleco treinta y seis reales y en el del pantalón un puñado de cuartos.

Apenas cambió con el Conde algunas frases, entró un criado y les avisó que podían ir al comedor.

Martina y Luisa les esperaban sentadas, y Pablo, apoyado en la chimenea, apurando un cigarro de papel. El comedor era una habitación sin más muebles de lujo que un gran aparador de roble, tras cuyos cristales se veían puestos en los entrepaños, sin orden y con poco gusto, platos, fuentes, jarros, jícaras, tazas y teteras de todas clases, desde la loza más ordinaria hasta la porcelana más rica. Las sillas eran de tafilete, y algunas estaban despellejadas por el gato. Sobre la chimenea había dos grandes candelabros de plata, al parecer de iglesia, macizos, toscos, pesados. El mantel limpio y bueno, pero no rico, y las servilletas, con letras mal bordadas, demostraban que no se desplegaba allí gran lujo en ropa blanca. Nada de flores. Los adornos que había en la mesa eran pocos y de mal gusto: redúcianse a un frutero de rejilla muy alto, con

uvas de cuelga lagareadas y negruzcas, un palillero de plata y dos o tres conchas de porcelana con postres sabrosos, pero poco delicados, como higos, polvorones, mantecadas y unos bizcochos blancos que parecían estucados.

Pedro se sentó entre las dos mujeres, y frente a ellas Pablo y Eduardo. La pantalla de una gran lámpara colgada del techo arrojaba la luz sobre el mantel, dejando casi en sombra las caras. Un criado de manos no muy limpias, pero de frac, trajo la sopera, ya destapada, de la cual se escapaba una bocanada de vaho grasiento y sofocante. Empezó la comida. Eduardo miraba disimuladamente a Luisa, fijándose bien en ella por primera vez.

La niña, débil y enfermiza, se había convertido en una mujercilla flaca, pálida, casi clorótica, con los párpados ceñidos de ojeras, que denotaban un gran cansancio físico. Los ojos, inquietos, parecían obstinados en dar a la mirada toda la expresión que no lograban las líneas del semblante; la nariz era grande y afilada, como en el retrato que tenía Eduardo, pero no la afeaba demasiado. Lo que peor efecto causaba en ella era la extrema delgadez de los labios y el tener los dientes puntiagudos, como si todos fueran colmillos, y montados

unos sobre otros. El pelo, modestamente recogido a la inglesa, y sujeto por detrás con una gran horquilla de concha, era lo mejor que tenia la pobre chica. No llevaba pendientes, pero los dedos de las manos desaparecian bajo una colección de sortijas que a cada instante chocaban con copas, platos y cubiertos. Su palabra, rápida, enérgica, más de muchacho que de señorita, expresaba las cosas con cierta entonación autoritaria; empleaba el "yo" con insoportable frecuencia; aunque se la interrumpiera seguía hablando, y una vez disparada, no era fácil atajarla; callaba cuando quería. antes no.

De pronto el Conde dijo a Eduardo:

—Vamos, hombre, cuéntanos qué vida llevas. En mi tiempo los chicos, a tu edad, teníamos otra sangre.

—Tío, no le obligue usted a mentir.

"En tu tiempo—pensó Pablo para sus adentros—tenías que estar empujando un carro para poder comer."

—Pues ya ve usted, ¿qué he de hacer? Aburrirme. Ahora vivimos muy depriesa, y ya ha corrido uno mucho; todo cansa; el teatro, la sociedad... Me convendría ocuparme en algo.

—Con que te ocupes en conservar lo que

tienes —contestó Pedro— no necesitas más.

—Sí, señor; pero estoy solo, mejor dicho, me siento tan solo, que no bastan para distraerme las obligaciones y el cupón.

—Este está enamorado—dijo Luisa.

Eduardo la miró rápidamente, y contestó:

—Puede; pero eso de casarse...

—Tú eres de los míos: siempre he creído que el hombre no debía...

—Pedro, no digas eso—interrumpió Martina;—luego los solterones acabáis enredándoos con la criada o muriendo solos como perro en rincón.

—Pues yo, para casarme, necesito más renta de la que tengo; quiero que mi mujer no carezca de nada, ni pueda desear nada, juiciosamente se entiende; porque la que lo desea en su casa..., ¿verdad, Conde?

—Sí, hijo, sí, lo busca fuera...

"¡Será bruto!", pensó Pablo, mirando a Martina, como quien desaprueba lo que escucha.

—Hablas delante de la niña como si no estuviera—dijo ella.

—Pero, mujer, ¿te figuras tú que no oirá cosas peores hasta en el teatro? ¡Bueno está el teatro! El otro día estuve si me la llevo o no

me la llevo a mitad de comedia. Un marido iba encerrando a la mujer, primero con uno y luego con otro: ¡a él si que debían "encerrarlo"!

—Pues, tío, yo no hice caso, porque estaba hablando con Frasquita, que tenía el palco al lado; pero hemos de volver, ¿verdad, tiito?

—¡Valientes comedias hacen ahora! En la misma comedia hay un banquero que todo lo escribe en un mismo libro: ¡figúrate tú! Si le queman el libro, se acabó el banquero. ¿Dónde habrán visto eso? Y luego mueren siempre los inocentes; parece que escribe Nerón las comedias. Pues más de veinte libros hay en casa, y eso que ya no hago negocios. Para perjudicarme a mí tenían que quemar lo menos diecinueve.

—Usted es un sabio, señor Conde.

—¿Me llevarás, tiito? ¿Qué comedia era?

—Oye, Pablo, a propósito de libros, ¿cómo va eso?

—La tarea es larga, hombre, y he comenzado hace cuatro días. Es posible que tenga que buscar quien me ayude.

—¿Sirvo de algo?—preguntó Eduardo.

Pablo y el Conde se miraron, y el último dijo:

—Hombre, si quieres trabajar, claro que sí. He resuelto retirarme definitivamente de los negocios, y he encargado a éste que haga un balance de todo lo que tengo, del fruto de más de treinta años de laboriosidad. Él dice que tiene que trabajar demasiado, y la verdad es que para liquidar tanta cuenta y acabar con todo es preciso hacer muchos números. Si te atreves a compartir con él la tarea, no creas que te vendrá mal. Sólo arreglando papeles y leyendo cartas sabrás lo que es alguna de esa gente entre que vives... Y luego te haré un regalito.

—Pues acepto; me adjudico el título de secretario de usted; déjeme usted que lo diga, aunque no lo sea; ya verá el tono que me doy.

Eduardo comprendió rápidamente que aquello le convenía mucho. Era un medio quizá de conocer fundadamente a cuánto llegaba el capital del Conde; además, le facilitaba las ocasiones de acercarse a Luisa sin que extrañara su frecuente presencia en la casa, y tal vez podría sorprender algún secretillo explotable o averiguar algo que le fuera útil.

—Queda convenido que vendrás a trabajar con Pablo, y que entre ambos haréis esas operaciones lo antes posible. Ya no quiero nego-

cios ni con particulares ni con el Tesoro; nada, nada.

—Algunos lo sentirán—dijo Eduardo.

Pablo añadió:

—Otros se alegrarán,— y al decirlo se acordó de varios para quienes el poderoso conde de Elgueta había sido funesto.

—¿Y quién va a alegrarse de que yo me retire?

Eduardo apreció en su justo sentido la frase de Pablo; pero queriendo decir una galantería, dió a entender que él la interpretaba favorablemente.

—Claro está: habrá créditos que no quiera usted hacer efectivos y cantidades que no se podrán cobrar, y, en fin, no le faltarán a usted ocasiones de demostrar que es generoso.

Al oir lo de generoso, Martina sonrió tristemente sin levantar los ojos del plato: se acordaba de cuanto el Conde la había regalado, y al pasar revista con la imaginación a aquellas dádivas, no podía menos de decirse: "¡Buena generosidad está la tuya!„.

—Sí, sí, eres generoso, tiito—dijo Luisa,—pero hay que pedirte las cosas muchas veces.

—El día que me pidas un marido verás qué pronto te le doy.

—¡Ya! Para que me marche. Pero el marido me lo buscaré yo.

Terminada la comida, Luisa se fué a mudar de traje para ir a casa de unas amigas, acompañada de Martina; el Conde pidió el coche para que le llevase al Casino, y Pablo se marchó al café. Despidióse Eduardo, contento de lo que había pasado, y salió del comedor despacio, haciendo reposadamente la digestión, satisfecho, casi olvidado de que sólo llevaba treinta y seis reales en el bolsillo.

En el recibimiento encendió un puro, y mientras el criado le ponía la capa sobre los hombros, le llamó la atención un ruido seco, continuado, insistente, producido por el rápido chocar de hierro contra hierro. La ventana del recibimiento caía a un patio, y en el muro de enfrente había otra ventana, junto a la cual estaba una mujer cosiendo a máquina.

En todo el vano del patio la oscuridad era completa: sólo en aquel hueco se veía luz, una luz muy intensa proyectada por una lámpara de petróleo, que alumbraba la parte alta de la máquina y el busto de una muchacha.

Eduardo se detuvo un instante a mirarla.

—Es la hija de don Pablo—dijo el criado.

—¡Clara! ¡Qué guapa está... y hecha una mujer! No la hubiera conocido.

El ruido de la máquina continuaba sin interrupción, y un largo trozo de lienzo blanco, hábilmente manejado, se deslizaba sobre la plancha de acero, cayendo por cima de la falda de Clara, que, con la vista fija en la aguja, seguía trabajando sin alzar los ojos de la labor. Su busto, obediente al acompasado impulso de los pies, se movía pausadamente hasta tocar algunas veces en la mesilla, cargada de ovillos de hilo, carretes y pequeñas herramientas. El criado y Eduardo no se parecían en nada a Mefistófeles ni a Fausto, ni era rueca la máquina; pero ella, entre aquel cuadro de luz, que tenía por marco la oscuridad de la noche, parecía una Margarita predestinada al trabajo y al amor en el poema de la vida moderna.

Pocas horas después, Eduardo, al acostarse, durante esos minutos en que los recuerdos del día se nos amontonan en la memoria, pensó en la comida, en Pedro, en Luisa, y también en Clara, con cuyo padre tenía que ir a trabajar. Su imaginación se deleitó un momento evocando el cuadro aquel de la ventana del patio: la luz intensa, la muchacha inclinada sobre los

aceros bruñidos de la máquina... Creyó que la veía y que escuchaba el roce de las ruedecillas metálicas. «¡Qué hija tiene ese tío!», dijo para sus adentros, y se quedó dormido.

IX

El desarrollo convirtió a Clara, de niña bonita, en mujer hermosa. En su gracia había algo de esos perfumes que halagan dulcemente los sentidos sin llegar a excitarlos. Tenía el rostro pequeño, las facciones finas, los ojos parecían luceros negros, y la boca, no muy chica, pero admirablemente dibujada, mostraba al sonreír una dentadura preciosa, como hecha con granizos menudos y apretados entre los pétalos de una flor roja. El pelo, sedoso y rico en anchas ondas, era de un negro tan intenso, que en los toques de luz tomaba el tornasol brillante de las alas del cuervo. Su tez blanca estaba surcada de finísimas venas, que parecían raíces azules perdidas entre nieve, y la garganta, mórbida, preciosamente modelada por líneas suaves, iba abultándose en su parte inferior, hasta quedar partida por las

curvas voluptuosas y firmes de los pechos. Sus movimientos eran lentos, casi lánguidos, como si su talle buscara, para engarce de los flexibles músculos, blandos almohadones en que apoyarse o brazos que amorosamente le ciñeran. Su mirada era muy serena: parecía que las pupilas, teniendo conciencia de su poder, querían mitigar con un encanto inmaterial la impresión de sensualidad que causaban. Su cuerpo era incitante, su mirada pura. A semejanza de la tierra, que no pregona sus tesoros ocultos, Clara no hacía ostentación de su belleza: en su hermosura franca y leal no había coquetería ni artificio.

Su carácter fué formándose merced a las condiciones en que pasó la infancia y los primeros años de la juventud, épocas durante las cuales el ejemplo influye en la condición humana tanto o más que los instintos propios. La habían dejado crecer casi a puerta de calle, sin más instrucción que las incompletas lecciones de la maestra del barrio. Vivió junto a grandezas antes propias para excitar la envidia que para formar el gusto, y se acostumbró a ver despego en los que debían quererla y lástima en los indiferentes. Su buen corazón la impidió ser egoísta, su ansia de cariño la hizo

amante. Ni la juventud enérgica, ni el temperamento vigoroso, llegaron a ser en ella estímulos de la impureza, porque su imaginación instintivamente lo limpiaba y lo poetizaba todo.

Pasó su infancia sin dejarle un solo recuerdo grato, sin que en su memoria quedara la impresión de un halago, de un beso cariñoso o de un juguete nuevo, y creció junto a sus padres como otras crecen en el hospicio. Cuando dejó de ir a la escuela la dedicaron a repasar la ropa de la casa. Algunos domingos la sacaba de paseo su madre, siempre fría, indiferente, más preocupada de agradar a los que la miraban en la calle que de la hija que llevaba al lado. La infeliz llegó a preferir que fuese por ella la tía Pascuala, porque al menos ésta, aunque sólo fuera por tener conversación, le hablaba, le contaba cuentos, y hasta le compraba naranjas o chufas en verano y castañas asadas en invierno.

Muerta Rafaela, Clara se sintió más sola, pero también más tranquila. Su primer dolor fué no echar de menos a su madre. Pablo no le daba muestra alguna de afecto, pero en cambio no la importunaba, porque la veía muy poco, de modo que pasaba sola días enteros arreglando la

casa, componiéndose algún trajecillo que no tenía nunca ocasión de lucir, y muchos ratos se quedaba mano sobre mano, sin hacer nada, dormido el pensamiento, quieta la imaginación, sin sufrir ni gozar, como cuerpo vivo de que estuviera ausente el alma. En plena juventud, abandonada a sí misma, sin apoyo ni guía, empezó a sentir la tristeza que causa la soledad; y deseosa de tener con quién hablar, procuró hacerse amiga de las criadas de la casa. Un día buscó a la planchadora, otro entabló conversación con la doncella de Luisa; pero el choque de su delicadeza con la ordinariez de aquéllas hizo imposible el trato, y apenas conoció su lenguaje grosero y sus sentimientos bajos, optó por continuar viviendo sola. Con la soledad vino el aburrimiento: pasaba días enteros sin hablar con nadie; por la mañana sólo cruzaba unas cuantas palabras con su padre, y durante el día se quedaba encerrada en casa, sin más compañía que una criada lugareña, zafia, casi cerril, recién venida de un pueblo de Guadalajara, que llevaba todavía saya roja y moño de picaporte. Llamábase Dámasa, y era muchacha cariñosa, fiel y dócil; pero no había con ella conversación posible, porque todo lo ignoraba, de nada tenía

idea, y de lo más vulgar se sorprendía, exclamando continuamente:

—¡Velay! ¡Ave María de Gracia!, o ¡Cuánto que sabe usted, señorita!

Clara, exasperada por el aburrimiento, procuraba muchas veces hacer charlar a Dámasa de las cosas de su pueblo; intentaba mil medios para pasar distraída un rato, pero nunca lo conseguía; la chica decía unas cuantas sandeces, y ella tenía que volverse a su cuarto, donde permanecía horas y horas apoyada en el marco del balcón mirando hacia lo lejos. De memoria y con los ojos cerrados sabía ya todo lo que se veía desde allí: había contado las casitas, los lavaderos, las veredas, como cuenta el enfermo las rayas y los dibujos del papel de su cuarto durante las horas de dolor y de insomnio. Pero su espectáculo favorito era la puesta del sol: ningún día dejaba de asomarse al declinar la tarde, y al disminuir la claridad en el espacio se iba quedando pensativa, poseída de una tristeza que daba a su rostro el mismo resplandor melancólico que flotaba en la atmósfera, mientras el sol se hundía poco a poco como una hostia de fuego tras la superficie terrosa y gris de la llanura.

Un día lluvioso y frío, de esos en que el co-

lor plomizo del cielo parece comunicar al alma su lobreguez, Clara, cansada de ver cómo caían oblicuamente impelidos por el viento los hilos de agua que venían a estrellarse en la vidriera, apartó con indiferencia los ojos del balcón, fijó la mirada en un armario donde había unos cuantos libros, cogió uno de ellos y se puso a leer. Era una relación de viajes en forma novelesca; empezó a hojearla sin gusto, por exceso de aburrimiento, por no saber qué hacer; pero al poco rato llegó a interesarle, hasta el punto de ir devorando rápidamente las páginas, sin preocuparse de frases que no entendía, sin comprender lo que querían decir la "latitud„, el "equinoccio„, el "oxígeno„ y otra porción de cosas enteramente nuevas para ella, ávida tan sólo de averiguar si el viajero, héroe de aquella expedición, llegaba a reunirse a sus hijos, que le esperaban en otro continente. Nunca libro disparatado causó tanta emoción en el ánimo de un lector. Su imaginación cruzó con el fingido aventurero montes y llanos, mares y ríos; surcó las olas del Océano en días de tormenta, bajó al fondo de los mares y atravesó llanuras encantadas. Al cerrar el tomo se quedó abstraída, como niño que hubiese escuchado cuento de hadas, pero

contenta por haber matado unas cuantas horas. Otro dia cayó en sus manos un tomo del *Año cristiano*, y leyó vidas de santos y santas, interesándose por ellos como si fueran gentes a quienes pudiera conocer. Santa Isabel de Hungria, que cuidaba tiñosos; Santa Casilda, que veía milagrosamente convertidos en rosas los mendrugos de pan que llevaba a los cautivos de su padre; Santa Teresa, abrasada en amor místico incomprensible para su pensamiento de niña: las crueldades de los Césares y la humildad de los cristianos; todo el conjunto de ferocidades humanas y dulzuras divinas, abultadas por la leyenda religiosa, conmovió su alma como un viento fuerte que agita una rama endeble, y el libro se le cayó de las manos. A las aventuras de viajes imposibles y martirios exagerados siguieron los capitulos de novela: las ricas hembras encerradas en castillos, los caballeros, que tras luchar por su dama, la sacan a la grupa del trotón; los pajes fieles, los carceleros sombrios, los diálogos de amor a la luz de la luna, las resoluciones heroicas, los reconocimientos entre padres e hijos, que, antes de conocerse, se habian perseguido; las celdas asaltadas por aventureros y las vírgenes del Señor repartidas como botín de los valien-

tes; cuanto inventaron las imaginaciones románticas para divertir a nuestros padres. Por fin, otras páginas más modernas le mostraron mujeres adúlteras, crímenes inspirados por la sed de oro, testamentos falsos, pactos de grandes con rateros, filántropos convertidos voluntariamente en agentes de policía, salones de gente rica, bohardillas de menesterosos y calabozos de prisiones públicas.

Ello fué que con el abuso de tales lecturas llegó a veces a exaltarse como si realmente participara en los sucesos novelescos; y luego, al querer dormir, no podía, porque la persistencia de aquellas visiones le quitaba el sueño. Además, las inverosimilitudes y exageraciones que tan fácilmente admitía bastardeaban ante sus ojos la realidad, sacando de quicio los afectos, excitando su sensibilidad y haciéndole concebir lo bueno y lo malo, el dolor y el placer, a través de un prisma que teñía de colores falsos todas las cosas de la vida.

Malo era esto para su inteligencia, pero aun era peor la falta de todo aquello que debe ir formando el corazón de la mujer. La pobre muchacha no escuchaba nunca una frase de ternura; no tenía quien le diera un consejo, ni quien le hiciese una caricia.

La proximidad de Luisa y el espectáculo de su lujo eran circunstancias que no podían menos de perjudicarla. El verla salir elegante siempre, el sentirla volver casi de madrugada tras aquellas fiestas que robaban frescura a su rostro, pero que para Clara significaban un mundo de triunfos; la excitación que así mantenía su fantasía en trabajo continuo, fingiéndole grandezas y placeres, era demasiado intensa.

Cuando desde la ventana de su cuarto sorprendía a Luisa calzada de raso, vestida de baile, impaciente y nerviosa por lucir sus galas, la seguía con la imaginación, como en los años de la infancia pretendía seguirla a la hora de los paseos y los juegos... Pronto se dió cuenta de que para los mimados por la fortuna el mundo no es igual que para el común de los mortales. El indiscreto murmurar de los criados, las reseñas de las fiestas entrevistas en las columnas de los periódicos, las descripciones exageradas de los gacetilleros, lo poco que veían sus ojos, unido a lo mucho que su imaginación fantaseaba, iban lentamente bastardeando en su entendimiento la noción de la vida y desvirtuando el sentido de la realidad. La perspectiva de los goces no la hizo ambiciosa, pero engendró en su alma una tristeza constante y dolorosa; el placer ajeno no

despertó a la envidia, mas sirvió de contraste a las propias desdichas. El descuido que presidió a su infancia descorrió ante sus ojos muchos velos; no estaba en ella estimulada la curiosidad por la malicia; pero el contacto con gentes soeces, los diálogos de escalera abajo, le descubrieron los grandes secretos de la vida; y aunque aquellas revelaciones brutales y groseras no consiguieron corromperla, mancharon la limpieza de su pensamiento, como las nubes empañan el azul de los cielos. El conocimiento de cuanto debe ignorar la castidad para ser firme, y aquella melancolía inherente a la situación de Clara, unidas a la viveza de su fantasía y a los atractivos de su cuerpo, formaban un compuesto moral y físico tan lleno de encantos para quien la tratase como de riesgos para ella. La soledad que aisla, la belleza que atrae, la inexperiencia que no sabe rechazar el peligro, y la sangre joven, que suele complacerse en desafiarlo, parecían predestinarla a grandes e inmerecidos infortunios, asemejándola a esas figurillas preciosas, pero frágiles y mal colocadas, expuestas siempre a quebrarse entre las manos del primer admirador que las toca.

Tal era Clara cuando Eduardo entró en aquella casa dispuesto a la conquista de Luisa.

X

—Ya veo que sin usted no hubiera prosperado tanto el Conde.

—¡Qué habia de prosperar, hombre, qué habia de prosperar! Aquí no hay nota que se extravie, ni legajo que se pierda. Mira, en ese estante guardo los papeles personales, y ahí tienes numerados, en el mayor orden, todos los negocios que comprenden las operaciones de la casa. Ahora que quiere retirarse, y quizá quedarse solo, se convencerá de lo que vale una buena administración, y tú también te convencerás de que no hay hombre sin hombre.

Así hablaban Pablo y Eduardo cuando éste se le presentó a los dos dias de haber comido con el Conde, deseoso, no de trabajar, sino de irse acercando a Luisa, a ver si podia averiguar algo de lo que le importaba saber.

—Mira, mira —decía don Pablo, señalándole

los legajos cubiertos con carpetas de cartón amarillo, clasificados con gruesas letras, numerados y puestos sobre unos estantes de pino pintado imitando caoba:—*Casas en Madrid*, *Operaciones con el Tesoro*, *Subastas*, *Contratas*, *Particular*, *Torrejoncillo*, *Málaga*, *Valores públicos*, *Compañía Azucarera del Mediodía de España*... Esta es la última especulación gorda que *hemos* hecho: le ha valido más de cuatro millones. Si no es por mí todo lo pierde, porque en Fomento le habían negado ya una carretera; pero me entendí con un jefe de negociado (esto cállatelo), le ofrecí acciones, y se ultimó el expediente sin la menor dificultad. Yo no tengo parte en el negocio; a mí no me dan más que mi sueldo, mi sueldo mondo y lirondo. ¡Veinte, veinte años llevo aquí! Ya sabes que empezamos juntos; pero a mí no me quisieron reconocer unos créditos...

—Sí, conozco esa historia; fué una injusticia. Pero, ¡qué actividad la de usted! ¡Todo tan en orden, tan arreglado!

—Pues no hay más empleado que un escribiente, que es un bestia. Perico, de tres años a esta parte, apenas se ocupa en nada; aquí todo lo hago yo. ¡Si no fuera por mí!...

—Siempre he creído que junto a estos gran-

des hombres de negocios tiene que haber otro verdaderamente útil, más modesto, pero más trabajador, que les ayude y venza por ellos las dificultades.

—¡Ayudar, ayudar! ¿Quién ejecuta todas las órdenes? ¿Quién va a los Ministerios y a la Bolsa? ¿Quién administra las casas? Pedro no hace más que darme instrucciones y firmar; lo demás, todo, todo corre de mi cuenta; veinte, veinte años llevo así, y mi sueldo, mi sueldo pelado; no tengo más.

—¡Qué distinta es la suerte de los hombres!—dijo Eduardo, deseando darle cuerda para que continuase hablando.

—Si yo hubiera sido otro... Sin perjudicarle en nada podría tener una fortuna; pero ya me conoces tú..., ¿entiendes?

—Sí, le conozco a usted: honrado como ninguno.

—Mi sueldo, mi sueldo nada más. Y no gasto, no gasto nada; mira cómo vivo. — Y extendió los brazos, señalando lo que le rodeaba.

La habitación era efectivamente de pobre aspecto, sobre todo teniendo en cuenta que allí se manejaba la fortuna de uno de los hombres más influyentes en los negocios de su

tiempo. Era una sala pequeña con dos balcones, desde los cuales se dominaba todo el Campo del Moro; las puertas estaban hechas a cuarterones y pintadas de azul; las vidrieras, sin visillos, conservaban aún en la parte alta los vidrios pequeños, verdosos y mal emplomados de cuando se construyó la casa; en las paredes, cubiertas de un papel cuajado de ramitos, no había más adorno que unos cuantos planos y vistas de casas, al pie de cuyas fachadas se leía: *Fincas de la propiedad del excelentísimo señor conde de Elgueta*. La estera, de pleita blanca, estaba sin usar hacia los ángulos, pero muy raída en el centro de la habitación. Había dos mesas, una junto a cada balcón, puestas de modo que recibiesen la luz por la izquierda, y encima varios legajos, un cartapacio y una escribanía de cobre con su tintero de algodones, un trozo de paño negro para limpiar las plumas y un frasco de perdigones que fué antes de pomada barata. Bajo cada mesa había una tarima de pino, y clavado en la madera de uno de los balcones un calendario americano, único objeto de carácter moderno que en todo el cuarto se veía. En un estante, puestas en correcta formación, año tras año, ostentaban sus lomos de letras dora-

das algunas guías oficiales, y sobre una taquilla de pino pintado, donde guardaba Pablo los papeles de mayor interés, había un montón de *Gacetas* que casi llegaba al techo. La caja de un enorme brasero, colocado entre ambas mesas, era el lugar predilecto de un gato, grueso y de pelo reluciente, que de cuando en cuando lanzaba un ronquido propio de morrongo harto y satisfecho. Los balcones arrojaban sobre las mesas y la estera dos grandes manchas rectangulares de sol, cuadriculadas por las sombras que proyectaban los plomos de los cristales, y el exceso de luz descubria brutalmente la pobreza y vejez de trastos y de muebles. La sillas de Vitoria tenían sueltas y colgando las espadañas, que servian de entretenimiento al gato; tras cada asiento había en el papel de la pared un círculo de mugre y la alambrera del brasero estaba abollada desde el aro hasta el asa.

Percibíase a lo lejos el ruidoso circular de la gente en las calles, y por una puerta entreabierta se veia un rincón de la estancia inmediata con una percha cargada de vestidos, y en la pared dos cuadros de caoba con estampas de *Atala y Chactas*, groseramente iluminadas.

—Voy a darte—dijo don Pablo—varios de esos legajos para que empieces tu tarea. Principia por este: *Casas en Madrid.*

—¿Y qué hago?

—Ir revisando escrituras y contratos uno por uno, y sumar luego los totales que arrojen. Haremos esto con todas las fincas, y así acabaremos pronto. De los negocios pendientes en que es necesario apreciar en la cuenta créditos de una parte y de otra cantidades por pagar, me encargo yo. Por hoy bastante tienes con eso; aun te quedará para mañana.

Pablo se fué, y Eduardo quedó trabajando solo. Al coger en la mano los primeros atados de papeles pensó: "Con esto y con que no averigüe nada...„.

. . . .

De allí a poco comenzó a oír un ruido seco, acompasado, y el crujir que producía una aguja al atravesar una tela nueva y engomada. Miró por la rendija de la puerta hacia la habitación inmediata y no vió nada. "¿Quién será?„, se dijo, y la memoria le trajo al pensamiento la muchacha que dos noches antes vió cosiendo a máquina al salir de casa de Luisa. En toda la tarde no cesó el ruido de la aguja, y Eduardo tuvo que irse sin haber podido ave-

riguar quién era la mujer que cosía. A la otra tarde iba ya a marcharse sin ver tampoco satisfecha su curiosidad, cuando entró Pablo, diciéndole:

—De parte de Perico que te quedes a comer con nosotros.

—Bueno, pues pronto vuelvo: voy a casa, me arreglo un poco, y en un cuarto de hora estoy aquí.

—No, hombre, no: si van a poner la sopa en la mesa. ¿Qué necesidad tienes de salir? Lávate las manos, y ya estás. Mira, Clara te dará lo que necesites. — Y asomándose a la puerta de la habitación contigua, añadió: —Niña, lleva a este caballero a mi cuarto.

Clara dejó caer al suelo la labor, saludó a Eduardo con una inclinación de cabeza, y rogándole que la siguiera, le precedió hasta la alcoba de su padre, tomando antes al paso de sobre una cómoda una toalla limpia.

—¿Es a usted, señorita, a quien he oído trabajar tanto ayer y hoy?

—Sí, señor... ¿Qué ha de hacer una? Estoy sola, y la labor casi me hace compañía.

Cuando por la noche salió Eduardo de la casa, después de haber dicho a Luisa unas cuantas galanterías, el pensamiento se le fué

hacia Clara, cuya figura, sin llegar a preocuparle hondamente, le había impresionado. ¡Qué hermosura la suya tan fresca y lozana! ¡Cómo contrastaban su aspecto de salud y su apacible tranquilidad con el tipo enfermizo y débil de Luisa! "Algo más vale que la otra„, pensó, complaciéndose en recordar el talle de la muchacha, el pecho bien formado, el cuello blanco y mórbido, los labios rojos, húmedos como una flor recién regada.

A la mañana siguiente, tras una mala noche, desasosegado por las cavilaciones de la víspera, se levantó temprano para ir a continuar la tarea que se había impuesto. Apenas entró en el escritorio, dos o tres macetas que había colocadas en uno de los balcones le recordaron a Clara, y entonces, como quien ejecuta de pronto una idea que le seduce, corrió la mesa, colocándola más lejos de la pared, de modo que desde su asiento pudiera ver, por la puerta entornada, el sitio de la pieza inmediata donde ella se sentaba a coser. Luego se puso a trabajar y esperó, contento de lo que se le había ocurrido, sin pararse a explicárselo, mirando de cuando en cuando a la silla que solía ocupar la muchacha.

¿Por qué había hecho aquello? Él mismo no

hubiera podido precisarlo: obedeció a un impulso, sin detenerse a meditar, como el chico que al ver la fruta en el árbol brinca instintivamente para cogerla. Un momento después entró Clara, que acababa de vestirse y peinarse. Traía el cabello brillante, liso, recogido hacia los lados, partido en rizos que ondulaban ligeramente en las sienes, quedando luego recogido por cima de la nuca en un grueso rodete. Su rostro pálido estaba coloreado aun por el frescor del agua y el roce de la toalla con que se había secado. No tenía pendientes en las orejas ni sortijas en los dedos: su único adorno era un cuello blanco de encaje ordinario, pero muy limpio, y su principal atractivo consistía en un aspecto de modestia y candor que le prestaba singular encanto. El vestido negro era resto del luto que llevó por aquella madre que no la había querido.

Eduardo la saludó con una inclinación de cabeza; ella contestó del mismo modo, y ambos se pusieron a trabajar en silencio. "¡Qué hermosa es!", pensaba él. "¡Qué diferencia!".

Eduardo comenzó a escribir. La aguja de Clara crujía sin descanso, preparando la labor que luego, en pocos minutos, concluía la má-

quina. De cuando en cuando él la miraba, pero ella no alzaba los ojos de la costura.

Aquella tarde se entretuvo Eduardo más de lo acostumbrado, por curiosidad de completar unas cifras; fué faltando la luz, y entonces ella desapareció de su cuarto, volviendo a poco con dos lámparas: dejó una en la máquina de coser y puso la otra en la mesa de Eduardo. Al tornar a su habitación, sin darse cuenta de lo que hacía, atrajo hacia sí la puerta, de modo que al sentarse Eduardo ya no podía verla; pero él, un momento después, se levantó de puntillas y la volvió a empujar suavemente, dejándola como antes estaba; al ruido alzó Clara los ojos, comprendió lo que había hecho y miró de soslayo.

En el exterior fué aumentando la oscuridad rápidamente. Las imágenes de ambos, iluminadas por las lámparas, se reflejaban en los cristales de los balcones, y Clara veía en ellos los movimientos que él hacía continuamente para mirarla. Desde entonces pareció clavar la vista en la costura, pero a cortos intervalos miró de reojo al vidrio, gozando por vez primera la sensación del amor propio satisfecho, y con un retroceso involuntario de la imaginación, al sentirse halagada por las miradas que

espiaba, recordó que aquel hombre, la víspera, al saludarla, cuando le preguntó si era ella la que trabajaba allí cerca, la había llamado *señorita*. Marchóse Eduardo, y siguió cosiendo hasta bastante tarde entretenida en su labor.

Por la noche, al acostarse, cansada y soñolienta, no se acordaba ya de nada; pero al apagar la vela para dormirse y sentir en el cuerpo el frío contacto de las sábanas, la escena muda de la tarde vino de pronto a su memoria, y sus ojos vieron rápida y confusamente la vidriera del balcón, el reflejo de la lámpara y la cabeza de Eduardo, que se movía para mirarla. Pasó la noche algo desvelada, y cuando por la mañana entró en la cocina para inspeccionar las modestas provisiones que trajo la criada de la compra, viendo sobre la cesta un manojo de rosas, cogió una, se la colocó en el pelo, y en seguida se puso a coser, como de costumbre.

Al dar las doce entró Eduardo en la habitación inmediata; ella, al sentir el ruido de sus pasos, alzó los ojos, se vió la flor en el espejo, y con mano rápida se la quitó de entre los rizos, dejándola junto a las otras, que bañaban sus tallos en una jarrita puesta sobre la

cómoda. En toda la tarde no levantó mano de la costura; pero al anochecer, antes de que faltase la luz del sol, media hora antes que la víspera, trajo las lámparas, cuando aun se veía lo bastante para poder trabajar sin ellas.

XI

Los amigos de Eduardo empezaron a echarle de menos; él mismo estaba maravillado de su constancia. Pablo le fué poco a poco confiando trabajo, y él siguió destripando legajos, convenciéndose de que el Conde era muy rico, y pensando que hombre de aquella posición por fuerza había de dotar a su sobrina con largueza. Además, Luisa, no acostumbrada a oír muchas galanterías en bailes y saraos, le ponía muy buena cara, porque él, sin exagerar las lisonjas, trataba de enamorarla, halagando su amor propio, y hasta haciéndose el celoso cuando se le acercaban otros. En realidad veía tan claro su triunfo, le parecía tan mezquina victoria la que obtuviese sobre aquella niña flacucha, enfermiza y antipática, que a medida de que iba asegurando el logro de su deseo iba también lamentándose de que le faltase sa-

lud y no fuera ni bonita ni graciosa. De sobra sabía él que tardaría muy poco en autorizarle para pedir su mano al Conde, y que aunque hiciese como que se avergonzaba, tratando de ocultar su alegría entre coqueterías y remilgos, en el fondo se daría por muy satisfecha.

En cambio Clara no daba muestras de comprender la insistencia con que Eduardo la miraba. ¿Era aquello disimulo, desvío, indiferencia? Toda su astucia se estrellaba ante la impasibilidad de Clara. ¿Sería tonta?

Las que hasta entonces había hecho Eduardo no fueron verdaderas conquistas; sus triunfos consistieron en tomar posesión de los despojos que otros abandonaban; tuvo relaciones con alguna señora casada que no faltaba por primera vez a sus deberes; fué amante de una cómica entreverada de aventurera; colaboró en el esplendor de dos o tres pecadoras de moda; pero nunca quiso su buena suerte depararle un éxito completo, en que el vencimiento fuese exclusivamente suyo; jamás había logrado ser fundador de dinastía, sino, a lo más, un pobre usurpador que andaba a salto de mata, alimentado con hurtos de cercado ajeno, cuando no con fruta pasada.

¡Y qué distinta era Clara de cuantas mujeres

habia poseído! Al sentarse por las mañanas ante la mesa de trabajo, su primera mirada era para el cuarto en que ella cosía: donde, aunque no estuviese, siempre habia algo que la recordara: ya eran los jarroncillos de porcelana mal pintada, llenos de flores frescas; ya unas enaguas limpias y bien planchadas puestas a secar sobre un tablón entre dos sillas; ya por debajo de una cortina que cubria la puerta de otra habitación situada más al interior, solían verse unas botitas que revelaban la buena forma y pequeñez de sus pies. No habia detalle que no la hiciese grata y deseable. Cuando Eduardo salía de allí, su memoria conservaba por un rato el recuerdo de cuanto era suyo, como el olfato retiene por algunos instantes la impresión de un aroma muy fuerte. Había momentos en que, pasando el pensamiento de las cosas a las ideas evocadas por los objetos, todo era estímulo de la sensualidad y acicate de la tentación. Primero se recreó en la posibilidad de conseguir lo que fraguaba; luego trató de discurrir los medios de lograrlo, y, por fin, aquel deseo, que imaginaba gobernar según su voluntad, acabó por enseñorearse de él con toda la violencia de que son capaces los sentidos. La ocasión hizo lo demás.

Una tarde de los primeros dias del invierno, cuando llevaba Eduardo más de un mes de trabajar con Pablo, el cielo se cubrió de nubes apiñadas y pardas, que cerraron el paso a los postreros rayos del sol. Mucho antes de anochecido era ya imposible escribir ni coser.

Clara salió de su cuarto, trayendo a Eduardo la lámpara, como de costumbre, y dejándola sobre la mesa, cubierta de papeles, fué en seguida al balcón para cerrar las persianas. La corriente de aire establecida con la puerta apagó la luz todavía mal prendida en la mecha, y la habitación quedó alumbrada débilmente sólo por el resplandor de la otra lámpara colocada en el cuarto de Clara.

Él entonces se levantó, cerró el balcón, y cogiéndola de una mano, sin que ella se resistiera ni huyese, murmuró en su oído por primera vez esas palabras que caen entre las ideas mal definidas de la virgen como aire vivo sobre fuego apenas encendido. Callada y temblorosa al principio, respondió luego, procurando dominar su emoción:

—¿Cómo he de creerle a usted? ¿Cómo ha de sentir por mí todo eso que dice? ¿Usted, acostumbrado a tratar con mujeres tan hermosas y tan elegantes, iba a fijarse...?

—No me crea usted si no quiere, Clara; el tiempo la convencerá; pero dígame usted que me perdona el haberla hablado así, por sorpresa. ¿Verdad que no se ha enojado usted conmigo?

—No, enfadarme no; lo que hago es no creerle.

—¿Y por qué? ¿Piensa usted que no basta verla aquí sola, modesta, hermosa y trabajadora, para que un hombre se sienta atraído por usted y le ofrezca su cariño? A su edad no se puede vivir así, sin nadie que le quiera a uno.

—Me quiere mi padre—dijo Clara, y sintió que mentía.

—Sí, pero llega un momento en que el cariño de los padres no basta. ¡Yo la querría a usted tanto!

—Ahora piensa usted así..., ¿qué sé yo?... Porque acaso le gusto, porque me ve usted todos los días. Pero usted no puede quererme; yo soy muy poco para usted; en fin, vamos, que no, que no, que no lo creo... Y aunque lo creyera no debía escucharle. ¡Cuántas contrariedades, cuántos disgustos tendría usted que sufrir por mi causa!

—Y si yo arrostrara todo eso, suponiendo

que alguien se opusiera a nuestro cariño, ¿le halagaría a usted la idea de sentirse querida, adorada por un hombre que le dedicara toda su vida, que cada día la quisiese más?...

—¡Hasta sabe Dios cuándo!

—Toda la vida.

—No me haga usted pensar en lo imposible. No, no es verdad; usted no puede quererme. Dice usted que soy guapa; tal vez se lo parezca y tome por otra cosa lo que no es más que agrado para los ojos; pero quererme, lo que se llama querer... ¡Calle usted, calle usted, por Dios!

—¿Y si fuera verdad, si usted llegara a convencerse de que no miento? Yo ahora no le pido a usted más que una cosa: verla todos los días y que hablemos de cuando en cuando hasta que haya tenido la suerte o el talento de hacerme comprender.

—¿Y después? Cuando le haya creído a usted, ¿qué sucederá?

—Lo que usted quiera; hará usted de mí lo que le dicte su capricho.

—Yo no haría de usted más que un hombre que me quisiera mucho...

—Yo seré ese hombre.

—Y luego me olvidará usted en seguida...

—Piense usted lo que quiera, Clara: pero déjese usted querer; como usted me escuche... En fin, el tiempo la irá diciendo la verdad.

—Hasta que usted me olvide.

—¿Y si eso no sucediera nunca?

—Sucederá, Eduardo, sucederá, y eso es lo que yo no quisiera. ¿Por qué hacerme concebir esperanzas? ¿Para qué hacerme soñar con lo imposible?

—¡Clara, por Dios! ¿Usted no ha visto, desde el día que yo entré aquí a trabajar con su padre, la impresión que había producido en mí? ¿No ha conocido usted que tenía cerca de sí un hombre dispuesto a quererla siempre? No, Clara; es imposible que usted no se interese algo por quien le habla de este modo. No quiero pensar que después de haber acariciado tantas esperanzas, pueda llegar un día en que deje de venir y no nos veamos más, y nos separemos así, fríamente, como desconocidos. No, Clara; eso no debe ser, y no será.

—No me haga usted sufrir, Eduardo. ¡Si fuera verdad todo esto, si usted me quisiera de veras!... ¡Si usted pudiese quererme siempre como yo deseo, como yo me finjo el cariño!...

Clara cerró los ojos, y él oprimió fuertemente entre las suyas una mano que le dejó coger.

—Pero no, usted me olvidará, usted se cansará de mí. Y luego...

—Clara, me ofende usted. ¿Qué interés puedo tener en engañarla?

—Sí, es verdad; se miente cuando la mentira puede producir algo: pero yo, pobre de mí, ¿qué puedo hacerle a usted desear?

—Créame usted, Clara, Créame usted..., y sabrá lo que es tener un alma suya, un hombre suyo para siempre...

El diálogo fué cada instante haciéndose más íntimo, pero cada vez más medroso, en voz más baja, cómo si ambos temieran que alguien les oyese. Ella balbuceaba excusas; su voluntad, luchando con los impulsos del amor propio satisfecho, ahogaba en la garganta las respuestas que se le venían a los labios, y seguía oyendo las frases de Eduardo, deleitándose con ellas. Aquella situación, aquellas palabras nuevas para los oídos de Clara, pero tantas veces esperadas en sus ensueños de niña, la encantaban. No era el amor de un hombre, sino la realidad del amor la que aparecía posible y esplendorosa ante sus ojos acostumbrados a la soledad y al desvío; en aquel principio de seducción no era Eduardo el agente principal, sino la pasión misma. Además, la emoción con

que hablaba, aunque torpe, era evidente; la proximidad del cuerpo de Clara, el calor que su talle comunicaba al brazo con que la oprimía, el perfume de lozanía y juventud que ella exhalaba, daban a las palabras de Eduardo un acento conmovido que hacía dudar, que casi inducía a creer. Sus labios, trémulos, parecían enviarle besos sin tocarla, y la misma agitación de su organismo prestaba al deseo el lenguaje del amor verdadero.

De pronto Clara separó sin violencia el brazo con que Eduardo le había ceñido el talle, y cogiéndole ambas manos, le preguntó cándidamente:

—¿Me querrá usted de veras?

Besóla él las suyas: ella, luego que se las hubo soltado, permaneció inmóvil como la paloma que siente en torno el aleteo del ave de rapiña, y después dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, diciendo:

—¡Quiera Dios que no nos arrepintamos! ¡Esto es una locura! ¡No puede ser!

En aquel momento se oyeron pasos por la escalera inmediata. Clara corrió a sentarse ante la labor, y él cogió el sombrero para marcharse. Entró Pablo, y después de saludar, pasó de largo hacia su cuarto. Cuando Eduardo

comprendió que había ya atravesado la habitación donde cosia Clara, se asomó a la puerta, y dijo en voz muy baja:

—Piense usted en lo que hemos hablado.

—¡Váyase usted, por Dios!

En aquella cautela, en aquel temor para contestarle, había ya un principio de asentimiento, algo parecido a la complicidad.

. . . .

Entretanto, Luisa creía haber adquirido la certidumbre de los sentimientos que hacia ella abrigaba Eduardo, y también, pero de modo diferente que Clara, se sentía halagada con aquel amor, que era el primero de su vida. Muchas tardes, al volver de paseo, entraba en el despacho del Conde, y con cualquier pretexto traía a la conversación el balance que se estaba haciendo, algo que recordase a Eduardo, y si no estaba, pronunciaba su nombre. El tío caía en la red, y le mandaba recado de que subiera a comer con ellos, gustoso de tener en la mesa alguien que le evitara conversaciones largas con Martina. Durante aquellas comidas Luisa desplegaba toda la maliciosa habilidad de su ingenio para sojuzgar por completo al muchacho, y él fingía tan bien la cortedad mezclada con la impaciencia, que ella lo ani-

maba, dándole ocasiones para atrevimientos y facilitándole medios de que sus palabras fuesen tan claras que llegasen a comprometerle. Cuando, después de comer, las dos mujeres iban a vestirse para salir, Eduardo las esperaba, sirviéndoles luego de acompañante. Luisa, sabiendo que él las aguardaba en el comedor, volvía pronto, rápidamente engalanada, porque antes de la comida lo había ya preparado todo: hasta comía calzada, para ganar tiempo y no tener más que lavarse las manos, atusarse el pelo y mudarse precipitadamente de traje, de suerte que, al entrar de nuevo en el comedor, aun venía concluyendo de dar la última mano a su tocado. Martina tardaba más, y mientras lograba Luisa quedarse sola con Eduardo. Otras veces, como yendo en coche no podían hablar delante de Martina, se quejaba de falta de ejercicio o de haber andado poco, y manifestaba deseos de ir a pie. Eduardo daba entonces el brazo a Martina para bajar las escaleras, y en la calle se ponía al lado de Luisa, entablando con ella uno de esos cuchicheos largos de novios madrileños. Ella respondía a cada palabra con una mirada para ir atizando el fuego, en tanto que él iba encorvado tratando de dejarle caer las frases muy

cerca del oído, como si fiase más en el contacto ardoroso de su aliento que en la sinceridad de sus ideas. Andaban de prisa, procurando que Martina se quedase atrás, y ambos intentaban encantusarse mutuamente. Para él, Luisa representaba la riqueza; para ella, Eduardo era la boda. Cada cual, cuando comenzaba a suponerse amado, se hacía el descontentadizo, y frecuentemente fingían riñas que concluían siempre con nuevos juramentos y ternezas.

—¡Coqueta!

—¡Tonto!

—¿Me quieres?

—¡Ni pizca!

—No digas eso ni en broma.

—¡Más que a mi vida!

—¡Hermosísima!

Y Martina, que ya iba perdiendo la paciencia, concluía por llamarles al orden.

—Juicio, niños, que vais llamando la atención.

Al fin, una noche consiguió que concluyéra de explicarse, después de muchos requiebros y no pocos discreteos. Estaban en un palco de Apolo, cuando, al terminar un acto, dejó a Martina sentada en primer término y se entró en el antepalco; Eduardo hizo lo mismo, y se

colocó junto a ella en el diván. Comenzaron a hablar bajito y muy cerca uno de otro: él fingiendo seriedad, Luisa riéndose y tapándose la boca con el país del abanico, por cima del cual sacaba los ojos haciendo guiños y monadas.

—Vamos, chico, que me das mucha risa—le decía componiéndose el flequillo que le caía hasta la mitad de la frente.

—Pues haces mal en reírte: ya ves que estoy probándote mi cariño.

—Esas no son pruebas, son rarezas tuyas.

—Ni siquiera me lo agradeces. ¿Pues por qué crees que me he prestado a ayudar a don Pablo? Para estar más cerca de ti, para verte más a menudo.

—¡Qué poético! Yo he leído no sé en dónde que hubo un herrero que se hizo artista por amor: ahora te has hecho tú escribiente. ¡Jesús, qué gracia tiene!

Eduardo fingió que la burla le había lastimado.

—Como quieras—le dijo,—no volveré a hablarte más de esto, pero tampoco volveré a verte. No tienes derecho a exigir de mí que sufra sin que me sirva para maldita de Dios la cosa.

Y cogió el gabán para irse.

—No seas tipo. ¿Quién iba a pensar que hablases con formalidad? Tanta muchacha bonita como hay por ahí, y has venido a fijarte en mí, rara, flacucha, fea y de mal genio. Mira —continuó,—allí tienes a las de Cerralto, tan monas y tan peripuestas como siempre.

—Sí, muñecas de porcelana—contestó él, sabiendo cuánto le gustaba que se hiciese burla de sus amigas.

—Son ricas.

—A mí no me importa el dinero.

—Pues, chico, hace falta.

—Entonces, no te casarías con un pobre.

—Hombre, yo no te digo que sea interesada.

—Por eso has creído que yo te hablaba en broma.

—¡Dale! ¡Pero qué terco eres, y qué empeño tienes en desfigurar todo lo que te digo!

—Lo que te digo yo es que no puedo, que no quiero estar más tiempo así: díme de una vez que nunca me harás caso.

—¿Y cómo decirte lo que no es verdad?

—¿Luego consientes?

—Ya veremos, hombre, ya veremos.

En el entreacto siguiente se reanudó la es-

cena. El calor de un candelabro de gas, puesto en el antepecho, enrarecía la atmósfera del palco; la cortina de terciopelo, casualmente enganchada por uno de sus cordones en el respaldo del diván, velaba la luz de la bomba que iluminaba aquel rincón desde el pasillo; la penumbra y el ambiente pesado robaban claridad a los ojos y aire a los pulmones; se veía poco y se respiraba mal. Luisa, recostada de medio lado para no ajarse el traje, dejaba asomar por debajo de la falda un pie muy pequeño, lo único que tenía bonito, calzado con media de seda gris y zapato de raso negro, y abanicándose con fuerza movía pequeñas ráfagas de aire, que arrancaban a su cuerpo y sus ropas un perfume suave. La satisfacción y el calor habían acarminado sus mejillas; sus ojos tenían más expresión, más vida que de ordinario. La orquesta, dominando el rumor de las conversaciones, enviaba hasta sus oídos el ritmo voluptuoso y lánguido de un vals alemán, y hacia el lado del escenario se oían los martillazos del cambio de decoración. Eduardo había olvidado que estaba haciendo una comedia; Luisa, creyéndose amada, saboreando el primer triunfo de su vida, casi estaba guapa; el gozo alteraba de tal suerte la expresión de su

fisonomía, que sus imperfecciones desaparecían bajo el imperio pasajero de la juventud y la felicidad.

—¿Me querrás siempre?

—Más que tú a mí.

—¿Me dejas que hable al tío?

Ella, cual si pusiera empeño en prolongar el encanto de mantener secretas, aquellas dulces emociones, le dijo:

—Espera, hombre, ¿qué prisa tienes?

—Bien se conoce que no me quieres como yo a ti. Quisiera tenerte siempre a mi lado, que fueses mía para siempre.

—¿No lo soy ya?—contestó, dejándole ver en una sonrisa franca y espontánea toda la alegría de su alma.

Eduardo miró de soslayo a Martina y a los palcos inmediatos, vió que nadie les observaba, y apoyándose en el respaldo del diván, rodeó con su brazo la cintura de Luisa, la atrajo a sí rápidamente y la besó en el cuello, porque ella, aunque no esquiva, sorprendida, apartó el rostro, y los labios de Eduardo no llegaron donde deseaban. Y, sin embargo, comprendió que aquella mujer era ya suya. La delataron el intenso rubor de las mejillas y el temblor de todo su cuerpo, que vibró al sentir la caricia

como el haz del agua se estremece al paso del aire. Por toda reprensión, le dijo, oprimiéndole una mano y mirándole embelesada:

—Quita, no seas loco, que pueden vernos.

XII

Hablábase mucho en Madrid por aquel tiempo de uno de esos sucesos que suelen ser pasto diario de la crónica escandalosa entre la gente acomodada, como lo son entre la plebe las aventuras de un ratero.

El socío principal de una casa de banca de las que constituyen el feudalismo comercial de nuestros días, contrajo relaciones con cierta mujerzuela, recogida por él de las aceras, haciéndola pública y escandalosamente su querida, y arruinándose con ella. Mientras el caso no pasó de ser inmoral y cínico, los consocios del incauto aparentaron ignorarlo; pero cuando supieron sus prodigalidades pensaron en atajar la inmoralidad, por si ellos salían también perjudicados; y no faltó quien dijera que, como los beneficios de la casa eran grandes, cayeron en la cuenta de que las ganan-

cias distribuídas entre menos tocarían a más. Ello fué que los timoratos y previsores negociantes hablaron al marqués del Vado, que era el protagonista del drama, primero para quitarle de la cabeza el capricho, y luego, en vista de que no quiso abandonar a la aventurera, notificándole que dejaba de pertenecer a la empresa. El enamorado, a quien su Friné tenía vuelto el juicio, prefirió renunciar a unos cuantos miles de duros al año antes de perderla, y pasó por todo. La mujer propia, ofendida y olvidada, no se quejó ni confió a nadie su pesar; pero fué de día en día frecuentando menos la sociedad, donde encontraba, en vez de respeto a su desgracia, malicia ávida de aprovecharla, y dejando abonos de teatros, bailes y visitas, concluyó por vivir casi aislada de los que ni podían comprenderla, ni sabían siquiera fingir que ignoraban su desdicha. A los pocos meses nadie observó que su nombre faltaba en las reseñas de los saraos y en las revistas de los bailes. El Marqués se desentendió por completo de ella, estableciéndose entre ambos cónyuges una separación amistosa, especie de divorcio inmoral y cobarde, sólo provechoso al culpable, y pasadas unas cuantas semanas nadie volvió a pensar en ellos. La

Marquesa salía poco y vestía modestamente, recibía a reducido número de personas y con gran frecuencia escribía largas y amorosísimas cartas a su hijo Lorenzo que viajaba fuera de España, sin que jamás en ellas dejase traslucir el despecho de la dama ni el dolor de la esposa. El marido paraba poco en casa, dormía en ella alguna noche por decoro y seguía dando a su daifa el dinero a manos llenas. Cuando gentes mal informadas o indiscretas le preguntaban por la Marquesa, solía contestar:

—No quiere ir a ninguna parte; se ha hecho devota.

Algo de cierto había en ello: mientras se vió querida por su marido fué una de tantas que van a misa, confiesan y comulgan, sin pararse a pensar en si creen o no sinceramente lo que practican; hasta presidió alguna cofradía y pagó fiestas de iglesia; pero su verdadera religión consistía en el amor que la impulsó a casarse joven, noble y rica, con un hombre a quien, cegada, estimó en mucho más de lo que realmente valía. Luego, al sentir ajada su dignidad de dama y ofendido su decoro de espoposa, al verse, a pesar de su edad y sus atractivos, postergada a la vil ladrona de su dicha, que ni siquiera tenía por disculpa la pasión,

volvió al cielo los ojos y empleó en la piedad los labios inútiles para el amor. Entonces sus tristezas fueron resolviéndose en plegarias, como si la angustia del espiritu hallase consuelo en la oración, y la misma piedad llegó a ser una forma del dolor.

Así hubieran continuado las cosas, desarrollándose lentamente el drama doméstico, si una circunstancia imprevista no trajera de pronto el desenlace. El hijo de la Marquesa tenía en Madrid un amigo, y ambos se querían entrañablemente, por haberse educado juntos y por coincidir en ideas y en condiciones de carácter. El tal amigo, viendo la triste situación de la madre de su compañero y las ruinosas locuras de su padre, creyó que, provocando el regreso de Lorenzo, quizá aquél, avergonzado, sentase algo la cabeza, o tal vez hiciera menos escandalosa su conducta; pensó, en fin, que, aunque esto no sucediera, siempre sería un gran consuelo para la Marquesa tener cerca al hijo de su corazón. Tras madurarla mucho, dió por buena la idea y la puso en práctica, escribiendo a su amigo discreta, pero minuciosamente, cuanto en su casa sucedía, y aconsejándole que con su vuelta aplicara remedio al conflicto. Lorenzo recibió en París la carta, y

tres días después tomó el tren para España, avisando a su madre, pero callándole el motivo del viaje. Quizá otro, por falta de carácter o sobra de egoísmo, hubiese vacilado; pero semejante resolución, adoptada casi antes de concluir la lectura de la carta de su amigo, era la más conforme a la índole de aquel hombre.

Lorenzo se había educado en un colegio de las cercanías de Londres, pasando solamente con sus padres las vacaciones veraniegas, acostumbrándose a vivir alejado del calor de la familia, sin afectos intensos, sujeto a gentes extrañas desde los años primeros de la adolescencia y encariñado luego con la libertad que en su juventud le dejaron. Estos accidentes, extraños a su natural condición, influyeron en él poderosamente; así que, cuando terminados sus estudios, sin título académico pero con una instrucción sólida, los Marqueses le mandaron volver a Madrid, el carácter de Lorenzo era otro muy distinto del que imaginaban, porque sus facultades se habían desarrollado, no en el molde, quizá algo estrecho, pero siempre dulce, del hogar, sino haciendo vida independiente, más propia para formar el sentido práctico que para dar calor al sentimiento. Profesaba a sus padres una mezcla mal equilibrada

de respeto y cariño; aun queriéndolos sinceramente, su respeto era mayor que su ternura; la razón ejercía en él más influjo que la sensibilidad, y habituado a vivir solo y ser dueño de sus acciones, no pudo someterse fácilmente a la vida de familia. Además, la repugnancia a variar de costumbres, la falta de amigos de su edad, le hicieron, a poco de llegar a España, desear con ahinco volver a los países donde hasta entonces había estado.

Su madre quiso evitarlo, y lo procuró tierna, afectuosamente, pero con poca energía, porque entonces todavía su pasión principal era su marido, y como aún no se lo habían robado los halagos de la embaucadora, él era quien realmente llenaba su corazón. Sólo cuando se vió engañada fué cuando pensó mucho en aquel hijo que le recordaba el amor perdido. En cuanto al padre, al tratarse de la partida de Lorenzo, dijo que los muchachos no deben estar pegados a las faldas de las mujeres; aprobó su resolución, e hizo que le enviaran como agregado a la embajada de París. Transcurrieron dos años, durante los cuales la discordia se introdujo en el matrimonio, y vino aquella situación, que hacía a la Marquesa víctima en la casa donde debía ser señora.

Lorenzo llevó, en tanto, la vida que por más libre le agradaba; pero ni sus gustos ni sus inclinaciones le arrastraron a hacer mal uso de aquella libertad. En posición honrosa, y con el bolsillo bien provisto, pasó dos años, dando a su espíritu y a su cuerpo la enseñanza y los placeres que le pedían la edad y sus inclinaciones. Su reflexión regateaba lo que la juventud le exigía quizá con exceso, y de esta suerte, sin dejar de rendir culto a todo sentimiento honrado, supo mezclar en la misma copa lo dulce y lo serio de la vida; paladeó uno tras otro el amargo jugo de la observación y el vino de las cenas alegres; acaso en el mismo día estudiaba por la mañana un libro severo hasta hacer antipática la moral, y por la tarde comía en el campo con una muchacha bonita, quitándole las cerezas de la boca ó bebiendo en el mismo vaso que ella. Tal vez, al contar a fin de cada mes el dinero gastado, sumaba juntamente lo que le costó una noche de falso amor y lo que dió a un amigo pobre, recordando confundidas las cantidades con que, sin ser filántropo, remediaba un mal, y las que, sin ser vicioso, había derrochado en divertirse. Pero aquella existencia fácil, costosa, agitada, tenía mucho de frívola; las cosas, los hechos y

las gentes pasaban a su lado sin dejarle en el alma afecto firme ni sentimiento hondo; ya sí como el paladar olvida pronto los sabores, las emociones, por poco intensas, no dejaban rastro en su corazón. Sus goces no eran verdaderas alegrías, sus contrariedades no eran verdaderos disgustos; había en cuanto le rodeaba algo ficticio; en el fondo todo le era igual. Ni a la vida le unían lazos fuertes, ni su pensamiento tenía ideal. Era de esos hombres que, asegurada la existencia diaria, no se preocupan del presente ni piensan en lo porvenir. La frialdad de Lorenzo era, sin embargo, más aparente que real; le hastiaba no hallar en el amor comprado ni siquiera la ficción del pudor perdido; le hacía daño ver pasar junto a sí a la amante de una noche sin recordar su nombre, o confundiéndola con otra; le amargaba el convencimiento de que nadie le esperase nunca con impaciencia, y le entristecía no experimentar el intenso deleite de acariciar con la imaginación lo que se aguarda.

Algunos años más de semejante vida le hubieran llevado por sus pasos contados de la indiferencia a la misantropía, y de la misantropía al egoísmo; que los sentimientos del hombre se pervierten si se amortiguan, como las

aguas se corrompen cuando se estancan. Pero la situación ocasionada por la conducta de su padre vino a sacarle de aquella atmósfera malsana. Ansioso de conmoverse por algo grande, apenas supo la desgracia de su madre resolvió remediar el mal, si aun era tiempo, o compartirlo si era tarde.

La fatalidad dispuso de otro modo las cosas. En las veintitantas horas que duró su viaje, el drama de su hogar se desenlazó entre las hablillas de todo Madrid. La querida del Marqués, segura de no perderle, y por hacerse desear más, se escapó con un gomoso tan rico como estúpido, que creyó inmortalizarse entre los suyos robando aquella Aspasia de cuarta clase, y el padre de Lorenzo, casi loco, se fué tras ellos, sorprendiéndolos en un puertecito de mar de la frontera, logrando entrar de nuevo en posesión de su amada.

Aquel golpe acabó con la resignación de la Marquesa: la humillación se le hizo intolerable; en cada sonrisa creyó ver una burla; la lástima que inspiraba le hizo daño; el nuevo y mayor escándalo fué como un latigazo que le cruzara el rostro, y entonces contestó a la afrenta con un arranque de independencia y altivez. Se marchó de la casa donde vivía escarnecida.

Aunque la finca formaba parte de lo que heredó de sus padres, no quiso disputársela a su marido, y se fué sin llevarse nada, dejando en los cajoncitos de los muebles hasta las joyas que sus suegros y cuñados le regalaron cuando la boda. Hubiera querido extirpar en su memoria el recuerdo de todo lo pasado. Pero es ley de la vida que ciertas penas, causadas por el amor o la muerte, sean irremediables, arraigando de tal modo en el alma, que ni la voluntad las domina ni el tiempo las aplaca; antes, al contrario, se enseñorean de ellos y la imaginación llega hasta a saborearlas con placer enfermizo, porque también el dolor tiene su voluptuosidad.

Buscando recuerdos gratos por huir de tristes realidades, se fué a un pueblecillo de Andalucía, donde sus padres le dejaron una casa oculta entre olivos y naranjos, que fué en otro tiempo alegre nido del amor de los primeros meses de su matrimonio, y allí determinó pasar el resto de sus días, lejos del mundo, como si para ella vivir no fuese más que esperar la muerte.

Cuando Lorenzo llegó a Madrid, hallando cerrada la casa de sus padres, fué a pasar la noche a una fonda, y al día siguiente partió en busca de su madre.

El dolor de la mujer amante y la humillación de la esposa cedieron por algún tiempo ante la satisfacción de recobrar el hijo en mal hora pospuesto al padre. Durante algunas semanas, Lorenzo, que sentía desbordarse en caricias su ternura, le prodigó dulces consuelos, tanto más gratos cuanto menos esperados; pero a los pocos meses despertaron las penas engañosamente adormecidas, la tristeza fué trocándose en melancolía, y el martirio moral degeneró en uno de esos padecimientos que la ciencia no cura, porque no hay drogas para el alma. La Marquesa murió, perdonando a su esposo, abrazada a Lorenzo..., sin maldecir a quien la hizo desgraciada.

La noticia de su muerte y la vuelta de Lorenzo a Madrid se supieron pronto en salones y tertulias, recordándose entonces todo lo ocurrido anteriormente, como un capítulo de novela hace tiempo leída. "¡Pobre mujer!", exclamaron algunos. "¿Quién se lo había de figurar?", dijeron otros. Nadie dejó de saludar al Marqués.

Lorenzo no volvió a tratarse con su padre, le reclamó su hijuela, y en la última carta de las que para este asunto mediaron entre ambos le dijo que por respeto a la muerta se con-

sideraba doblemente huérfano. Luego el Marqués, como la casa de Madrid procedía de los bienes de su mujer, sacó de ella cuanto le pertenecía, y quedó rota para siempre toda comunicación entre el padre y el hijo.

Lorenzo se aposentó en las mismas habitaciones que ocupaba cuando venía a Madrid en sus vacaciones de colegial. La última vez que las pisó era un muchacho; al penetrar de nuevo en ellas ya era hombre; pero aquellos muros no le trajeron a la memoria un solo recuerdo grato: tomó posesión de su propia casa como hubiera entrado en la de un pariente lejano a quien heredase sin impaciencia. Mandó cerrar las piezas antes ocupadas por su madre, y sólo sacó de ellas un retrato que llevó a su cuarto; pero la figura pintada, joven, esbelta, sonriente, no parecía imagen de la pobre mártir que él vió morir marchita, triste y aviejada: aquella era la madre de otros tiempos, amante para el esposo, olvidadiza para el hijo. La que él amaba era la otra, la muerta en Andalucía, sin brillo en las pupilas, con la tez amarilla y el cuerpo seco como tallo de planta olvidada.

Resuelto a vender cuanto tenía y volver a Francia, pensó Lorenzo dirigirse a una perso-

na entendida en negocios, para encomendarle la realización de cuanto poseia, y entonces se acordó de un gran amigo de su madre, padrino suyo, y uno de los pocos que habían criticado acerbamente la conducta del Marqués. Este hombre era el Conde de Elgueta; Lorenzo averiguó donde vivía y fué a verle. Prometióle el banquero servirle en todo lo que pudiera: llamó a su administrador, le confió el cuidado de los asuntos que exigían más pronta intervención, y Lorenzo quedó en llevar a Pablo al otro dia cuantos titulos, resguardos, escrituras y papeles pudieran serle necesarios. Iban ya a despedirse, cuando el Conde dijo a Lorenzo:

—Una cosa te aconsejo: no vendas la casa de Madrid. Hoy por hoy no te faltará dinero, y además es finca que ahora te produciría poco; deja pasar el tiempo, que ya vendrá mejor ocasión.

Lorenzo aceptó el consejo; pero firme en todo lo demás de su propósito, reunió aquella noche los documentos de que hablaron, y a la hora convenida fué a entregárselos a Pablo.

XIII

La muerte de Rafaela fué para el Conde un golpe horrible; aquel hombre, encariñado sólo con su dinero, y que si alguna vez obró bien lo hizo por cobrar buena fama, cosa que luego fácilmente se amoneda, sintió mucho la falta del único ser capaz de inspirarle un deseo al cual él calumniosamente llamaba amor. Ni siquiera le quedaba el consuelo de llorarla públicamente, ni de llevar luto por ella.

Una de las manifestaciones de su pena fué cobrar a Martina un horror invencible, que la condenó a perpetua soltería, sin que ella llegase a convencerse de su desventura. La infeliz esperaba, al menos, una boda *in articulo mortis*, algo como satisfacción de última hora. De cuando en cuando, indignada contra sí misma por tanta paciencia, exageraba instintivamente ya sus halagos y carocas, ya sus re-

convenciones y reproches a Pedro, que continuaba indiferente a cuanto no fuese la revisión de sus negocios y el recuerdo de Rafaela. Ella fluctuaba entre la esperanza de ver premiado lo que llamaba su juventud perdida y el despecho que le causaba el desvío de Pedro. Otras veces, enfurecida, sin mirarse al espejo, cual si los años hubiesen transcurrido sólo para él, murmuraba: "¡Viejo!".

A Pablo ni se le calmó el encono que sintiera al sorprender el adulterio, ni logró arrancarse de la imaginación a Rafaela: la odiaba, pero la echaba de menos. El Conde y él se aborrecían mutuamente, sintiendo unos a manera de celos póstumos; Pablo se dolía de que le hubiesen robado la mujer amada; Pedro vivía amargado por no haber sido el objeto único de su amor. Pero como la bajeza humana llega hasta lo increíble, aquella criatura funesta les unía aún después de muerta, como un lazo sucio que sujeta dos bestias. Pablo no podía explotar su vergonzosa resignación, pero tampoco sabía dónde ir ni de qué vivir si abandonaba la casa. Al Conde le era odiosa la presencia de su administrador; pero, ¿cómo deshacerse de él sin perder a Clara? Tenía que aguantarse, esperar; quizá Pablo muriese antes que él.

Este afecto, que ella ignoraba por completo, no había de ser provechoso a Clara: aun en el ánimo del Conde estaba limitado al propósito de *hacer algo por ella*, frase vaga que se le ocurría cuando pensaba en su testamento con el temor a la muerte propio de los viejos. Además, no podía favorecerla mucho sin despertar dudas en Pablo, a quien suponía ignorante, no del adulterio, pero sí de la época en que comenzó. Así las cosas, el administrador continuaba allí por rebajamiento de carácter; el Conde no quería despedirle, abrigando como último recurso la esperanza de hacer un día a Clara un cuantioso legado, o casarla ventajosamente si faltaba Pablo; y sobre toda esta miseria moral, de rencores mal contenidos, flotaba, desprendiéndose de ellos como un vapor malsano, el recuerdo de Rafaela, poetizado groseramente por su imaginación de viejos lujuriosos.

Clara vivía aislada de cuantos la rodeaban; el tiempo y las circunstancias hicieron definitiva la separación entre ella y Luisa, cuyo último rasgo de amistad fué regalarle un vestido negro, muy viejo, cuando murió su madre. Sus diálogos con Pablo se reducían a quejarse él por si se gastaba más o menos pronto el puñado de

duros que le daba para el sostenimiento de la casa, y disculparse ella con que todo subía de precio. También gruñía por no gustarle como le planchaba Clara las camisas, y nada más. Cruzaban pocas, muy pocas palabras, casi las indispensables entre dos seres que viven bajo el mismo techo; jamás una frase de cariño ni una caricia. Mas como en el corazón del hombre, aunque la desoiga, hay una voz que clama contra la injusticia, alguna vez pensaba Pablo que la infeliz no tenía la culpa de lo que a él le había pasado; pero luego, la duda de si era o no su hija, la influencia del delito de la madre, ahogaban aquel impulso de bondad.

Ella sentía hacia su padre un respeto que rayaba en miedo, y su temor principal era que llegase a saber sus relaciones con Eduardo, las cuales se desarrollaron lógica y fatalmente, facilitadas por la astucia de él y la situación creada.

Clara no se desveló, como heroína de novela, la noche de aquel día en que Eduardo la habló por primera vez. Pero antes de dormirse sus palabras se le agolparon a la memoria, quiso reconstruir las promesas, las frases al parecer sinceras, y luego, cuando apagó la luz, se dijo a sí misma lo que le contestó a él: "Esto

es una locura; no puede ser, no hay que pensar en ello».

Como Eduardo sabía ya lo que se propuso inquirir, continuaba su trabajo sólo por asegurar la conquista de Clara. En cuanto a Luisa, estaba convencido de que no tenía bienes propios de ninguna clase: don Pedro no era tutor ni curador suyo; nada tenia que entregarle; pero por deshacerse de ella o por vanidad, era de esperar que la dotase dignamente. Luisa representaba para Eduardo la solución del problema de la vida: la mujer le era indiferente. En cambio, Clara le atraía única y exclusivamente por su hermosura, inspirándole con deseo torpísimo sin sombra de poesía, lo que se llama entre hombres solos un capricho.

Sus pensamientos, guiados por la impaciencia, le fingian en algunos momentos terminada aquella campaña contra dos mujeres: Luisa habría de traerle en dote la posición, la influencia, el prestigio del nombre de su tío, y Clara podría ser una querida de lujo, que pregonara con trenes y vestidos la largueza y la fortuna de su amante. La alcoba de la miserable casa de huéspedes de la calle de las Veneras se poblaba por las noches con sus esperanzas de ambición lograda y de amor propio satisfecho.

¡La gran vida! Todo pillo tiene algo de soñador. Los más ilustres granujas de la historia no procuraron con tanto ahinco la conquista de sus reinos como aquel ambicioso de baja estofa meditó la posesión de Luisa y de Clara. Todo se arreglaba a medida de su deseo: Luisa le quería realmente; la señorita, flaca y desgarbada, que al principio pensó sólo en casarse, concluyó enamorándose de él con esa tenacidad con que se aferra lo débil a lo fuerte: Clara, que en un principio rechazó aquel amor no por poco halagüeño, sino por peligroso, estaba ya casi entregada. A entrar en juego sólo la atracción personal ejercida por Eduardo, acaso éste tardara mucho más tiempo en triunfar de ella, suponiendo que triunfase; pero, a diferencia de Luisa, lo que principalmente la seducía no era el hombre mismo, era la esperanza de otro género de vida entrevisto en sus promesas. ¿Ambición, codicia? No: ansia de verse querida, de tener junto a sí quién la mirase con cariño. En esto compendiaba el amor y cifraba la felicidad.

Como en el centro del día Pablo andaba por el escritorio, no podían Clara y Eduardo hablar hasta la tarde. Luego que se iba, venía ella con el cesto de la costura a hacer labor en el cuar-

to inmediato. Cambiaban las primeras palabras sin moverse cada cual de su sitio ni atreverse a levantarse: en cuanto se creían seguros se juntaban, y sentado él a los pies de Clara en una silla baja, o apoyando ella los codos en la mesa donde Eduardo escribía, se iban poco a poco engolfando en la conversación, siempre atento el oído al pasillo cercano, único sitio por donde podía venir alguien.

—Bien miradas las cosas, no comprendo tus temores—decía él una tarde—hoy por hoy, bueno es que callemos nuestro cariño en obsequio a tu tranquilidad; pero el día que yo tenga arreglados mi negocios y pueda hablar con tu padre, ¿qué miedo has de tener? Si la cosa le agrada, tan contentos; y si gruñe, haremos lo que queramos. Según veo, no te mima tanto que vayas a echarle de menos.

—Pero es mi padre.

—¿Y qué? ¿Por esa razón ha de hacerte desgraciada? Ya ves, yo quería mucho al mío, pero todo lo hubiera dejado por ti.

—¿Me quieres tanto, Eduardo, de veras?

—Pues si no te quisiera, ¿a qué había de seguir viniendo y prolongando el trabajo? ¿No conoces que esto ya no es más que un pretexto?

—Y cuando no puedas venir, ¿cómo nos veremos?

—¿Tú no sales nunca de casa?

—A misa, los domingos.

—¿Nada más?

—Nada más. Algunas veces a casa de mi tía Pascuala, pero con la criada.

—Eso no nos basta; yo no puedo vivir sin verte.

—Ni yo puedo dejar de oírte decir que me quieres. Mira, no sé lo que me sucede contigo; pero cuando te vas, cuando no te tengo a mi lado, de lo que más me acuerdo es de tus palabras, de todo lo que me dices; no te veo, no te siento; pero las cosas que me has dicho parece que me laten en los oídos. ¿Verdad que me quieres?

—Pues yo, aunque no estemos juntos, te veo como si estuvieras delante de mis ojos; los cierro, y sigo viéndote; tu boca, todas tus facciones, todo tu cuerpo lo tengo grabado en la memoria... ¡Si me quisieras así! ¿Verdad que serás mía?

—No se me olvida nada de lo que me dices, y luego me lo repito yo a mis solas .., y ¡mira si soy tonta! Hasta creo algunas veces que no me engañas.

Ambos decían verdad: para Eduardo la imagen de Clara era una compañera inseparable, a quien acariciaban constantemente sus sentidos, ansiando poseerla. Sus ojos negros y brillantes, su boca fresca y roja, las líneas de su cuerpo reveladas por un traje muy modesto, casi pobre, pero de ese corte estrecho que oprimiendo las formas las dibuja como desnudándolas; toda su figura seductora con la lozanía de la juventud y poetizada por la tristeza, ejercían sobre él una influencia que era látigo del deseo y narcótico de la conciencia. Ella, en cambio, apenas separada de su amante, no hacía con la imaginación esfuerzo alguno para recordarle, ni pensaba en el hombre, ni lo echaba de menos: su deleite consistía en repetirse lo que le había oído, en ir acumulando en la memoria, como reliquias preciosas guardadas en un santuario, las frases que formaban el tesoro de su amor, sobre todo aquellas con que le prometía una vida de abnegación y de cariño. La idea del amor y el deseo de la dicha se compenetraron en su alma, esperanzándola por tan misterioso modo, que llegó a confundir el impulso de la pasión con el ansia de la felicidad.

La impaciencia de Eduardo le hacía apare-

cer tan apasionado que Clara llegó a creerse realmente amada. Hacía ya muchos días que, cediendo a sus ruegos, consintió en sustituir el usted, ceremonioso y frío, por el tú, propio de la confianza y el cariño; durante los largos diálogos que sostenían le abandonaba las manos, le permitía hablarla casi pegados los labios al oído, y, en fin, con otras pequeñas condescendencias que en amor son indicio de grandes flaquezas, le mostró que la tenía rendida y punto menos que entregada. Pero el tiempo iba pasando, la ocasión tardaba, y Eduardo comprendió también que cualquier circunstancia imprevista podía dar al traste con sus proyectos si el estado de sus relaciones con Luisa aceleraba la boda, o sólo con que Clara tuviese conocimiento de ellas, aunque esto último era difícil, pues la hija de Pablo vivía como aislada de cuantos la rodeaban. Además, la única que estaba en el secreto de los amores de Eduardo y Luisa era Martina, que se enteró, no por confianza de Luisa, sino por haberlo sospechado y confirmado ella misma, observándolos y hasta espiándolos; y Martina no había de ponerles obstáculo, antes al contrario, deseaba ver asegurado el noviazgo, y que Pedro consintiera en la boda para que-

dar así libre de Luisa y señora absoluta de la casa.

Una tarde Eduardo, persuadido ya de que no bastaban para triunfar de Clara las promesas vagas, se decidió a dar mayor precisión a sus palabras, y cuando ella se acercó a la mesa donde estaba escribiendo, se fingió entre triste y enojado, para dar a la conversación el giro que le convenía.

—¿A qué vienes, si no me quieres? Es necesario que esto concluya. No puedes exigirme que adorándote como te adoro sigamos así: tú, miedosa e incrédula, y yo sufriendo por no saber nunca lo que piensas.

—¡Que no sabes lo que pienso! ¿Pues qué te he callado? ¿No sabes que tu cariño es mi alegría, que te creo y que te quiero?

—Esas son palabras; yo quiero pruebas.

—¿Y qué pruebas te puedo dar? Hasta mi temor de que se sepa que nos hablamos, no es más que temor de perderte. ¡Bien se conoce que a ti no te importaría tanto como a mí!...

—Todo lo tolero, Clara, menos que dudes de mí. ¡Te quiero tanto!...

—Y si llega a saberse que nos queremos, ¿cómo vas a entrar aquí, cómo te veré?

—Es verdad: ¡paciencia! Pero prométeme

una cosa. Dentro de un mes tendré yo arreglados mis asuntos hablaré con tu padre, y si no consiente, nos casamos por fuerza, a pesar suyo.

Clara no tuvo tiempo de contestar. En aquel instante oyó que sobre las losas del patio sonaban pasos en dirección hacia la escalera del piso principal, y temiendo que alguien subiese se refugió en su cuarto y comenzó a coser rápidamente. Eduardo se asomó al balcón a tiempo que un hombre desaparecía tras la cancela de cristales que daba acceso a la parte de casa ocupada por el Conde, y entonces, tranquilo ya, entró en donde cosía Clara, diciéndole:

—No tengas cuidado; es una visita para don Pedro.

Entretanto, Lorenzo Guadaira, que era el recién llegado, entregó su tarjeta a un criado, que volvió inmediatamente a la antesala. El Conde no estaba, pero había dejado dicho que si Lorenzo venía a verle, pasara al escritorio de don Pablo.

—El señor administrador—le dijo el criado—ha salido también, pero debe tardar muy poco.

Y guiándole a través de dos o tres cuartos,

cruzó un corredor, y señalando una puerta situada al fondo de un pasillo, dijo:

—Allí es: tome usted asiento, que don Pablo vendrá en seguida.

Lorenzo anduvo lentamente, sin que sus pasos hicieran ruido sobre la gruesa estera blanca. La puerta estaba abierta; entró en el modesto escritorio, y sentándose en una silla, esperó.

Clara y Eduardo, enfrascados en la conversación, no le sintieron; pero él, sin habérselo propuesto, oyó lo que hablaban. La voz de Clara tenía las dulces inflexiones que dejan adivinar una mujer cariñosa; la de Eduardo era algo velada, casi bronca.

—¿Consientes? —decía él.

—¿Me quieres de veras?

—Si no te quisiera no te propondría lo que te propongo; pero es preciso que te decidas.

—Pues bien, cuando arregles tus asuntos, habla a mi padre... Haz lo que te parezca; pero, sobre todo, quiéreme mucho.

Lorenzo estuvo a punto de toser para avisar a la pareja de palomos enamorados; pero la curiosidad pudo más en su ánimo.

«¡Bonita situación! —pensó—¿Quiénes serán?»

—¿Está hecho el trato?—preguntó la voz áspera.

La voz dulce, lenta en contestar, repuso al fin:

—Sí.

"Como sellen el pacto a besos, hago ruido„—se dijo Lorenzo.

Calló el hombre, y entonces la mujer siguió con acento de indudable sinceridad, en el cual se confundían la timidez y la vehemencia:

—Sí, te querré siempre, haré cuanto desees, porque te amo. Sólo amor puedo darte y tú me traes la dicha. Pero, ¿te arrepentirás? No te cansarás nunca de mí, ¿verdad? Nadie me ha tenido cariño, y, sin embargo, no soy mala; amada por ti seré mejor. Si supieras lo que ha sido mi soledad..., ¡lo que he sufrido viendo que mi padre y mi madre se querían ellos más que a mí! ¡Y cómo he soñado con que alguien me amase y fuese mío y yo suya!

Lorenzo contenía la respiración por no perder nada de lo que escuchaba; de indiferente, casi divertido que estaba al principio con aquella aventura, se quedó pensativo, pareciéndole que las palabras de Clara evocaban sus propios pensamientos, que venían como si fuesen ecos lejanos del aislamiento en que pasó la in-

fancia, y de aquella juventud abandonada y libre que no dejó en su corazón un recuerdo ni engendró en su alma una esperanza. Estaba escuchando, en frases ingenuas y sencillas, las mismas amarguras que él sintió al salir de una fiesta o al apartarse de los brazos de una amante pagada. Él, viviendo solitario entre miles de almas, y la mujer que allí cerca hablaba, aislada en el seno de su familia, habían tenido análoga existencia.

A Eduardo le molestaba la sinceridad de Clara, porque sin saberlo le estaba arrojando al rostro la maldad que cometía con ella.

—Vamos, mujer, no seas romántica; te falta poco para llorar. Ya sabes que siempre seremos uno de otro...

—No, no lloro, pero piensa bien lo que te digo. Si crees que has de arrepentirte, déjame ahora; no me quites luego la felicidad cuando crea tenerla asegurada. Yo te juro que seré buena... ¡Tendré tanto que agradecerte!...

—Pues yo no te quiero agradecida, sino amante.

Ambos callaron, oyendo de nuevo ruido de pasos en el patio. Lorenzo se puso en pie, como si acabara de llegar, y movió suavemente la puerta que tenía al lado. Eduardo salió

del cuarto donde estaba con Clara, y ni aun sospechó que les hubieran escuchado. Lorenzo le preguntó por don Pablo a tiempo que éste entraba en la habitación, y para alejar toda duda del ánimo de Eduardo, que comprendió era uno de los interlocutores del diálogo, dijo, encarándose con el administrador:

—Parece que ha venido usted siguiéndome.

Un momento después puso sobre la mesa un manojo de papeles. Don Pablo los examinó, y dándole un recibo de los valores que representaban, le dijo con toda la afabilidad que puede emplear un comerciante:

—Bien, le avisaré a usted cuando esté la cosa concluída.

Lorenzo salió de allí más preocupado con lo que había oído que por la entrega de sus papeles, y durante largo trecho, hasta perderse su coche entre los grupos de gente, creyó seguir escuchando la voz fresca y sonora de aquella mujer, a la cual no había visto.

Aun no tenía don Pablo guardados en el cajón de la mesa los papeles de Lorenzo, cuando entró un criado en el escritorio con este recado:

—De parte de la señorita Luisa, que si gusta don Pablo *de* subir a comer con los seño-

res, y que suba también el señorito Eduardo.

Clara lo oyó perfectamente, y pensó: «Luisa le manda llamar: ¿por qué?».

Se quedó disgustada. ¿Quizá celosa? No; lo que sintió no fueron celos. ¿Qué le importaba que se fuera Eduardo, si quedaba con ella su esperanza? Quien se había enseñoreado de Clara, no era el hombre, sino el amor.

XIV

Por los días en que Pablo terminó el balance de los bienes del Conde, Eduardo tenía ya rendido el ánimo de Luisa, que fué crédula para prestar oído a las lisonjas, y dichosa con esa felicidad que siente al verse amada la mujer convencida de que no es hermosa. Luisa se conocía mejor que la conocía nadie, y estaba persuadida de que sus atractivos no eran bastante poderosos para inspirar amor; pero, a cambio de este triste convencimiento, tenía ese instinto perspicaz, clarísimo, que hace a la mujer poco agraciada enriquecer su entendimiento y aguzar su ingenio, fijándose en las cosas y observando a las personas. Era muy difícil, si no imposible, que un hombre se enamorase de ella; se lo habían dicho, primero, el espejo, después, las largas noches pasadas en bailes y teatros, sin que nadie se acer-

case a dirigirle una galantería ni fijara en ella los gemelos; hasta sus mismas ropas le daban a entender que no era hermosa, por las dificultades con que tropezaba para encontrar hechuras y colores que la favoreciesen algo. ¡Qué pocas modas podía adoptar sin parecer presuntuosa ridícula! Su penetración, en cambio, la persuadía de que, si llegaba a verse amada, sería por un hombre que la tratase de cerca, y pudiera apreciar que, si físicamente valía poco, no tenía, en desquite, nada de común con el tipo empalagoso y vulgar de la niña bonita, pero tonta y pagada de sí misma. Eduardo la había tratado así, conociéndola en el interior de la casa, no con tanta intimidad que sorprendiera sus defectos, mas con bastante confianza para apreciar sus buenas cualidades; de modo que al escucharle pedir amores, le creyó sincero.

No se forjó la ilusión de haberle inspirado una de esas pasiones vehementes y carnales que tienen por base la hermosura; harto sabía que no; mas por ello mismo, advirtiendo que no la adulaba nunca celebrando encantos de que carecía, se fió de él. Y tal vez sobre todas estas cavilaciones suyas prevaleciese una sola razón para que se considerase juntamente que-

rida y enamorada: la de que Eduardo le gustaba mucho.

Así aquel hombre, incapaz de nobleza y ternura, iba a ser para la señorita fea y rica el marido con que ella no se atrevió a soñar; y para la otra pobre muchacha, de quien nadie hacía caso, la personificación del amor.

El día que Eduardo y Luisa resolvieron hablar al Conde, titubearon medrosos e indecisos. ¿Quién debía hacerlo primero? Si el Conde no aprobaba aquel amor, su porvenir estaba perdido. El convencimiento de la propia inferioridad, decía a Luisa que jamás encontraría otro hombre que supiera comprenderla. Confiando más en sus halagos que en la elocuencia de Eduardo, resolvió ser ella misma quien diese el primer paso, y avergonzada, ruborosa, envolviendo las frases entre mimos y carocas, confesó a Pedro sus relaciones con Eduardo, exageró el amor que le tenía y repitió muchas veces que debiendo tanto a su tío no quería callar por más tiempo ni esperar en nadie sino en él. Pedro, a quien todo aquello importaba poco, consintió en que se casaran cuando quisieren, y autorizó la boda con la misma frescura con que en otro tiempo compraba unos cuantos títulos de la Deuda o ven-

día al Estado una partida de tabaco averiado.

—Sí, nena, os casáis cuando queráis. Parece buen chico, y a ti te conviene que alguien te tuerza ese geniecillo tan fuerte.

—¡Tiito, qué bueno eres y cuánto te quiero!

—Sí, mujer, sí; cásate. El no debe de estar mal, y además yo os daré algo. Pondréis casa, ¿verdad? El casado casa quiere.

—Eso, lo que a usted le parezca; pero no me agrada separarme de usted.

—Yo tampoco quisiera separarme de ti; pero lo primero es la libertad, libertad para todos..., en fin, allá vosotros...

Eduardo, que no tenía dinero con que establecerse, convenció a Luisa de que no debía dar al tío el disgusto de abandonarle. Dejarle solo, a sus años, parecía cruel. Decidieron quedarse allí, ir preparando poco a poco las cosas, hacerse ella el equipo, ultimar él algunos asuntos que decía tener pendientes, y luego, hacia fines de julio de aquel mismo año, casarse y hacer un corto viaje de novios, no permaneciendo ausentes de Madrid sino el tiempo necesario para saborear las primeras delicias de la luna de miel. Después vendrían a la Corte, y ella, la que fué mirada con lástima por las compañeras de colegio, la que vió

casarse tantas apenas salieron del Sagrado Corazón, volvería a pisar los salones en que pasó inadvertida, y donde ahora la verían feliz apoyada en el brazo de su marido.

Todos estos proyectos bullían en la mente de Luisa al final de aquel invierno. Entonces fué el empezar a disponer las cosas; hacer compras, buscar telas, escoger vestidos y pensar en lo que había de regalar a su novio. Apenas su tío la autorizó para que gastara lo necesario, su imaginación no descansó un minuto, ni Martina tuvo día de reposo. Encargó a una modista famosa tres o cuatro trajes, y a otra menos carera otros tantos, más modestos; con lo que así ahorrase le harían en París dos vestidos magníficos, y además el de boda, que sería elegantísimo, todo de raso blanco, y para el cual habían de traerle desde los zapatos hasta las horquillas. Una gran parte de la ropa interior debía también ser de París. Martina, que se armó de paciencia, Eduardo, que apenas creía lo que estaba sucediendo, y Luisa, exaltada por la dicha, discutieron, con los muestrarios a la vista, hasta los menores detalles, para que cuanto se mandase hacer fuera bonito, nuevo y elegante. Ella, cada vez más contenta, se enorgullecía cuando Eduardo, ac-

cediendo a un capricho suyo, fingía conformarse con su voluntad; y luego, a solas, pensaba minuciosamente la cantidad, la clase y los adornos de las ropas interiores, gozándose en escogerlo todo de manera que las telas y los cortes de cuanto usase la rodearan de atractivos que estimulasen el amor de su novio. Parecía que en el fondo de sus vacilaciones y dudas por unas y otras hechuras, por estas o aquellas formas, había algo más que la inocente coquetería de la enamorada; sus afanes, sus predilecciones estaban como inspiradas en una sensualidad de pensamiento muy vaga, hecha con esperanzas de agradar y deseos de presentarse seductora a los ojos de aquel hombre que iba a poseerla. De todo se ocupó, no se le olvidó nada: ni los pantalones blancos, finísimos, con entredoses y puntillas; ni las camisas con delanteros calados y canesúes bajos, algunas de ellas sin mangas, y las de noche abrochadas hasta el cuello o sueltas, con lacitos de colores; ni los corsés de seda maravillosamente pespunteados; ni las enaguas de calle, cortas y lisas; ni las de baile, largas y guarnecidas de encajes; ni las medias de seda, ni los zapatitos de raso o las botitas de cabritilla fina como la de los guantes. ¡Con qué

placer pensaba en aquellas menudencias, dando a pequeñeces insignificantes la importancia de asuntos trascendentales! Cada traje tenía sus prendas interiores designadas de antemano: para los vestidos de salir a cuerpo, chalecos de ante ribeteados de seda; para las faldas de mañana, enaguas con bajos sencillos, sin guarniciones ni bordados, y para los trajes de noche batistas casi impalpables, que no hiciesen pliegues bajo las sedas de la espalda ni arrugas en la línea del talle. Como el escultor, al cubrir de paños la figura, va calculando cada línea para dejar mal velados los encantos, ella instintivamente adivinaba medios y artificios para no esconder sus pocos atractivos o disimular sus defectos. No escogió nada chillón ni llamativo, cargado de adornos o de formas extravagantes, y ¡cuántas monerías se le ocurrieron!

Para cuando volviese del teatro, tendría sus batas sueltas y holgadas, que mostrasen entre los huecos mal abrochados las puntillas rizadas, y por debajo de las mangas anchas los brazos desnudos. Al levantarse de la cama. con los rizos deshechos y el color quebrado, podría ponerse sus gorrillos con cintas de tonos pálidos y otras batas más ajustadas. A los

corsés iban sujetos diminutos saquillos perfumados, cuyo aroma, entibiado por el calor de su cuerpo, respiraría Eduardo como si fuera emanación de ella misma. En todos los objetos de uso continuo, en los tatarretes y los pomos del tocador, habían de estar grabadas o esculpidas las iniciales de ambos, entrelazadas y muy juntas, como quería que estuviesen sus almas cuando vivieran en esa intimidad del matrimonio, en que es forzoso poetizarlo todo si se han de cerrar al hastío las puertas de la dicha. Al mismo tiempo, ¡cuántas dudas y temores la sobrecogían por no poderle ocultar sus imperfecciones! ¡Cómo la desesperaba su extrema delgadez cuando, al probarse los trajes, el espejo retrataba aquellas caderas de donde parecían escurrirse las telas mal colgadas en los hombros estrechos! ¡Con qué gesto de amargura se miraba los bracitos endebles, los pies larguiruchos, y, sobre todo, el pecho deprimido, casi plano, sin curvas ni bultos que lo redondeasen! Enamorada de Eduardo, sentía pavor al pensar que había de llegar un momento en que pudiera no gustarle.

Durante unas cuantas semanas fué continuo en la casa el vaivén de recados, líos y paquetes; los mozos de las tiendas, las oficialas de

las modistas y las costureras se sucedían con cortos intervalos, llamando, marchándose, volviendo, dejando unas cosas y recogiendo otras, sin que Luisa se confundiese o perdiera la memoria, ni al cabo del día dejara de preguntar por lo que faltaba o encargase lo que había resuelto. Por las tardes Eduardo la acompañaba a tiendas con Martina, y hasta la hora de comer andaban correteando de mostrador en mostrador, de almacén en almacén, hasta volver, decidida por unas cosas, perpleja con respecto a otras, pensando cómo adornar esto, dónde encontrar lo otro y a quién encomendar lo de más allá.

Entretanto, Eduardo y Clara se veían poco, porque terminado el trabajo que aquél hacía en compañía de Pablo, no tenía ya pretexto para subir a sus habitaciones con la frecuencia de antes. Conteníale, además, el temor de que Clara supiese de un momento a otro lo adelantadas que estaban sus relaciones con Luisa; pero la pobre muchacha vivía ajena a cuanto no fuese su propia dicha. No veía a nadie, no salía ni se comunicaba con las gentes de la casa; su padre, que era el único que podía hablarle de ello, apenas le dirigía la palabra. La prueba del aislamiento en que estaba era su

completa ignorancia de los preparativos para la boda de Luisa. Mas, ¿cómo había de tener noticia de ellos, dada su obstinación en seguir apartada de la familia del Conde? Temerosa de sufrir desaires, evitaba cuidadosamente encontrarse con Luisa o con Martina; las pocas veces que salía, pasaba de largo por el portal para que ningún criado la detuviese, dando ocasión a chismes o habladurías; hasta prohibió a Dámasa que tuviera trato con la servidumbre. Su amor propio, recelando humillaciones contra las cuales no podía protestar, le impuso aquel alejamiento, y lo aceptó resignada. Acostumbrada al desvío de sus padres, ¿qué le importaba el de los extraños? El abandono en que iba pasando la juventud continuaba invariable, sin que nada rompiera la monotonía de aquella existencia casi monacal, cerrada a toda impresión de fuera y favorable al desarrollo de cuanto la imaginación podía forjarse como ídolo que adorar en el santuario de su alma. Eduardo le había repetido sus palabras de amor con la creciente gradación del deseo, que va viendo más codiciable el objeto de su anhelo a medida que tarda más en lograrlo, y Clara, deslumbrada por aquellas frases de cariño, le rindió el albedrío, pensando

que al sentirse querida, como él decía quererla, no estaba ya sola ni desamparada en el mundo. Nadie había sido bueno con ella, e incapaz de aquilatar lo que inspiraba y lo que sentía, creyó al primero que le dijo unas cuantas frases amorosas. Entonces su pensamiento, a semejanza de los ojos que, engañados, confunden la luz con el cristal que la refleja, confundió la pasión con el lenguaje que se la hacía concebir; prestó oídos a sus deliciosas mentiras, les hizo un nido dentro de su propio corazón, y acariciándolas con la fantasía, repitiéndoselas continuamente, creyó tener amante cuando sólo tenía amor.

Era feliz. ¿Qué le importaba saber si cerca de ella había o no otra mujer, a quien la fortuna prodigaba sus dones? ¿Gastaba? Hacía bien. Ella, en cambio, derrochaba un tesoro de esperanzas. Si alguien se atreviese a proponerle el cambio de unos goces por otros, hubiera respondido, con la risa fresca y ruidosa de la juventud, que no trueca su alegría por todos los imperios de la tierra. Desde la silla en que se sentaba a coser veía pasar a las oficialas y a los dependientes de las tiendas, que venían a preguntar por Luisa; pero los miraba distraída, sin sospechar siquiera la causa de tantas idas y venidas.

Su pensamiento estaba en otros objetos, no porque la persiguiera el recuerdo de Eduardo, ni sintiese precisamente la obsesión de aquel hombre, sino porque para todo su sér, sometido a la idea del amor, había llegado ese momento en que se apodera de la mujer la dulce necesidad de dejar que estalle en besos la ternura de su alma.

XV

El verano ardiente y seco parece abrasar a Madrid. En los jardines públicos, los árboles, ya vestidos de hoja desde la primavera, descuellan sobre los recuadros de césped; en las adelfas empiezan a despuntar las notas rosadas de los capullos apiñados, y de las ramas de las acacias se desprende el olor suave de sus flores amarillentas. Las mangas de riego mojan con lluvia violenta los macizos de plantas cargadas de gotas que brillan como diamantes líquidos. En los bancos, las niñeras, los soldados y los viejos charlan, mientras los chicos corren sudorosos por los paseos enarenados o cantan en alegres corros, como turba de gorriones inquietos. Las gentes siguen las aceras opuestas al sol, andando despacio o parándose cansadas bajo los toldos de las tiendas, que proyectan manchas de sombra rec-

tangulares y negras sobre las losas encharcadas. En las esquinas se ven los puestos de refrescos baratos, con sus vasos adornados de limones y sus garrafas hundidas entre nieve. En las puertas de las fruterías, las mujeres, hecho ondas y embandolinado el pelo, esgrimen los mosquiteros de tiras de naipes, pregonando las rajas de melón con sus simientes de oro y las sandías rojas esmaltadas por sus pepitas negras. En los balcones, entornados, con las persianas caídas, se ve, vuelta de espaldas a los hierros, alguna muchacha vestida de claro, que da de mano a la costura para abanicarse, mirando hacia la bocacalle, por donde tiene que venir el novio. A largos trechos las calles parecen desiertas, mudas, sin que las anime el vocerío de los vendedores ni se oiga más ruido que el tecleo incansable de un organillo o el rodar fatigoso de algún simón desvencijado. En el centro del día la modistilla sale del taller a la hora de la comida, uniéndosele el estudiante que la aguarda en el portal cercano, mientras ella, al pararse, echa de reojo una mirada a los escaparates para verse como en un espejo: su airoso cuerpo no va ya envuelto en el mantón oscuro de los días de invierno, sino vestido de telas alegres, con la

falda corta para lucir el pie, y cercado el rostro por el marco flotante del velo, que a cada paso se agita jugueteando con los ricillos de la frente. Por las tardes el calor aumenta, confundiéndose la ardorosa sequedad del aire y las emanaciones húmedas del riego, que se desprenden del piso como un vapor sucio y pesado. Los zócalos de las fachadas despiden fuego, y la luz sesgada de las últimas horas del día reverbera en los cristales de los edificios con llamaradas que fingen incendios lejanos y van apagándose poco a poco cuando se pone el sol. Al anochecer, el ambiente se hace irresistible; disminuye la claridad; el polvo de los derribos y las obras flota en el aire; aumenta el trajín; ensordecen los ruidos, y las piedras caldeadas devuelven en irradiaciones sofocantes el ardor que han absorbido desde la mañana. Luego empiezan a surgir de entre la oscuridad creciente las llamas pálidas del gas, como inquietas mariposas de oro, y las gentes, encauzándose en hileras negras por las calles, afluyen a los conciertos y a los paseos, bajo cuyas arboledas se alzan en confuso rumor risas, palabras, voces y notas sofocadas por el bulle-bulle de las conversaciones o el arrastrar de las sillas sobre la arena polvorien-

ta. Dan las doce: la muchedumbre se dispersa lentamente, como temiendo al calor de las casas. De allí a poco sólo se perciben en las vías desiertas las lucecillas inquietas de los serenos, el lucir de las lámparas en los balcones entreabiertos y el lejano puntear de la guitarra en alguna taberna, tras cuyos visillos encarnados se escuchan coplas de otras provincias ahogadas entre palmoteos y risas... Después, el sueño lo domina todo: el rico aplasta con su cuerpo los colchones de muelles; el mendigo apoya la cabeza sobre la piedra dura. Todos sueñan: el viejo con los años malgastados, el niño con los juguetes prometidos; y mientras la luz empieza a resbalar sobre las tejas, dorando las cruces de los campanarios y las veletas de las torres, se oye a lo lejos el rechinar de los carros que van a los mercados, llevando en las fibras de las carnes y el frescor de las verduras el sustento de todos.

Madrid despierta: suenan las campanadas de las primeras misas, los serenos se retiran, y entonces tras algún balcón se apaga la lámpara del estudiante o suena el último beso de una noche de amor. Las burras de leche corretean balanceando sus cencerros, y en las es-

quinas van poniéndose los vendedores con cestas de frutas y legumbres.

Aun no brilla con fuerza el sol y desde los suburbios acuden hacia el centro los jornaleros con el saquillo de la tartera pendiente de un ojal de la chaqueta; sobre las blusas corcusidas y manchadas, en las manos callosas llevan impresas las señales de la labor que les da el pan: los rostros delatan los oficios, mostrando la tez negruzca del herrero, la cara polvorienta y blanca del mozo de tahona; más tarde, cuando se abren las casas de comercio, pasan las fisonomías cansadas, amarillentas, de los que viven ante el mostrador y el escritorio. El correr de los coches y el pregonar de los vendedores devuelven sus voces a la ciudad; de nuevo se siente el calor, se caldean las piedras, se cierran las ventanas. Los hombres han salido al trabajo: quedan en casa las mujeres afanándose en sus labores, cerrando resquicios para que el ardor no penetre, y los chicos aturdiendo el barrio con sus disputas, juegos, llantos y risas, señales de que ya comienzan a presentir las penas y los goces del mundo.

Una tarde de los últimos días de junio, estaba Clara sola en su cuarto entretenida en cor-

tar los tallos a un puñado de rosas que, puestas en dos jarroncillos de loza, adornaban la cómoda a uno y otro lado del espejo; un rayo de sol, proyectando en el suelo una faja de luz muy viva, hacía más oscuras las sombras en los rincones de la habitación; por la parte de afuera un airecillo cálido movía la cortina de lienzo caída sobre los hierros de la barandilla. Enfrente del balcón había dos puertas: una que comunicaba con el despacho de Pedro, donde antes escribía Eduardo, y otra de vidrios, tras cuyos visillos mal corridos se veía la alcoba con su cama cubierta por una colcha de indiana, su mesilla de noche con un devocionario encima y a la cabecera del lecho un ángel de porcelana con las alas rotas y una concha de agua bendita entre las manos.

Clara, sentada en una silla baja, iba cortando con las tijeras las flores marchitas o aligerando de hojas los capullos para que se abriesen en el agua; sobre la máquina de coser estaba la labor interrumpida, y desparramadas en desorden las rosas tiradas en un pedazo de esterilla junto al canastillo de la costura. El calor intenso del día, la penumbra discreta y misteriosa que envolvía el cuarto, aquel rayo de luz que jugueteaba en el suelo, borrado a

veces por el movimiento de la cortina del balcón, el perfume intenso de las rosas y la gentil figura de la muchacha, daban al conjunto un encanto indecible.

Tenia puesto un vestidillo de percal a listas blancas y rosadas, algo perdido el color por las lavaduras, corto de mangas, ceñido al talle y un poco escotado, dejando ver apenas el nacimiento del pecho. La falda, plegada en el regazo para ir recogiendo en él las flores, no llegaba al suelo, y descubria por entre las enaguas, abrillantadas por la plancha, los pies pequeños, bonitos, calzados con zapatos bajos. Mal prendida en el rodete de su hermoso pelo negro, se habia puesto una rosa sin arrancarle las hojas verdes, y mientras iba agrupando en un grueso ramo las demás, dejando caer unas, aprovechando otras, sus manos bañadas de frescura surgian o se ocultaban de pronto entre el húmedo montoncillo de rosas. A medida que engrosaba el ramo, cerrando los ojos, se lo acercaba al rostro, aspiraba fuertemente su aroma, y echándose atrás en la silla, permanecía un momento como extasiada, con las flores sujetas contra la cara y sintiendo caerle sobre la garganta las gotas de agua fría que se desprendian de los tallos. La transparencia na-

carada de su cutis parecía teñirse entonces de tintas carminosas; la piel, regada por la sangre, que llegaba agitada hasta los últimos vasos, tomaba el tono brillante de las rosas; sus párpados se cerraban, y casi estrujando las flores oprimía el ramo fuertemente contra la nariz y la boca, como si aquel olor intenso la embriagara con una sensación de grata y suave voluptuosidad. Había momentos en que, al parecer, perdía el sentido, dejando caer laxos los brazos, demudado el color por una impresión análoga al espasmo, inmóvil y con la faz hundida entre las rosas, pugnando por robarles hasta los últimos efluvios de su aroma. Al separar el ramo del rostro, quedaban las flores ajadas, como muertas, y la vida que ellas al marchitarse perdían parecía afluír a las pupilas, que se ponían brillantes, húmedas, cual si el placer las excitara o tuviera el ramo labios invisibles que besaran amorosamente los suyos. El ambiente pesado y caluroso, la luz escasa, el silencio que reinaba en torno, la envolvían en una atmósfera callada y misteriosa. La forma esbelta de su cuerpo, surgiendo de entre las ropas casi blancas, absorbía toda la luz; no se percibían más ruidos que el rodar lejano de los coches y el pertinaz zumbido de algu-

na mosca que aleteaba contra los vidrios del balcón.

....

De pronto se oyeron pasos y entró Eduardo. Las primeras palabras que cruzaron fueron en él de amor, en ella de miedo.

—¡Alma mía!

—¿Y si te ven? ¿Por qué has venido?

—Porque te quiero, porque no podía estar más tiempo sin verte, sin tenerte así, a mi lado, como te tengo ahora.

Empujándola suavemente la hizo sentarse en la misma silla que antes ocupaba, y cogiendo otra se sentó muy cerca de ella, tomando entre las suyas las manos de la niña.

—Te lo he repetido muchas veces, y nunca has querido creerme; no es posible que sigamos así. Quiero verte todos los días, a todas horas, sentirte cerca de mí y tener tus ojos enfrente de los míos, para que me mires con el cariño con que antes me mirabas. ¿Me quieres todavía?

—¡Más!

—No me engañes. ¿Por qué has de ser así conmigo? ¿Qué temes? ¿Te acuerdas de la última tarde que vine? Cuando me quise ir no me dejaste, y ahora que yo te pido un ratito, nada

más que un ratito muy corto, para estar así, muy cerca de ti y decirte que te quiero, me recibes fría y te enfadas.

—No, enfadarme no; pero tengo miedo, ¿y si alguien viene?

—Tonta, ¿quién va a venir?

—¿Y mi padre?

—Eso no importa; mira, ahí, en el cajón de la mesa, quedan unas cartas mías; si llega tu padre digo que he venido a buscarlas.

Cuando el corazón desea rechazar al miedo, el peligro parece alejarse por ensalmo. Clara no insistió, y desde aquel momento el diálogo fué deslizándose tranquilo, entre preguntas y respuestas cien veces repetidas, vaciadas todas en el mismo molde, siempre subrayadas por la expresión de la mirada y dichas con la voz temblorosa del amor impaciente.

—¿Qué tienen para mí tus ojos?—decía él.

—¿Qué han de tener? Cariño, mucho cariño.

—No, alma mía, el cariño es más tranquilo que lo que tus ojos me inspiran. Cuando estoy lejos de ti, siento que te quiero; tu recuerdo me produce una impresión grata y suave; pero a tu lado, mientras tengo tus manos entre las mías, no me basta quererte ni saber que me

quieres; el alma se me viene a la boca, y todo me parece poco, todo me parece pálido para decirte lo que me haces gozar cuando me miras como ahora.

—¡Loco, loco mío!

—Así te quiero, Clara; llámame loco, pero déjame que te lo diga cien veces, cada vez más cerca, junto al oído, para que te llegue al alma.

Atrayéndola hacia sí, se aproximaba a ella hasta tocarla con los labios en el cuello. Clara, sin fuerzas para rechazarle, oprimiéndole las manos sin acertar a responderle, le escuchaba entre sobrecogida y gozosa. En vano su voluntad pugnaba por sobreponerse a la sensación que la invadía; las palabras de Eduardo, cada instante más enamoradas y dichas con mayor emoción, parecían trastornarla y abrasarla como si las frases fuesen caricias.

—¿Qué culpa tengo de que seas hermosa? ¿Por qué soy a tu lado distinto de cuando pienso en ti? ¿Qué haces conmigo para que te desee tanto? Mira, Clara, ¿no sientes tú junto a tu Eduardo algo más fuerte, un placer más vivo que cuando no le ves aunque pienses en él?

—¡Eduardo mío! ¿Es verdad que me quieres

así? Yo no sé explicártelo, no sé en qué consiste, pero, ¡gozo tanto escuchándote! Sí, como tú me dices las cosas es como yo las siento; cuando te vas me repito lo que me has dicho; parece que veo en tus palabras el reflejo de mis ideas, y al calor de tus promesas van creciendo mis esperanzas, como si mi alma se ensanchase al oirte. ¡Te quiero tanto!

Eduardo, soltándole las manos que le tenía cogidas, le pasó el brazo por encima de la cabeza, y ciñéndoselo al talle, la atrajo estrechándola suavemente; ella, al sentirlo, se estremeció, sin valor para desprenderse de aquel lazo traidor, y por toda resistencia le miró mostrando placer y miedo, diciendo:

—¡Eduardo, por favor, suéltame!

—¿Qué, no quieres ser mía? ¿No son míos tus ojos, tu cintura, todo tu cuerpo, hasta tu boca? ¿Me das el alma, te estremeces entre mis brazos, y no me dejas que te tenga en ellos un instante?

—No me hables más así; calla, por Dios, Eduardo, déjame.

Se puso en pie, y apartándose dos o tres pasos, se inclinó sobre las rosas desparramadas en la esterilla, y cogiéndolas una por una, siguió formando el ramo que había dejado caer

al entrar Eduardo. Hubo un momento de silencio, durante el cual parecía obstinarse en recobrar la calma perdida, mientras él la miraba, expresándole con los ojos cuanto callaban sus labios. Luego, tendiendo las manos en actitud suplicante, volvió a cogerla por el talle. Clara, echándose hacia atrás, esquivó el cuerpo, y acercándose al rostro el manojo de rosas, aspiró fuertemente su perfume, alargándoselo en seguida a Eduardo, como si deseara que su amante colocara los labios donde ella acababa de ponerlos; pero él, apartándole la mano, la cogió entre los brazos, y atrayéndola con dulce violencia, la besó en la boca. Fué un beso silencioso y largo: robado al principio, porque él con una mano la sujetó por detrás la cabeza, oprimiendo así los labios de ella contra los suyos; consentido en seguida, porque Clara no intentó rechazarlo. Después, como si en aquella primer caricia hubieran ambos perdido fuerza para retenerse mutuamente, se separaron un instante, indecisos, medrosos; pero de pronto volvieron a enlazarse, y entonces fué ella la que prolongó más tiempo el beso. Sus mejillas se tiñeron de grana, cual si el pudor vencido pugnara por escaparse de su rostro; sus ojos húmedos dijeron, con

miradas enloquecedoras, todo lo que callaban sus labios; asiéndose fuertemente a Eduardo, le dejó sentir, a través de las ropas, el alzarse y deprimirse de sus pechos, que, movidos por la respiración entrecortada, parecían palomas inquietas en el nido; al fin, entre rubores espirantes y caricias mudas, se dejó caer en sus brazos, temblorosa como ave que aletea al recibir los halagos del macho. Hubo un momento en que forcejeó tímidamente, disputándole sin fuerzas, y uno a uno, los botones, los corchetes, los lazos, trémula de amor y enrojecida de vergüenza, hasta quedar rendida, sin voluntad para defender el tesoro de su hermoso cuerpo.

Eduardo salió de allí casi de noche: Clara, desde el balcón, le vió perderse en la oscuridad del patio; después permaneció unos instantes inmóvil, como clavada en el suelo, pensativa, cual si comprendiera que al entrar aquel hombre en su alcoba de virgen le había robado para siempre todas las dichas de la vida. Luego, a la luz escasa de los últimos instantes de la tarde, se miró al espejo. Estaba pálida, desencajada, y resbalando por las mejillas le caían dos lágrimas lentas y pesadas.

Su primer día de amor tuvo noche de llanto. Cuando todos dormían en la casa, ella, caída de rodillas junto a la cama revuelta, murmuraba llorando desilusionada: "¿Y esto es amor? ¡Dios mío, Dios mío, estoy perdida!"

XVI

En el reloj cercano las horas sonaban tardas y angustiosas como pasadas a la cabecera de un enfermo; el ruido acompasado de cada movimiento de la péndola se oía claro, tenaz, cual si fuese una voz encargada de avivar el dolor y prolongar el insomnio; Clara no podía dormir; sus párpados, desvelados por la zozobra, no se cerraban un momento. Pasada la media noche encendió luz, cogió el devocionario y en vano intentó rezar: murmuraba maquinalmente las plegarias mientras la imaginación le llenaba el pensamiento de inquietud y congoja. Creía que a la mañana iban cuantos la rodeaban a descubrir su falta, porque ésta le saldría a la cara como si se la hubieran manchado las caricias. En torno suyo parecía la atmósfera del cuarto poblada de rumores, ecos no apagados de la tentación y la caída, cual si las

palabras de Eduardo flotaran aún en el ambiente para que ella las respirase, y sonaran todavía en sus oídos las frases apasionadas y el estallar de los besos sofocados por el miedo. La boca se le iba quedando seca, con ardor análogo al de la fiebre, y, juntamente, recordaba la dulcedumbre de los halagos y la repugnancia despertada por la brusca revelación de las cosas casi ignoradas. Pero lo que más la atormentaba era el pavor en que se confundían su propia vergüenza y la cólera de su padre... El libro se le cayó sobre el embozo de la cama, sin que la oración le diese consuelo ni la más leve idea de amor divino le arrancase de la mente aquel otro amor que le había dejado rescoldo en los labios y confusión en el alma.

Muy cerca del amanecer se levantó, y echándose un chal sobre los hombros salió de la alcoba. El gabinete volvió a recordarle las escenas de la tarde: allí estaban las hojas verdes desparramadas en la esterilla; la labor caída junto a la máquina, y el ramo de rosas en el suelo, pisado junto a la puerta de la alcoba, donde se le cayó de las manos cuando desfalleció en brazos de Eduardo. No pudo contenerse; cogió el manojo de flores, abrió el bal-

cón y lo arrojó al patio. Luego permaneció un gran rato abismada, inmóvil, de codos en la barandilla, aspirando con delicia el aire de la noche. Reinaba en torno un silencio absoluto; no había luz en ninguna ventana, todo dormía en la casa, y en un pedazo de cielo que se descubría por encima de los paredones brillaban unas cuantas estrellas. El frío la hizo volver en sí; entró en el gabinete, cerró, tornó a acostarse, y tampoco entonces pudo conciliar el sueño. La vela acabó de consumirse, dejando caer el pábilo en la esperma líquida que rebosaba sobre la arandela; se apagó la luz y Clara siguió desvelada.

Semejante al enfermo que excita su propio dolor, pugnaba por reconstruir con la memoria todo lo sucedido: la entrada de su amante, sus primeras frases, aquella especie de enervamiento vago que le produjo el intenso aroma de las rosas, y cómo él luego la hizo salir del gabinete empujándola dulcemente sin dejar de oprimirla contra su pecho. Mas lo que no sabía explicarse, lo que no acertaba a comprender, era en qué momento ni bajo qué presión cayó en sus brazos. Había un instante maldito y delicioso que no podía recordar. ¿Qué sensación fué aquella que agitó su cuerpo como

paja rodeada de llama? ¿Qué labios fueron los primeros en besar? Cuando sintió el talle oprimido entre las manos de Eduardo, ¿por qué le faltaron fuerzas para rechazarle? ¿Quién se las robó?... Luego, cuando se fué, le dió otro beso muy largo, el último... Le vió desaparecer en la oscuridad y se quedó sola. Su padre tardó una hora en venir a cenar; ella mientras tanto estuvo sentada en un rincón del cuarto sin encender luz, espantada de sí misma, presa el cuerpo de una laxitud dolorosa; ni siquiera alzó los brazos para recogerse en el rodete una mata de pelo que se le había destrenzado. Sí; así pasó todo. Hubo momentos en que creyó que alguien le sujetó la garganta para ahogarla. Tenía las fauces secas y las manos abrasadas por un ardor extraño que no parecía el calor de su propia vida. Después cenó sin hablar, y en cuanto se fué Pablo se miró al espejo, recelosa de que sus facciones la delataran. Pero no; no se le conocía nada; no habían desaparecido ni la serenidad de la mirada ni la rojiza brillantez de la boca... Y sin embargo, en lo íntimo del pensamiento, en el fondo del alma, se sentía distinta de antes.

El primer albor de la mañana, iluminó pálidamente el cuarto, sin que Clara hubiera

logrado reposar un momento. No hallaron aquella noche descanso el cuerpo ni el espíritu calma. Cuando se levantó tenía los ojos irritados por el llanto, y por debajo de los párpados dos manchas ligeramente lívidas de esas que hacen pensar en el amor.

Al llegar Eduardo por la tarde, ella, más suplicante que enamorada, se le colgó al cuello; él se la comió a besos, y al tocarla el rostro con los labios sintió en ellos el sabor acre y salado de una lágrima.

—¿Por qué lloras, mi vida?

—¿Qué me has hecho, que no sé resistirte? ¿Me querrás siempre? ¿Siempre serás mío, verdad?

—Dime, tonta—respondía él, dando a sus palabras la inflexión más dulce y cariñosa—, si no te quisiera, si tu amor no me enloqueciese, ¿hubiera sucedido esto?

—Me olvidarás, Eduardo, me olvidarás; no sé en qué lo conozco ni cómo lo adivino; te gusto, pero no me quieres; te agrada estar así, a mi lado, un momento; te halagan estos instantes de locura, pero luego no te acuerdas de mí. Ahora sí me quieres, mientras estás a mi lado, porque te parezco bonita; pero nada más. ¡Cuántas lágrimas he de verter por ti! ¡Qué noche tan horrible he pasado!

—¿Y por qué? ¿No sabes que te quiero con toda mi alma? ¿A qué vienen ahora esas dudas? ¿No ves que me ofendes?

—Sí; piensa lo que quieras; ya lo sé; pero no puedo remediarlo. Creía que ya no iba a volver a verte. ¡Dios mío, Dios mío, qué desgraciada voy a ser!

—Eso es: ahora, que soy completamente dichoso, te pones tú así, sin motivo, sin saber por qué.

—No, Eduardo, no; desengáñate, no me puedes querer, porque no puedo tener ya atractivo ninguno para ti. Ya verás cómo me dejas.

—¿Dejarte yo? ¿Que no tienes atractivos para mí? ¿Y éstos? Estos luceros son míos, ¿verdad?

Y bien cogida entre ambas manos la gentil cabeza, hundidos los dedos entre el pelo, le besaba los ojos.

—Sí, tuyos; sólo tuyos.

....

Pasadas las primeras impresiones del miedo, Clara sintió renacer la tranquilidad en su alma; hasta llegó a suponerse realmente amada.

Durante algunas semanas, aquello fué una luna de miel sin boda, que ambos saborearon

como delicia suprema, sazonada con los encantos del misterio y la zozobra de la culpa. De las caricias de Eduardo, la última era la más amante; de sus palabras, la que más gratamente sonaba en los oídos de Clara era la promesa de volver pronto: ese—"hasta mañana„—que se dice con las manos entrelazadas, y tras el cual no deja nunca de sonar un beso. Y, sin embargo, todo aquello que al parecer la enloquecía, no era bastante a destruír el recelo constante, la desconfianza, que infiltró en su ánimo el miedo de las primeras horas que siguieron a la falta. Lo que experimentaba no correspondía al ansia de ternura despertada en su corazón por la idea del amor; no, el amor debía ser algo más; lo concebía como un sentimiento, y los hechos se lo imponían como una sensación; en lo íntimo de su conciencia comprendía que los besos deben llegar al alma, y los de su amante no le pasaban de los labios; se estremecía de placer, pero no amaba. Entonces, apreciando el alcance de sus impresiones y conociendo la índole del afecto que la unía a su amante, tornaba a hostigarla el miedo, y sólo eran tregua de sus amarguras los momentos pasados con Eduardo, mientras el pensamiento callaba

sofocado por la embriaguez de los sentidos.

Él iba a verla casi todas las tardes, y siempre con la disculpa preparada de que había subido a recoger las cartas que dejó en el cajón de la mesa donde trabajó durante el balance de los negocios del Conde, por si acaso Pablo le sorprendía allí. Pero pronto empezó a hacérsele cuesta arriba aquella obligación que se habia impuesto de verla diariamente; y sin reparo alguno, sin que su conciencia rechazara los primeros indicios de la infamia que iba a cometer, se confesó a sí mismo que Clara era ya demasiado suya para que pudiese perderla. Con la vanidad egoísta del hombre satisfecho, sus caricias le empezaban a parecer pesadas; era demasiado pegajosa, y, sobre todo, una chicuela sin conversación, con la cual no podían hablarse cuatro palabras seguidas; una mujer exclusivamente formada para el acto instintivo y brutal del amor, incapaz de comprender ciertas cosas y con una carencia de educación que la iba haciendo insoportable por momentos. Quería inútilmente disfrazar su hastío de prudencia; no acertaba a disimular el enojo que comenzaban a causarle aquellos halagos que ya no ambicionaba, porque los tenía seguros. Algunas tardes dejaba de ir, y luego

respondía a las quejas con consuelos triviales, llegando hasta echarle en cara su falta de juicio y decirle que todo aquello era una locura. La parte de fascinación que a él le tocó en el principio de las relaciones, el deseo inspirado por la hermosura de Clara, se fué calmando como la ebullición del agua que se aparta del fuego. Ella, en cambio, combatida por ese desbordamiento de vida que es tantas veces fatal a la virtud, no comprendía su falsedad ni era capaz de adivinar su cansancio. Cuanto más se prodigaba, más enfadosa parecía a Eduardo; según menudeaba las muestras de cariño, menos las estimaba él. Verle llegar era una alegría que la iluminaba los ojos con miradas amorosísimas, y cuando quería marcharse hacía todo género de monadas para retenerle unos cuantos minutos más, sin comprender que ni ella realmente sentía tales extremos ni Eduardo los apreciaba; sin darse cuenta de que sus propias demostraciones estaban antes impuestas por el temor de perder al amante que dictadas por el amor. Sus entrevistas fueron cada día más cortas; a él nunca le faltaba pretexto para abreviarlas; siempre se le había olvidado o tenía que hacer algo. En los primeros días de su apasionamiento engañoso no se le

ocurrieron, como ahora, fingidos temores de comprometerla. Clara, sin notar el cambio, le hablaba haciéndole incansables protestas de ternura, mientras él la miraba con mucha dulzura, porque era lo que menos esfuerzo le costaba. Y así transcurrían días y días, para ella esperanzados, sino alegres; para él cargados con la pesadumbre insoportable del cansancio.

En el alma de aquel hombre, el deseo, la posesión y el hastío fueron casi simultáneos: su falta de delicadeza moral le impedía apreciar, conocer siquiera lo que valía Clara; no vió en ella más que una mujer hermosa para poseída, fácil para lograda; de lo que pudiera venir luego nunca se preocupó. Al empezar a cansarse fué cuando miró despacio las cosas; mas no por consideración a ella, sino por miedo de que aquel *lío* le acarrease serios disgustos.

Para ir a verla tenía que pasar rápidamente ante el cuarto del portero, subir por una escalera de servicio, andar siempre sobresaltado y llevar preparada alguna disculpa, por si alguien le sorprendía en el escritorio de Pablo. Además, Clara, aunque apartada de cuantos habitaban la casa, vivía bajo el mismo techo que Luisa, y era fácil que ésta se enterase. Entonces, adiós boda y adiós fortuna, porque

aquella muchacha, que se creía amada por sí misma, era sobradamente altiva para soportar la rivalidad de Clara. Este era el principal temor de Eduardo; temor que comenzó a tomar cuerpo a medida que fué hastiándose. Su intranquilidad procedía de la certidumbre de perder a Luisa, apenas ella descubriese lo que pasaba; en cuanto a Clara, era seguro que toda su furia sería enojo de alma débil, pesar que se resolvería en lágrimas. Harto comprendía él que la infeliz muchacha era de las que nacen destinadas a conformarse con la voluntad ajena y llorar la propia flaqueza, sin arranque para devolver con fiereza o astucia el daño recibido; pero a pesar de esta seguridad, le repugnaba la perspectiva de una escena de llanto y recriminaciones. ¿Qué le diría? ¿Qué respondería a sus acusaciones? Cuanto más incapaz de violencias la suponía, tanto más enfadosa le era la idea de tener una explicación con ella. Al fin de todas sus cavilaciones, la solución que se le imponía era un rompimiento rápido y definitivo. Pero, ¿cómo provocarlo, si Clara no le daba el pretexto más insignificante? Acusarla de indiferente era absurdo, porque cada día estaba más cariñosa; pedirle celos, imposible, porque a nadie veía. Los días

pasaban, el plazo para la boda iba acortándose, y ni hallaba escape a su situación ni modo de salir de aquel apuro.

Clara seguia encariñada con su amor, recobrando el sosiego poco a poco, acostumbrándose lentamente a la necesidad de soportar todos los disgustos que sobrevinieran, antes que perder aquel goce intenso de sentirse querida. Tanta era su obcecación, tan grande su ceguera, que cada instante de pasión, cada vez que se abandonaba en brazos de su amante, se consideraba más amada; se había entregado en cuerpo y alma, sin reservas, sin malicia, sin cálculo. Las débiles protestas y escasas muestras de cariño que le arrancaba a fuerza de caricias y mimos, le parecían pruebas de un afecto entrañable y sincero; con mirarle llegar, recibir un beso y verle marchar prometiendo volver al otro día, se consideraba dichosa, porque toda su pasión, toda su ternura estaban dentro de sí misma. Había crecido hasta la edad del amor sin que nadie la profesase afecto alguno, sin despertar en nadie el menor interés, y aquella impresión de creerse dueña de otro corazón suponiéndose partícipe de otra vida, la embargaba el pensamiento sin dejarle lucidez bastante para comprender la situación

en que se hallaba. La angustia que experimentó al salir Eduardo de su casa la primera tarde que la poseyó, fué disipándose día por día; apenas la recordaba ya como una pesadilla; las lágrimas y el insomnio de aquella madrugada horrible se fueron borrando de su memoria; lo único que había para ella cierto e indudable era que se había entregado a un hombre para ser suya toda la vida, y que aquel hombre la quería con toda su alma.

El trabajo constante de su imaginación era ponerse bonita para recibirle, idear monerías con que agradarle, como si un presentimiento vago la dijese que sólo en la belleza estaba su poder, y que cada recurso, cada incentivo, cada adorno, prolongaban un día o una hora la posesión del amante. Lo que hasta entonces no le había preocupado llegó a ser objeto y término de sus desvelos. Sus humildes trajes le parecieron ridículos; las cintas y galas que antes reservaba para días extraordinarios estaban ajadas; no tenía nada que le sentara bien; todo se le volvía arreglar y componer cuerpos y faldas de vestidos, haciendo combinaciones imposibles, cada vez peores, pero de las cuales vencían siempre sus encantos propios. Sin embargo, a través de las hechuras caseras y los

perifollos viejos, por cima de los colores mal casados, sobresalían su esplendorosa juventud y su encantadora gracia. De todo triunfaba su belleza; lanas burdas, sedas malas, puntillas baratas, encajes ordinarios, nada podía desvirtuar la forma esbelta de su cuerpo, la magia de sus ojos ni la sonrisa de sus labios; la peor tela revelaba, como pudiera hacerlo el mejor raso, las líneas de su talle; cualquier adorno que ocultara la curva firme de su pecho se hubiera hecho enojoso; cualquier alhaja suspendida al cuello, por rica que fuese, no valdría lo que el trozo de carne blanca y nacarada que tapase.

Como toda mujer privada de gastar mucho en engalanarse, se peinaba con singular esmero, ya recogiéndose sencillamente el pelo sobre las sienes y reuniéndoselo todo atrás en un rodete, ya rizándoselo en ondas grandes que le caían sobre la frente. Por la mañana pasaba un largo rato entretenida en acicalarse. Componían su pobre tocador dos sillas, una baja, en que se sentaba, y otra alta, donde colocaba el espejo. Todos sus recursos consistían en un par de peines, que ni estaban enteros ni eran nuevos; un puñado de horquillas torcidas y una tenacilla mal ajustada; pero tan

bien sabia manejarlo todo, que al levantarse y verse en el otro espejo grande del gabinete sonreía involuntariamente, feliz como una dama rodeada de comodidades y grandezas. Sus doncellas eran sus manos finas y pequeñas, que jugueteaban entre las matas de pelo hasta dejarlas como pedía su capricho; sus afeites el agua limpia, clara, que con su sano frescor le coloreaba las mejillas; su único perfume el aroma de alguna flor que se prendía en los rizos sedosos y brillantes. Se fué desarrollando en ella un afán imperioso de agradar, una coquetería que, por lo sincera, parecía infantil, completamente distinta del artificio propio de la mujer engreída con su belleza. Buscaba por instinto lo que la favorecía, sin calcular maliciosamente el efecto que causara el adorno; obraba movida por impulso natural, limpio de astucia, así como las flores de colores vivos brotan entre follaje oscuro para destacar mejor y los rayos de luz se meten, para brillar con más intensidad, en lo sombrío de la fronda.

Hasta esta época, en que tanto se esmeró por componerse, no había caido ella en la cuenta de que sus ropas estaban anticuadas de corte, feas de hechura y tan usadas que las ba-

llenas de los cuerpos se señalaban en las telas, los bajos tenían deshilachadas las trencillas y los malos tintes por todas partes se habían descolorido con el tiempo. Tratando de arbitrar medios para remediar aquella pobreza, se acordó de que en un arca estaban guardados los trajes de su madre. Muchos se había llevado la tía Pascuala, pero aun debían de quedar varios vestidos que su padre no vacilaría en darle antes que consentir en comprárselos nuevos. Efectivamente, Pablo no se opuso, y como ya el verano estaba en lo más fuerte del calor, Clara decidió escoger entre ellos algunos de telas ligeras que recordaba haber visto a Rafaela. Estarían pasados de moda; pero ella, con su maña, a fuerza de tijeretazos y piezas, los dejaría como recién salidos de la tienda.

Aquella noche, pensando en su proyecto, tardó en dormirse. Era la vez primera que la desvelaban los trapos. Al otro día, apenas se levantó y arregló su cuartito, se dirigió a la pieza donde estaban encajonadas las ropas de Rafaela.

XVII

Era una habitación espaciosa, de forma regular, con claridad escasa de segundas luces, que recibía por dos ventanas altas y pequeñas que daban a un pasillo. Estaba llena de perchas, cómodas y armarios, donde Martina guardaba cuidadosamente muchas de esas cosas que un ama de casa desea tener al alcance de la mano. Allí era donde ella respiraba más a gusto, donde realmente mandaba como dueña y señora, pudiendo hacer o disponer lo que mejor le pareciese.

En los cajones que allí había estaban los juegos de cama, las mantelerías de lujo, los cortinajes blancos y los visillos de las salas, la plata de mesa para las comidas de convite, y las colgaduras de los balcones con sus grandes escudos de paño recortado sobre terciopelo carmesí. Allí conservaba multitud de re-

cuerdos, que unas veces la consolaban de su triste soltería y otras la ponían de mal humor: el pañolón de Manila, bordado con pajarracos y flores que le regaló Pedro en el comienzo de sus amores; dos cobertores de Filipinas con chinos y loros, que le compró en el Monte; retazos de trajes pasados de moda, cuyos adornos volvían a servir cuando menos se esperaba, y una mantilla de blonda negra que era la envidia de todas las mujeres de la vecindad. En algún entrepaño de aquellos armarios debía de estar también, entre puñados de alcanfor y granos de pimienta, el uniforme que el Conde se ponía los días de besamanos, compuesto de pantalón azul con franja, chaleco blanco, casaca bordada de oro y tricornio; un uniforme parecido a todos, que nadie acertaba a explicar de qué era, pero que le sentaba muy bien. En un extremo del cuarto había una percha cargada de ropas, dos o tres sillas desvencijadas, una leñera forrada de veludillo verde, y en la pared, sobre una tabla apoyada en dos palomillas, varios faroles de hoja de lata y vidrio para los días de luminarias. Pero lo más digno de mención era una tremenda arca de roble, parecida a los muebles de sacristía donde se guarda la ropa del culto, especie de mos-

trador enorme y mal tallado, de maderas roídas por la carcoma.

Precisamente por ser aquel cuarto del dominio absoluto de Martina, quiso Rafaela, poco antes de morir, cuando empezó a enseñorearse de la casa, guardar sus ropas en uno de aquellos armarios, pretextando que en sus habitaciones no había trecho para nada. Martina se conformó con esta imposición como cedió a otras muchas, y Rafaela se apoderó de uno de los roperos y del arca vieja, colocando en ellos sus mejores galas, no tanto porque en su cuarto la estorbasen, cuanto por mortificar a la infeliz. Desde que murió nadie había tocado al arca ni al armario; la misma Clara no estaba completamente segura del sitio en que se guardaban las ropas de su madre; así que aquel día, al entrar en el cuarto, vaciló un momento sin saber dónde dirigirse. Llevaba en una mano una palmatoria, precisa por la oscuridad, y en la otra un manojo de llaves, con propósito de ir probándolas en las cerraduras. De repente se quedó inmóvil en el centro de la habitación, dudosa de si cometería una imprudencia. Después abrió el arca y encontró en seguida lo que buscaba. Doblados, muy en orden, estaban los mejores trajes de su madre, que no se

atrevió a llevarse la tía Pascuala. Dejando en su sitio todo lo de invierno, cogió únicamente un vestido de tela endeble y clara, casi blanca, con listas azules; lo examinó despacio al resplandor de la vela, y salió de allí con el corazón encogido, pero no angustiada. Lo que le hizo mal efecto no fué la memoria de su madre, sino el tocar aquellas ropas de una muerta. Cerró en seguida precipitadamente, y salió medio aturdida, con el vestido colgado del brazo y pensando en cómo se lo arreglaría. Lo primero era estrechar el cuerpo y quitar vuelo a la falda, y luego variarle los adornos, abrir un poquito el escote, mudarle los bajos... lo menos tres días de coser... Pero ¡qué guapa estaría con él!

Para volver desde aquel cuarto hasta el suyo tenía que atravesar un pasillo, al cual daban las puertas de varias piezas de la fachada principal, Una de ellas estaba entornada, dejando ver los muebles ricos, anticuados, puestos simétricamente, formando el estrado de tiempo de nuestros abuelos: a cada lado del sofá, un sillón enorme; las sillas, adosadas a la pared, en correcta formación; en el centro un velador, y colgada sobre él una araña de brazos retorcidos, llena de avechuchos de

bronce y colgajillos de cristal. Entre balcón y balcón había una consola con candelabros cargados de velas amarillentas; las guardamalletas eran de complicada pasamanería tejida con miles de cintas, cordones, borlas y madroños; la alfombra, con grupos de flores chillonas, y en las rinconeras se veían varias estatuillas. La cosa que dominaba en aquel conjunto barroco de líneas retorcidas y colores vivos era el oro: había oro en todas partes, en las patas de la sillería, en las consolas, en los marcos de los espejos, en los agarradores de las puertas, en las peanas de las esculturas, en las guarniciones de la chimenea, hasta en los hilos de los flecos y adornos de los alzapaños que sostenían las colgaduras. Clara miró desde la puerta, no atreviéndose a entrar ni avanzar un paso. Sentía curiosidad, y al mismo tiempo iba recordando que no era aquella la vez primera que veía lo que tenía delante. Poco a poco fué fijándose; hizo memoria... Sí; ella había entrado allí algunas veces siendo pequeña, cuando recorría con Luisa toda la casa para hacer más entretenido el jugar al escondite. Reconoció el sofá grande rameado de verde y blanco, las estatuillas medio ocultas en los rincones por los pliegues de los cortinajes, el espejo enor-

me, que llegaba hasta el techo, y en que tanto les gustaba mirarse siendo niñas...

Entonces reconstruyó algo de su infancia olvidada y se acordó de otras habitaciones: el salón amarillo, el gabinete de la pajarera y una salita pequeña, muy mona, tapizada de telas claras, imitando a otra que el Conde había visto en el palacio de la Moncloa.

A los pocos pasos, en el mismo corredor, encontró otra puerta: ¿qué cuarto sería aquél? Empujó una de sus hojas, que giró despacio sobre sus goznès, gruñendo como si estuviera ya acostumbrada a que la dejaran largo tiempo inmóvil. ¡Qué salón tan rico! Pero, ¿por qué no viviría el Conde en aquella parte de la casa? Decididamente, era un señor muy raro. Allí no entraba nadie más que las personas de campanillas que iban a visitarle de tarde en tarde. El ambiente tenía ese olorcillo indefinible propio de las estancias inhabitadas. Unas cosas estaban limpias, otras en completo abandono; las lunas de los espejos, empañadas por una gasa de polvo impalpable adherido al cristal; los asientos, duros, parecían no haber soportado a nadie; los visillos estaban sucios, entre amarillos y pardos; los relojes, parados; los almohadones reventaban de gordos: ningún bra

zo se había apoyado en ellos. Cuanto Clara veía era casi nuevo y tenía aspecto de viejo. Según lo iba mirando todo, se acordaba de cosas que faltaban, notando que otras ocupaban sitio diferente; pero las más seguían igual que cuando tenía ocho años.

Encima de una consola había una caja de música: era la misma que ella y Luisa admiraron tantas veces, entreteniéndose en darle cuerda y oír sus tocatas de sones agudos y vibrantes. ¡Con qué curiosidad la abrían ansiando que fueran más penetrantes y más fuertes las notas producidas por los pinchos del cilindro al rascar en las púas de metal! ¿Qué músicas serían aquéllas? Entonces no sabían leer; ahora ya entendía lo que decía el cartelillo pegado al interior de la tapa: *Luisa Miller*, *Beatrice di Tenda*, *Il Corsario*, *L'Italiana in Argel*. Eran piezas de óperas antiguas; las manos se le fueron sin querer hacia la llave, atada a una de las asas...

Una oleada de sonidos inundó el espacio de la sala, formando una melodía suave, melancólica, impregnada de dulce y poética tristeza. Las mismas notas que escuchó de niña hirieron sus oídos plácidamente; aquellos ecos gratos, no escuchados desde la infancia, se des-

parramaban por la habitación, como poblándola de pájaros invisibles que cantasen al despertar de un sueño muy largo con los mismos gorgeos con que se durmieron. Parecía que los sonidos le iban devolviendo la memoria; los tiempos pasados se hacían presentes a su imaginación; todo volvía, todo lo recordaba... ¡Qué bonitos eran los juguetes de Luisa! Esta entraba allí siempre que quería; ella, cuando la dejaban; no le permitían subir sus muñecas, porque estaban sucias, ni tocar las de Luisa, porque las destrozaba.

La caja seguía sonando cada instante con mas fuerza, a medida que las notas se iban ligando para repetir la melodía. Clara, cual si al recordar cosas de su niñez volviese a ser chica, sentía las mismas impresiones que la hicieron sufrir tantas veces; los mismos deseos por los juguetes de Luisa, y hasta imaginó que le quemaba los ojos el llanto que vertía cuando la regañaban ásperamente, mandándola volverse al patio a jugar con sus cacharritos de a cuarto y sus llorones de trapo viejo. Por sus mejillas de mujer tornaron a resbalar sus lágrimas de niña. Los muebles, los rincones, los cuadros, las imágenes reflejadas por los espejos, la rodeaban de la misma atmósfera que respiró

en otros tiempos, como si los años no hubieran pasado; aquella sala, vista primero con asombro, después con apacible tristeza; aquellas cosas tan lujosas y el recuerdo de Luisa, dijeron a Clara, con mudas pero elocuentes y crueles voces, que su situación no había variado en nada; era la misma criatura de antes, olvidada, criada sin cariño, crecida sin apoyo, sin halagos, sin besos... Pero sus miradas, turbadas por el llanto, cayeron de pronto sobre el vestido que llevaba al brazo, y enjugándose las lágrimas, pensó. "No, no soy la misma; hay alguien que me quiere. *Ella* tiene su lujo: yo tengo el mio: ¡mi amor!„. Los ojos se le secaron como por ensalmo, cual si sintiera sobre ellos un beso muy amante, y de su pecho se escapó lentamente un suspiro hondo, amargo y dulce al mismo tiempo, en que iban mezclados el dolor de la pureza perdida y el goce del amor conquistado.

De pronto cesó la música; todos los objetos que la rodeaban y parecían haber tenido voz para hablarla unos instantes enmudecieron también, y la puerta, movida por el aire encauzado en el corredor, rechinó sordamente. Clara volvió a la realidad, miró en derredor, vió reflejada su gentil figura en el espejo grande,

y abarcando en una ojeada la habitación, salió.

Apenas puso el pie en el pasillo vió la puerta de otro cuarto, cerrada, pero con la llave puesta. No pudo resistir a la tentación y entró. Era una sala más pequeña que la anterior y alhajada con lujo, donde recordó haber entrado también siendo niña; mas antes de que su imaginación comenzase a evocar nuevas memorias de lo pasado, observó que en el sofá, en las sillas, en las consolas y el velador, hasta en el suelo, había una porción de cajas, de formas, tamaños y colores distintos: unas eran de cartón, atadas con bramante; otras, de madera, tenían en los costados las marcas de la factura y el camionaje del camino de hierro; de algunas, entreabiertas, salían trozos de telas mezcladas con papeles de seda; las había recubiertas de hule con los precintos recién cortados; altas, casi cuadradas, como para guardar sombreros, y bajas, chatas, casi planas, como de ropa lisa muy aplastada; varias descubrían lo que contenían por las esquinas rotas; de una, enteramente deshecha, se escapaban por los ángulos, como espumas, las puntillas rizadas y los tules blancos. Sobre un sofá estaban tendidos dos trajes lujosísimos, uno de raso negro, otro de gro amarantado con encajes

oscuros; caída al pie de un sillón, como si hubiese resbalado la seda sobre la seda, se veía otra falda amarillenta, muy clara, llena de volantitos, y junto a ella un cuerpo de terciopelo de un azul intenso y sombrío con flores del color de la falda. Las sillas estaban ocupadas por rimeros y atados de ropa blanca de mujer: camisas, pantalones, chambras, enaguas, peinadores, todo ricamente adornado con puntillas, entredoses y festones. En una esquina de una mesa, mal envuelto entre papeles finísimos, había un corsé de raso negro pespunteado de rojo, y otro azul celeste con dibujos blancos, cuyas trencillas caían enredadas hasta la alfombra. En un velador, junto a la caja vacía y abierta, se veía un paquete de medias de seda de colores pálidos, cuidadosamente dobladas. Sobre los taburetes estaban puestos algunos envoltorios que revelaban su contenido por su forma; y en una butaca había otra caja grande, destapada, con dos docenas de camisas de batista muy fina, con sus canesúes bordados y atadas con una cinta estrecha de color de rosa. En otras cuatro sillas, unidas por los asientos, estaban extendidas las enaguas de cola con los bajos minuciosamente rizados, y ante los balcones, al pie de los muebles, en todas partes,

había esparcidos montoncitos de ropa interior, rica, nueva, recién salida de manos de las costureras, cuajada de labores costosas, blanca con la blancura del almidón y abrillantada por el peso de la plancha. Delante de la chimenea, otra caja grande, estrecha y larga, dejaba ver por entre los resquicios de la tapa mal ajustada un vestido de raso blanco: el de boda. Sobre la consola había un abanico de plumas con varillaje de nácar, y un estuche de tercipelo blanco, que encerraba una corona de azahar artificial. A su lado, entre papeles de seda mal doblados, se veía un pañuelo de encaje con una L admirablemente bordada.

No cabía duda: aquellas galas eran un equipo de novia, el rico sudario de una virginidad que iba a morir. Del conjunto de rasos, sedas, lienzos y batistas se desprendía un aroma extraño, formado con el olor grato y fresco de la ropa limpia, unido al perfume suave de alguna esencia preferida por la mujer que había de engalanarse con aquellos primores. Las lunas de los espejos reflejaban el desorden de las telas y los cambiantes de los tonos heridos por la luz... Desde la calle subían débiles y lejanos el bullir de las gentes y el rodar de los coches, confundiéndose al llegar a los oidos de Clara

en una sola voz, que parecía un llamamiento al lujo y a las grandezas del mundo. ¡Cuánta riqueza, cuánto dinero amontonado! ¡Y qué vestido tan humilde el que ella lleva al brazo para componerlo!

Así es la vida: para unas, las holandas impalpables que acarician la carne, el fastuoso camarín donde se ha prodigado el oro, los regalos que poetizan el ardor brutal de los sentidos; para otras, los lienzos burdos, las almohadas ásperas que arañan el rostro antes que lo enrojezca la vergüenza; la humilde alcoba de paredes blancas, y luego quizá el abandono, que pone a la novela del amor el epílogo del hospital.

Clara, sin poder contenerse, cogió el pañuelo bordado que había sobre la consola, lo miró rápidamente, y hablando consigo misma, casi en voz alta, murmuró: "Se casa".

Volvió a su cuarto y empezó a descoser el vestido de Rafaela. Pero deseaba trabajar de prisa y no podía; le temblaban las manos y se le turbaba la vista; había momentos en que la forma y el color de la tela variaban ante sus ojos de aspecto, recordándole las galas esparcidas sobre los muebles del salón; luego seguía descosiendo cuidadosamen-

te para que las puntadas no rasgasen nada.

Cuando, ya anochecido, vino Pablo a cenar, Clara sintió un deseo vago, pero imperioso, de hablar con su padre. Cruzáronse entre ambos algunas frases indiferentes, y por fin ella preguntó:

—¿Con que se casa Luisa?

—Sí.

—¿Con quién?

—¿Te acuerdas de aquel muchacho que vino a ayudarme en el escritorio unos cuantos días?

—Sí.

—Pues con ese.

XVIII

Clara pasó la noche sentada en una silla, embrutecida por el dolor, sin hacer más que llorar, restregándose los ojos, humedecidos constantemente, como si toda la fuerza de su cuerpo vigoroso y joven se disolviese en lágrimas que le resbalaban por la cara empujándose unas a otras. De su inteligencia no surgió una idea; la voluntad no le impuso una resolución; el despecho no engendró en ella un grito de cólera; de todo triunfó el abatimiento, y sólo de cuando en cuando, al brotar de su pecho un suspiro ahogado entre sollozos, se decía en son de reproche: "¡Estúpida! ¿Quién te mandó creer en una dicha con que no debiste ni soñar?".

Al otro dia, que era domingo, se vistió temprano y fué a misa; pero a los cinco minutos salió de la iglesia, porque tenía los ojos como

puños y las gentes no dejaban de mirarla. Además, no podía rezar; sentía en los párpados un escozor insoportable, y sus manos se movían agitadas por un temblor nervioso. Volvió a casa muy de prisa. ¡Cuánto hubiera dado por encontrarse a Eduardo!

Afortunadamente, su padre no almorzó con ella.

A las tres de la tarde llegó Eduardo y sólo con verla adivinó lo sucedido. Le dejó acercarse, mas al ir a besarla le rechazó sin ira, sintiendo, por ingénita delicadeza, que ya no era suyo, que pertenecía a otra mujer. Ni había tomado resolución alguna, ni había reflexionado nada; pero sin dejarle pronunciar palabra, empezó a hablar, como si cuanto salía de su boca fuese resultado de un propósito deliberado y firme.

—¡Calla, y no me toques! Ya lo sé, te casas con Luisa, mi padre me lo ha dicho. He visto el equipo que está allí, en el salón de las butacas amarillas... No lo esperaba de ti. Lo que más siento no es que me hayas perdido, sino el comprender ahora que nunca me has amado. ¿Qué daño te había hecho yo? ¿No te sobraban mujeres para eso? Eduardo, Eduardo, ¡qué infame has sido conmigo!...

Él, en pie, callado, sin atreverse a despegar los labios, permaneció inmóvil. ¿Qué podía decir? A gritos, denuestos, impetuosidades o excesos, hubiera respondido con violencia; la queja resignada y tranquila, no tenía más respuesta que aquel silencio impuesto por el respeto. Al cabo de unos instantes quiso sentarse.

—No—dijo ella;—vete, no estés aquí un instante más; te he querido, te quiero; he hecho mal, es verdad; pero eras mi amante, mi amor, toda mi vida; eras mío y sólo mío; hoy eres el marido de otra mujer; para mí, lo mismo que si estuvieras ya casado, como si no existieras; ¡vete!

—¡Clara!... ¡Clara mía!

—¡Calla! Tuya, no. Adiós, márchate, no quiero que estés aquí. Vete, por lo que más ames en el mundo, por lo que me hayas querido, hazlo aunque sea por el amor de Luisa.

—Si yo no quiero a Luisa.

—¡No te creí tan malvado!

—No me insultes.

—Sí, tienes razón; perdóname, pero déjame, por Dios te lo pido. Ya ves que no te digo nada, y podría decirte muchas cosas; sólo con repetirte las que te he oído ahí, en ese cuarto,

a mis pies de rodillas, tenía bastante para avergonzarte. Esto se ha concluído; haz cuenta que no nos hemos visto nunca; adiós.

—Pero... Escúchame... Yo te diré...

—No, ni una palabra más; mira, estoy serena, no te echo nada en cara.

Cogiéndola una mano, quiso atraerla hacia sí para besarla; ella entonces se revolvió como una fiera, cual si sintiese que iban a marcarla con un sello de infamia.

—¡No, eso no!

—Vaya, vaya, ¡abur!

Tomó el sombrero de la silla donde lo había dejado y dió unos pasos hacia la puerta. Ella, al verle marchar, le miró con asombro. Le había hablado con aquella vehemencia porque le salió del alma, pero al verle partir, imaginó que con él se iban su dicha, su esperanza, su porvenir, todo.

—¿Te vas?

—Pues claro; ¿no me echas?

—No, Eduardo, no; por Dios, ven aquí; acuérdate de lo que me has querido, piensa en lo que te quiero. Soy tu Clara, la misma de siempre; no, más amante, más obediente que nunca; díme que no me dejarás, que no amas a nadie sino a mí, que soy tuya.

—Vamos, mujer, ten juicio; hazte cargo de todo, no seas niña. Más sufro yo que tú... Yo te explicaré... Yo te diré... Tú misma comprenderás que, aunque no la quiera, no puedo ya romper con Luisa.

Clara se irguió ofendida; la razón y el decoro se hicieron superiores al sufrimiento y a la pena; sus palabras temblaron agitadas por la indignación que conmovió todo su sér, y de su boca de niña salieron las frases enérgicas y rudas como las de un valiente a quien se ultraja.

—Entonces..., ¿crees que soy una perdida, que voy a transigir con eso? ¿Era esta la idea que tenías de mí? ¿Con qué derecho piensas así? Te he dado mi amor, mi honra, mi cuerpo, todo, porque te he querido, porque he creído que me amabas; ¿qué te he costado? ¿Piensas que voy a ser la mujer que te ame a hurtadillas, teniendo que avergonzarse siempre y recogiendo las migajas que me deje la otra? ¿Crees que voy a ser tu querida, y que con un poco de dinero lo vas a remediar todo? No; mi carne, mi cuerpo, eso que tú llamas mi hermosura, sí, lo pagarías con cualquier cosa; las desdichadas como yo, para eso nacen; pero mi cariño, mi alma, no quiero partirlos con nadie. Escoge: Luisa, o yo.

—Creí que tendrías más juicio—repuso fríamente, y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—¿Conque me dejas? Sí, haces bien en no engañarme otra vez; la quieres más a ella.

Al ver que se ponía el sombrero y salía a la habitación contigua, no pudo dominarse; toda la vehemencia de temperamento que había tenido para amarle la tuvo también para echarle en cara la maldad que cometía, y las injurias salieron atropelladamente de sus labios. Pero de pronto, como arrepintiéndose de ofenderle, se arrojó a sus pies de rodillas, exclamando con voz suplicante:

—¿Y yo?

—¡Déjame en paz!

En seguida el ruido de los pasos de Eduardo se perdió á lo largo del pasillo, y un momento después se le oyó taconear por el patio.

Clara se enjugó los ojos y salió al balcón, permaneciendo en él unos instantes, acaso con la esperanza de que podía volver. Luego se entró lentamente a la habitación, y al ver sobre el canastillo de costura el traje de su madre, que había sacado para componerlo, lo cogió, cortó el hilo pendiente del sitio en que cosía, dobló cuidadosamente el cuerpo y la

falda, y abriendo un cajón de la cómoda lo guardó, aparentemente tan tranquila como si se hubiese desnudado al volver de paseo. ¿Para qué lo quería ni qué le importaba ya parecer bonita? Se acostó temprano; oyó desde la cama el ruido del carruaje en que Luisa se marchaba al teatro, y entonces, no pudiendo contenerse más tiempo, ocultó la cabeza entre las sábanas y rompió a llorar.

XIX

La boda de Luisa y Eduardo se celebró a los pocos dias. El Conde y Pablo la presenciaron con indiferencia; Martina, con una satisfacción mal disimulada, pensando que aquél era el primer paso para quedar ella por dueña absoluta de la casa, pues quizá más adelante se marcharan los recién casados a vivir solos, y aunque se quedaran allí, nunca el Conde toleraría que Eduardo adquiriese la autoridad que llegó a tener Luisa.

La misma tarde del día en que se verificó la ceremonia salieron los novios para París, yendo Pedro, Martina, Pablo y algunos criados a despedirles a la estación. Clara se quedó en casa sola, entre las cuatro paredes del mismo cuarto donde resonaron las palabras, los besos y las promesas de Eduardo.

Lo que aquella noche sintió no fueron los

celos de la mujer que se atormenta pensando que su amante está en brazos de otra, sino la tristeza amarga y desesperanzada de la que soporta su abandono, viendo que se le han cerrado las puertas de la dicha. Lloró por la pérdida del amor negado para el resto de su vida; pero no fué la pena de perder a Eduardo lo que la hizo verter lágrimas. Tal vez los años, las mudanzas, los locos caprichos de la suerte, la arrojaran en brazos de otro hombre. La que no nace rica, en quien menos lo piensa halla su dueño. Pero su inocencia, sus ilusiones, la virginidad de su alma y la pureza de su cuerpo, ¿quién se las devolvería? En medio de su dolor, aun ignoraba todo el alcance de su desdicha: pensaba que la conformidad y la resignación podrían ser alivio a sus penas.

A partir del día en que los novios salieron de Madrid, Martina inauguró una nueva campaña para apoderarse del ánimo de Pedro, haciendo cuanto puede inventar una mujer para recobrar el imperio perdido sobre un hombre; pero todo fué inútil: el recuerdo de Rafaela se interponía entre ambos. Con Rafaela habían muerto los últimos restos de la juventud de Pedro; ella había sido su postrera, quizá su única pasión. Ni su imaginación estaba ya

para ilusiones amorosas, ni su cuerpo para excesos. ¿Con qué encantos podía seducirle Martina? Ninguno le quedaba: el rostro, todavía sin arrugas, pero ya desfigurado por los sufrimientos y los años, no recordaba en nada la cara de aquella mujer alegre, graciosa, expresiva, a quien él había protegido como parienta y querido como amante; su cuerpo, antes firme y esbelto, estaba flacucho y desgarbado; ya no tenía el andar provocativo, la mirada incitante ni la boca fresca y roja de otros tiempos; se había ido consumiendo poco a poco, como la flor olvidada en un búcaro que va lentamente quedándose descolorida, ajada y mustia. A él le sucedía lo mismo, sin que al envejecer conservase rastro de esa poesía que casi siempre perdura en la mujer, aunque se le llene de canas la cabeza. Era ya uno de esos vejetes engañosamente sanos que se mueren cuando menos lo piensan; y el empeño de Martina por reconquistarlo se estrellaba contra su irremediable frialdad.

Hacía ya ocho meses que partieron Eduardo y Luisa. La que debió ser excursión breve se trocó en viaje largo y calmoso. Ella lo quiso así; tuvo empeño en recorrer con su marido

pueblos, estaciones de baños, puntos de recreo y sitios de moda. Hubiera deseado andar medio mundo colgada del brazo de su esposo. Por fin se alojaron en París en un hotel de primer orden, y allí permanecieron días y días, Luisa gastando dinero en trajes, fruslerías, caprichos y golosinas, y él empezando a sentir el aburrimiento del condenado a quien por fuerza emparejan con otro compañero, obligándole a seguirle sin un momento de separación. Pero le era necesario tener paciencia, disimular, hasta mimarla, porque su estado exigía muchos cuidados.

A las pocas semanas de casados. la niña enfermiza, flacucha, casi clorótica, empezó a reponerse: sus ojos se animaron, el carmín tiñó suavemente sus mejillas, su rostro paliducho y frío fué reflejando un aumento de vigor; estaba más alegre, andaba mejor, hasta engordaba. Luego vinieron las náuseas, la inapetencia, los dolores de estómago, las digestiones difíciles, los vómitos, los desarreglos, y, sobre todo, los dengues, las ridiculeces y las impertinencias. Eduardo comenzó a renegar de su suerte. Harto sabía lo que aquello quería decir y la importancia que para él tenía: *lo* que viniera resolvía el problema de su vida: pero, ¡qué in-

soportable se le iba haciendo aquella situación! No podía dar un paso sin Luisa. No era posible dejarla en el hotel, porque tenía miedo o se aburría; si salían, el frío de París le hacía daño; en los teatros se sofocaba; en las tiendas gastaba un dineral, y siempre había de tenerle al lado, sin dejarle apartarse un minuto. A él se le llevaban los diablos, y cuando veía una mujer bonita con aspecto de fortaleza que pide parlamentario y desea entregarse, los ojos se le iban tras ella, sintiendo impulsos de soltar a Luisa, pasase lo que pasase. ¡Qué hermosas se le antojaban todas, todas menos ella!

Luisa, a medida que adelantaba en su embarazo, se iba desfigurando de nuevo. Cierto que tenía mejor color y más fuerza; pero se iba embasteciendo, perdiendo aquel donaire elegante y fino de cuando soltera. ¡Qué noches tan aburridas y tan largas pasaban juntos en el cuarto de la fonda, Eduardo haciéndole compañía y ella bostezando terriblemente! El solía quedarse dormitando, con la cabeza caída sobre el pecho, el estómago repleto, el sabor de la comida en la boca, acordándose de lo que vió anunciado en los carteles de los teatros y los programas de los bailes, o fingiéndose rea-

lizadas las promesas que creyó adivinar en la cara de las mujeres que le habían mirado.

Las escenas que mientras tanto ocurrían en la casa de la plaza de la Armería, de Madrid, eran de orden distinto.

Una noche en que se daba un baile en Palacio, quiso Pedro asistir, creyendo que no podía faltar, cual si fuese su presencia indispensable, y pidió a Martina el uniforme aquel que estaba guardado en un armario del cuarto oscuro. Luego, en tanto que él se vestía, ella le iba sacando de los cajones las cosas que necesitaba: puso los botones a la camisa, escogiendo la mejor planchada; buscó una corbata blanca, colocó las botas de charol junto a una silla cerca de la chimenea para que no tomase frío, y por fin se sentó en el gabinete contemplándole, cual si ambos tuvieran veinte años y aguardase impaciente verle salir guapo y perfumado, sin calva, ni bigotes blancos, sin fatiga en el pecho ni reúma en las piernas.

Una cortina muy tupida que caía hasta la alfombra en amplios pliegues separaba el despacho del cuarto donde Pedro estaba vistiéndose. En la primera de estas habitaciones no había luz; en la segunda, a cada lado del espejo, ardían dos candelabros; la claridad que pa

saba por entre las junturas del cortinaje se dibujaba en el techo del despacho, cuya chimenea proyectaba sobre la superficie lustrosa de una puerta los reflejos rojos de las llamas; los muebles parecían sepultados entre sombras: sólo brillaban los marcos dorados de los cuadros y los aplastapapeles de cristal colocados encima de la mesa. De pronto dijo Pedro:

—Oye, Martina: coge esa llave y sácame las placas, que están en el cajón del centro de la mesa de despacho.

Ella encendió una palmatoria, tomó la llave, pasó al despacho y colocando la luz sobre la mesa abrió un cajón. Pedro, desde donde estaba, no podía verla, porque la cortina los aislaba por completo. Ella entonces miró dentro del cajón que acababa de abrir, y en vez de las placas, lo primero que vió fué un papel donde estaba escrito su nombre. No cabía duda: era su nombre, Martina, escrito por la mano del Conde. ¿Qué sería aquello? Obedeciendo a un impulso de curiosidad mujeril, pero natural, dada la situación, empujó de pronto el cajón sin echarle la llave, y abrió otro que había debajo. Allí estaban las placas; las sacó de los estuches, limpió con un guante viejo que junto a ellas había los rayos de plata

que circundaban la imagen de la Purísima en la de Carlos III y los esmaltes rojos de la de Isabel la Católica; en seguida, pasando a la alcoba, las prendió a las presillas de la casaca y dejó la llave en el sitio de donde la había cogido.

—Toma, ya lo tienes todo arreglado.

Pedro concluyó de vestirse y se miró al espejo; ella, envolviéndole en una mirada casi amorosa, exclamó:

—¡Válgame Dios, qué bueno estás! Parece que no pasan años por ti.

—Ya vamos para viejos—repuso secamente, y poniéndose el abrigo, encargó que tuvieran el té dispuesto para las doce y media; pidió el coche y se fué.

Apenas se había extinguido a lo lejos el ruido del rodar de la berlina sobre las piedras de la calle, Martina volvió al despacho, y con un mango de pluma que tenía la punta encorvada, tiró del primero de los cajones que antes había abierto. Allí estaba el papel con su nombre escrito; al cogerlo notó que no era uno solo, sino que había dos pegados por una esquina con una oblea. Uno de ellos era nuevo, blanco, satinado, lustroso; el otro más viejo, amarillento, con huellas de dobleces y ren-

glones cuya tinta había palidecido con el tiempo. Los acercó a la luz y miró con ansia. El papel viejo decía así:

Notas para el testamento. Mayo de 1862:

Fincas rurales.—Las casas de Madrid.—Las casas de Málaga.—Las del pueblo.—La dehesa y la casa de Torrejoncillo.—Billetes hipotecarios.—Obligaciones hipotecarias de la casa Osuna.—Acciones del Banco.—3 por 100.—Bonos del Tesoro.—Empréstito Flichter.

«Esto—pensó ella—era lo que entonces constituía su fortuna: ¿cuánto vendría a ser?». Y siguió leyendo.

Debajo había una lista redactada por este orden:

Algo a mi hermana.

Martina.

Hospital para mi pueblo.

Algo a los criados.

«Estas son las mandas o los legados, o como se llamen. ¡1862! ¡Qué tiempos aquellos!»

En seguida, con gran cuidado, para no romper la oblea que unía los dos papeles, leyó el que parecía más nuevo, escrito sin duda recientemente:

Para reformar el testamento de 1862, cuando

vuelva don Juan Sepúlveda (Sepúlveda era su escribano):

Las mismas fincas, más los cinco casas nuevas de Madrid.—La cuenta corriente del Banco.—Los valores por que cambié las obligaciones Osuna y los bonos.—El 5 por 100 francés.

Debajo, como en la nota anterior, había otra lista más breve:

La niña.

Algo a Luisa.

Algo a Martina y a los criados.

Se quedó absorta, espantada de lo que leía.

No cabía duda. La primera minuta era para el testamento del año 62, cuando Pedro estaba enamorado: la segunda era un apunte escrito hacía pocos días, en papel igual al que había sobre la mesa. La infamia aparecía clara; en el comienzo de sus relaciones sintió por ella afición, amor, deseo, capricho, cualquier afecto bastante intenso para hacerle pensar en su porvenir; luego vinieron el hastio, la indiferencia, y entonces ya no hizo caso de la que un día fué su encanto, más que para confundirla con los criados, dejándole una manda miserable, casi ofensiva, como pudiera dejar algo al caballo que le había servido. Martina leyó y releyó muchas veces ambos papeles:

en el de 1862 lo primero era ella; su nombre estaba puesto con mano segura y letra clara; en el otro, ante todo, estaba *la niña*, y luego, por bajo de lo demás, añadia, como quien a última hora repara una omisión: *algo a Martina y a los criados.*

¡La niña! Todas las sospechas de la infeliz mujer se avivaron entonces como rescoldos removidos por el viento: evocando recuerdos, atando cabos, esforzando la memoria, se acordó de las observaciones que hizo durante años enteros, deseosa de averiguar a qué obedecía el desvío de Pedro. Ahora se explicaba la procedencia del lujo mal disimulado que ostentó Rafaela en la última época de su vida; el origen de tantas condescendencias para con Pablo, y el porqué de la indiferencia con que miró a Luisa, la hija de su propia hermana. Todo, todo lo vió claro: hasta el afán por ir y venir continuamente de Madrid a Torrejoncillo y de Torrejoncillo a Madrid. Fué como si le arrancaran una venda de los ojos. *La niña*, indudablemente, era Clara; y Pedro tenía la seguridad de ser su padre, cuando así se interesaba por ella.

Martina apreció rápidamente la situación: el Conde habia hecho un testamento, según

el cual ella debía salir bastante favorecida, y existía además una nota para reformar aquel documento, redactada de suerte que si llegaba a prevalecer la dejaría reducida a recibir un socorro vergonzoso; la parte principal de la fortuna iría a manos de Pablo, destinado a ser el medio de enriquecer a Clara. Todo esto era indudable, el mal estaba conocido; pero, ¿qué hacer? ¿Cómo aplicar el remedio? ¿Hablar a Pedro? Jamás se atrevería, ni le suponía capaz de ablandarse, ni su propia altivez lo toleraba. ¿Descubrir el secreto a Pablo? Tampoco; quizá la indignación, pensaba ella, le sacase de quicio; pero Pablo amaba mucho el dinero para indignarse hasta donde debía. Martina llegó a vislumbrar la verdad, admitiendo un instante que Pablo no ignorase los amores de Rafaela con Pedro, mas rechazó en seguida la suposición como cosa repugnante. Lo único que sacó en limpio de sus cavilaciones fué que no podía tomar más que una determinación: hacer algo para conmover vivamente a Pedro, intentar la comedia de volverse al pueblo, como lastimada por su desvío, y obligarle indirectamente a pensar en ella, asegurándola el porvenir. En otros proyectos, con otras esperanzas no había ya que soñar; todo estaba per-

dido; nunca sería su mujer: el alma de Pedro pertenecía por entero al recuerdo de Rafaela.

Hacía ya un rato que estaba curioseando todo lo que había en la mesa, cuando instintivamente tiró con fuerza del cajón, queriendo ver si encontraba algo más que aclarase sus dudas. No halló al pronto sino cartas de negocios, resmillas intactas, cajas de plumas y un paquete de tarjetas. Iba ya a cerrar cuando tocó un sobre viejo que tenía dentro algo duro y resistente. Eran dos retratos: uno de Rafaela, muy guapa, y otro de Clara, mal vestida, ridículamente endomingada por el detestable gusto de su madre, pero monísima, con los ojos enormes y los pelillos mal peinados cayendo en desorden sobre las sienes. Tuvo tentaciones de arrojarlos al fuego. Las brasas espirantes de la chimenea parecían pedirle aquellos dos pedazos de cartón, para reavivar un instante su fuego amortiguado. ¡Qué pronto hubieran prendido en ellos las llamas! Pero no era mujer que se dejase arrastrar por un arranque violento: comprendió que no hubiera conseguido sino acaso empeorar la situación. El término de sus cavilaciones fué una consecuencia horrible: lo único que la convenía era que Pedro muriese pronto, sin tener tiempo de

reformar el testamento del año 62. Según aquel papel, en esta fecha, aunque dejase a su hermana, que entonces residía en el pueblo, muy favorecida, quien mejor librada salía era ella: bien claro lo decía la nota:

Algo a mi hermana. Y luego: *Martina*.

En otra mujer, aquello hubiera sido el primer peldaño de la escalera del crimen; la imaginación de Martina llegó hasta esto, porque nadie detiene el vuelo del pensamiento ni es responsable del delirio de la fantasía; pero instintivamente lo rechazó con horror. El delito material, lo que castiga el Código, lo que puede saberse, le inspiró repugnancia; pero en el fondo de su alma quedó un cieno asqueroso, pronto a convertirse en germen de cualquier infamia, y todos sus desvelos, todas sus ideas tuvieron de allí en adelante como base un deseo invencible de ver morir a Pedro. Fué aquello un torcedor continuo, una ansiedad constante: no era capaz de herirle ni envenenarle, pero su amor propio de amante olvidada, su orgullo de mujer ofendida, fermentaron en su corazón, trocando en odio y aborrecimiento todo el amor que le había tenido. Sólo le faltó valor para el crimen. En lo íntimo de su conciencia, todo castigo le pareció poco para

aquel miserable que marchitó su juventud, gozó sus mejores años, y la pospuso luego a otra que valía menos, convirtiéndola a ella en una especie de ama de llaves, mezcla de criada decente conservada por egoismo, y de querida jubilada por lástima.

Cuando Martina salió del despacho era ya muy tarde. Antes de ir a su cuarto, la costumbre de inspeccionarlo todo para mirar por el orden de la casa, le hizo dar unas cuantas vueltas por aquellas habitaciones que habían sido objeto de sus cuidados; pero casi no veía ni reparaba en cosa alguna; estaba como atontada.

Al llegar a la pieza de la costura, donde en torno de un brasero se reunían de noche los criados, oyó parte de un diálogo, interrumpido por el ruido de sus pasos. El chico del cochero, que era pinche, decía:

—Para los amos se ha hecho el mundo.

—Pues claro—contestaba el mozo de comedor;—*sus* digo que no me habléis de los amos. ¡Así revienten! Esos sí que se dan la gran vida y son felices.

XX

El escribano del Conde seguía fuera de Madrid, y Martina, pensando racionalmente, estaba segura de que el testamento de 1862 continuaba sin reformar, cuando una mañana, a los pocos días de haber curioseado en los cajones de la mesa, el ayuda de cámara le dijo que el señor se sentia mal y no saldria de su cuarto para almorzar. Corrió a la alcoba y le encontró acostado todavía, quejándose de gran dolor de cabeza; pero empeñado en no dejarse ver por médico alguno, con esa tenacidad propia de viejo que se supone fuerte y le dá al mismo tiempo miedo que le digan lo que tiene. Martina almorzó sola con buen apetito, y tornó luego a la alcoba. Pedro estaba adormilado; le tocó la frente y sintió la piel seca y ardorosa. Aunque no entendia de pulso, le cogió una muñeca y notó los latidos rapidísimos de la

arteria. "Este hombre—pensó—debe de tener un calenturón horrible... ¿Si se irá a morir?„

Al día siguiente circuló entre los criados la noticia de que el Conde estaba peor. En su cuarto no entraba nadie más que Martina, que salía quejándose constantemente de su obstinación en negarse a que viniera el médico; a pesar de lo cual una doncella dijo, en el cuarto de la costura, que ella, limpiando en el antedespacho, había oído a la señora decir al Conde: "¡Qué médico ni qué niño muerto! ¡Pues no tienes poca aprensión!„

Lo cierto fué que Pedro comenzó a inquietarse, y Martina se burló de sus temores; pasó mala noche, no tuvo alivio al otro día, y, por fin, a los cuatro de haberse quedado en la cama mandó llamar al médico, quien al salir de la alcoba puso la cara muy seria y habló en voz baja con Martina. Al quinto día la enfermedad tomó mal rumbo; el doctor vino tres veces y salió con peor gesto. A nadie ocultaba ya que aquello era grave; no hacía más que poner recetas y repetir las visitas; por último, pidió consulta con otros dos compañeros. Tres horas estuvieron reunidos los galenos en el despacho, diciendo cosas raras y disparándose a porfía términos técnicos; el de cabecera pro-

nunció un discurso en regla; sus colegas aprobaron cuanto había hecho, y después se fueron diciendo:

—Ya veremos, ya veremos.

Martina seguía sin separarse de la cabecera del enfermo, al parecer abatida, con los ojos llorosos y pugnando por estar serena.

—¡Qué valor tiene usted!—le decían los criados.

A los diez días la llamó el médico al antedespacho, y hablaron así:

—Se va por la posta.

—¿Tan mal está?

—¿Sabe usted si tiene tomadas sus disposiciones? Porque, en fin, no hay más remedio que precaverlo todo.

—Pues yo—dijo Martina—no tengo valor para eso; y por nada del mundo le hablaría de semejante cosa; pero le he oído decir hace tiempo que sí, que todo lo tenía arreglado.

Y empezó a sollozar amargamente.

—Bueno—contestó el médico;—y diga usted: él *era* muy religioso, ¿verdad? ¿Cree usted que convendría...

—¡Ay, doctor! Ya sabe qué hombre es él. Sí; muy religioso, aunque así, vamos... exterioridades no hacía muchas. Pero yo, si él *no*

lo pide, no le digo nada. Con lo aprensivo que es, bastaba eso para matarle.

—En fin, comprenderá usted que yo se lo indico porque es mi obligación. Además, en el estado en que se halla, quizá no notase nada. Lo que deben ustedes hacer en seguida es poner un telegrama a su sobrina.

Al despuntar el alba tras la noche en que el médico y Martina tuvieron aquella conversación, murió el Conde de Elgueta, antes Perico López; Martina recogió su último suspiro con los ojos arrasados en lágrimas, después de haberle velado durante toda la enfermedad sin apartarse de él un momento ni consentir que entrara nadie en la alcoba, excepto los criados y los médicos, hasta que perdió el conocimiento. Cuando dejó entrar a Pablo aun hacía gestos, pero ya no podía hablar.

Pocos momentos antes de morir Pedro, segura Martina de que nadie la observaba, fué al despacho, cogió los papeles que había leído días antes y los arrojó a la lumbre; las llamas los consumieron al instante; brillaron sobre ellos unos puntos rojos y movibles como hormigas de fuego, y, hechos pavesa, el cañón de la chimenea los sorbió silenciosamente. El retrato de Rafaela se lo guardó en el pecho; pero

un momento después lo volvió a sacar, lo rompió en pedacitos y los arrojó también para que se quemaran. En seguida tornó a la cabecera del moribundo con los ojos anegados en llanto, y poco después, cuando Pedro era ya cadáver, fué forzoso sacarla de allí y enviar a la botica por una bebida antihistérica.

Eduardo y Luisa llegaron a tiempo todavía de que pudiese aquél presidir el duelo, acompañado de tres o cuatro parientes lejanos, de facha ordinaria, que vinieron del pueblo y miraron la casa con envidiosa curiosidad. El entierro se verificó con gran pompa a las cuatro de una tarde oscura, con el cielo entoldado de nubarrones pardos que arrojaban sobre Madrid una lluvia tenaz y menuda, como polvo líquido que no se cansaba nunca de caer; la atmósfera tenía un tono gris que daba tristeza, y el viento frío hacía penetrar la humedad hasta los huesos. La comitiva se puso en marcha por las calles cubiertas de barro: iban primero dos docenas de pobres de San Bernardino con los cuellos de los capotes subidos, salpicados de lluvia los sombreros de hule, llevando en las manos hachas de cera, y evitando con los pies los charcos en que chapoteaban sus zapatos medio deshechos. Seguía luego el carro mortuorio

coronado de angelotes de bronce y arrastrado por cuatro caballos negros de mala estampa, cubiertos de mantillas de veludillo galoneado y empenachados con plumas desrizadas, que pardeaban por lo viejas; los lacayos que conducían del diestro a los animales se habían levantado el bajo de los pantalones, dejando ver alguno los tobillos sin medias a través de las botas descosidas; detrás del carro, tres coches del difunto con los faroles encendidos y cubiertos de gasas negras, los dos primeros vacíos y cerrados; en el tercero iban Eduardo, Pablo, un cura amigo de la casa y uno de los parientes atraídos por el olor a carne muerta. Seguían más de cien carruajes, lujosos unos, alquilones otros, alguno vacío, no pocos mostrando tras los vidrios echados un rostro que sonreía olvidando al muerto, y todos ellos con las ruedas salpicadas de barro hasta los cubos. Los cocheros de los particulares habían recibido cada uno un hacha de cera, que luego venderían para echar un trago; los simones iban miserablemente envueltos en sus capas parduzcas, con hongos abollados o chisteras de desecho. Las gentes lo veían pasar todo con indiferencia; los vagos se paraban; de cuando en cuando algún transeunte refunfuñaba obligado

a detenerse, luego se escurría entre dos coches para pasar a la acera opuesta, y la interminable fila seguía su camino entre el murmullo incesante de las voces, el pregonar de los periódicos y las interjecciones soeces de los carreteros parados. En los coches iban muchos caballeros hablando de las cosas del día o murmurando del difunto; diputados, senadores, banqueros, comerciantes, ministros, títulos del reino, militares de alta graduación, periodistas, representantes de todas las clases sociales; los mismos que hubieran ido... pero no, los que quizá no hubieran ido tras el ataúd de un hombre honrado y bueno. Al torcer el carro fúnebre en una bocacalle de uno de los barrios extremos, dos mujeres del pueblo bajo, vieja una y curtida la piel allá en los lavaderos del río, guapetona y provocativa la otra, con la frente cubierta de rizos embandolinados y la cabeza llena de peinecitas encarnadas, tuvieron que detenerse para dejar pasar el cortejo.

—¡Cuántos señores! ¿Sabes tú quién era?

—Uno que dicen que fué alpargatero cuando la primera guerra *cevil*, y que luego robó mucho; pero eso no lo dirán los papeles.

—*Pus* mira, chica, va lo mismo que los pobres, con los pies *pa alante*.

La misma noche del entierro, cuando se retiraba a descansar, Pablo detuvo a Martina en la puerta de su cuarto.

—Sostengo que anoche quiso decirnos algo. ¿No vió usted cómo movía los labios, y estiraba los brazos, y hasta intentó incorporarse? Ese hombre se ha muerto sin decir alguna cosa que le importaba mucho; a mí no me cabe duda, quería hablar.

—Calle usted, hombre, por Dios, calle usted; si estaba ya el pobrecito sin entendimiento y sin nada. ¡Qué cosa tan horrible!—y al mismo tiempo que decía esto, Martina se acordaba de aquel papel que ella había leído, pero que nadie podría ya leer, en que el muerto escribió: *la niña*.

XXI

Clara, desde uno de los balcones que daban a la plaza de la Armería, por entre las tablillas de las persianas, vió salir el entierro. A pesar de la indiferencia con que su ignorancia le hacía mirar aquello, sentía por el muerto una simpatía involuntaria. Pero, ¡qué ajena estaba de que, encerrado en aquella caja, se llevaban a su verdadero padre! "Debía de ser muy bueno. ¡Pobre señor!„—no se le ocurrió más. Después recordó que el Conde la había mirado siempre con cariño; que cuando, siendo niña, la encontraba junto a la escalera del patio, al subir al coche, le pasaba la mano por la cara y le decía: "Adiós, monina„. Una tarde, cuando era ya mayorcita, estuvo mirando desde la vidriera del despacho cómo regaba sus macetas de alelíes y claveles; en mucho rato no quitó de ella los ojos. Otra tarde la encontró

en el portal y la paró. "¡Qué guapa estás, mujer!,—le dijo, y quiso darle una monedita nueva de dos duros, pero ella se resistió a tomarla por temor de que la riñesen. Siempre que la veía la miraba con cierto interés, como si tuviera deseos de decirle algo... Y nada más. A esto se reducía lo que podía recordar del Conde.

Eduardo llegó a Madrid en un estado de verdadera excitación nerviosa, comprendiendo que iba a jugarse la carta de su porvenir. Aquella muerte imprevista llenó su alma de temores; muchas veces pensó en lo que pudiera ocurrir cuando faltase don Pedro; pero nunca imaginó que el suceso se echase encima tan inopinadamente. La situación no tenía más que dos soluciones: o el Conde dejaba algún legado a su sobrina, y ante la perspectiva de este caso todo se le volvia hacer conjeturas sobre el cuánto, o el buen señor había dispuesto libremente de su fortuna sin acordarse de ella. Lo que más le atormentaba era la sospecha de que hubiera hecho testamento cuando se retiró de los negocios. Además, la influencia que Martina hubiese podido ejercer sobre el Conde en sus últimos momentos, contribuía a desasosegarle, porque los criados le

refirieron el empeño que ella puso en que nadie entrase en la alcoba hasta que él perdió el sentido. ¿Por qué no le habrían avisado antes? Otros ratos, calculando lo difícil del trance, pensaba que no habría logrado nada. Por fin, Martina, al terminar el novenario, le dijo una noche, estando de sobremesa, que ella recordaba confusamente haber oído a Pedro hablar de testamento hacía algunos años.

—Creo que fué el 62—añadió.

Eduardo, haciendo memoria de que en aquella fecha el Conde estaba enamorado de ella, no pudo reprimir un gesto de disgusto.

—¡Pues podía usted habérselo callado más tiempo!

¡Qué noche la que precedió a la apertura del pliego! La única persona que durmió tranquila en la casa fué Clara. El escribano Sepúlveda leyó el documento ante Martina, Eduardo, en representación de Luisa, Pablo, a quien se admitió por deferencia, y un pariente de los del pueblo que se empeñó en presenciar el acto. El testamento databa, efectivamente, de 1862, y el Sr. Sepúlveda dijo que, aunque el Conde le habló repetidas veces de reformarlo, no indicó cuáles fuesen las alteraciones que tenía pensadas; por tanto, aquella era su últi-

ma voluntad. Don Pedro López de Elgueta, después de afirmar que creía en Dios trino y uno, y que estaba en el pleno uso de su cabal razón y sus derechos civiles, instituía heredera de todos sus bienes a su hermana, la madre de Luisa; de modo que, a falta de aquélla, ésta era la dueña de todo. Martina debia recibir de la heredera una renta anual de doce mil reales, pudiendo a su arbitrio exigir la entrega del capital representado por dicha suma; a Pablo le dejaba un alfiler de corbata que valdría unos cuarenta duros; a varios de sus criados, algunos legados insignificantes, y mandaba decir misas por su alma. Al empezar la lectura, Eduardo hizo alarde de una serenidad fingida; Pablo no podia disimular su curiosidad, y Martina sollozaba tristemente. Cuando el escribano concluyó de leer, Eduardo, no sabiendo cómo ocultar su regocijo, daba muestras de un dolor mentido; Pablo se quedó lívido de coraje; Martina tenía secos los ojos y abrasada el alma de ira. ¡Qué vergüenza! Aquella pensión de doce mil reales era la declaración pública de sus amores con Pedro, y al mismo tiempo el testimonio claro de la tacañería de éste. Si en la época en que parecía enamorado de ella no le dejaba más que doce mil reales de renta,

¿qué le hubiese dejado en el caso de reformar el testamento?

Apenas se marchó el escribano, entregando antes a Eduardo copia del documento, cada uno de los demás oyentes se retiró en silencio. Eduardo entró en el gabinete de Luisa, diciendo cariñosamente, con voz que en vano procuraba denotar tristeza:

—¡Pobre tío! ¡Cuánto te quería! Todo es nuestro.

Ella abrió unos ojos enormes, y como movida por un resorte, levantándose de la butaca en que estaba leyendo un periódico de modas, se arrojó en brazos de su marido.

—¿De veras?—exclamó, y en seguida, impulsada por un resto de pudor, se secó con la mano una lágrima que no vertía; él quiso también llorar... pero no pudo.

Pablo y Martina pasaron tres días sin dirigirla palabra a Eduardo. El despecho fué en ellos más poderoso que la reflexión. Él, notándolo, procuraba encontrárselos para gozar viendo cómo esquivaban su presencia. Al cuarto día, sin voluntad ya para reprimirse, les detuvo, mirándoles frente a frente, y les arrojó a la cara estas palabras, dichas como reconvención por su grosería:

—Que están ustedes en mi casa.

En cuanto Pablo y Martina se quedaron solos, las quejas se les vinieron a los labios.

—Por mi parte—dijo él;—estoy dispuesto a irme.

—Y yo lo mismo; pero que me den lo mío.—y encarándose con Pablo, le preguntó:—¿Qué le parece a usted?

—¡Cómo se ha portado con nosotros!

—¡Qué ingratitud! No lo hubiera creído, aunque me lo jurasen.

—Ni yo.

—A usted, a quien tanto debía... ¡Vaya una alhaja! ¡Cuidado con el alfilerito!... Y sabe Dios si ahora éstos se lo darán a usted.

—¡Qué indignidad!

A Martina se le iba la lengua sin poder remediarlo.

—¡Puerco!

—¡Al cabo de tantos años de estar en su casa!—decía Pablo—Vamos, no le creí capaz de esto. ¿Qué hubiera sido de él sin mí?

—Pablo, usted no le conocía tanto como yo.

—Parece increíble que respecto de usted, haya olvidado ciertas cosas...

—Sí; tiene usted razón; nunca hemos hablado de esto; pero... no sé mentir: sí, señor; le he querido con toda mi alma.

—¡Y qué pago!

—Pues ¿y con usted? ¡Cómo se ha portado! Usted ha sido demasiado bueno... y muy débil... muy débil...

Pablo enrojeció de cólera: había querido decir a Martina una cosa desagradable, evocando el recuerdo de sus relaciones con Pedro, y ella le arrojó al rostro un ultraje horrible. Después, para rematar la frase, añadió, aludiendo a Rafaela y al Conde:

—¡Bien muertos están!

Se separaron sin proferir una palabra más. "¡Qué vergüenza!„—pensaba Pablo.

Al entrar en su cuarto, como pasase de largo ante el sitio donde Clara estaba cosiendo, ésta le preguntó:

—¿A qué hora quiere usted que comamos, papá?

—No como en casa—repuso brutalmente;—déjame en paz.

Si hubiese tenido valor para ello, la habría ahogado entre sus brazos.

Martina no acababa nunca de pensar en lo sucedido, y cuanto más pensaba, menos lo entendía. Ella vió que una de las notas escritas por Pedro, la de papel amarillento y doblado, decía: *Algo a mi hermana*, y debajo, *Martina;*

luego no cabia duda, aquello no implicaba un legado más o menos considerable, sino la participación en la herencia, la mitad o acaso más. Aquel *Martina*, escrito de puño y letra del Conde, daba a entender que ella entonces ocupaba en gran parte su ánimo; y, sin embargo, todo esto era ilusión forjada por su amor propio, o Perico varió luego totalmente de pensamiento, postergándola e insultándola con aquel legado miserable. ¡Darle a ella un puñado de duros como a una mujer cualquiera, de quien se recuerda haber recibido favores! Llegó a creer que Pedro no la quiso jamás, ni fué nunca para él más que un entretenimiento, una querida casera, a quien enamoró bajo su mismo techo por parecerle más cómodo o quizá más barato. En cambio, a Rafaela... Sí, a Rafaela la quiso; su último pensamiento debió de ser para ella; por eso mostró empeño de hablar cuando se sintió morir. ¿Qué querría decir? ¿En qué forma, con qué palabras, de qué modo les hubiese hablado de *la niña?* Porque, indudablemente, sus postreras ideas, anubladas por el comienzo de la agonía, serían para Clara, que era su hija. Y al mismo tiempo que Martina discurría de este modo, en los oídos le zumbaban las groseras palabras de Eduardo:

«Están ustedes en mi casa». Todo aquello con cuya posesión había soñado, se le escapaba de las manos: bien claro se lo decían. En unos cuantos días vinieron al suelo sus esperanzas de comodidad para la vejez, sus ensueños de lujo y posición social; todo cayó como castillete de baraja al soplo de un niño. Pronto tendría que salir de allí. Tras las consideraciones graves que abruman, venían a su imaginación las pequeñeces que irritan: hasta se le ocurrían los comentarios que harían los criados. ¡Qué vergüenza!

XXII

La vida de Clara se deslizaba triste y monótona, aguantando la esquivez de su padre, doliéndose de su desengaño y viendo imposible la dicha para lo porvenir. Algunas veces, harta de sufrir, dejaba volar el pensamiento fingiéndose la posibilidad de otra existencia más soportable, aunque fuese menos honrada. ¿Qué tenía ya que esperar del mundo? Si nadie la creería cuando tratase de excusar su falta, si aquella resignación era inútil, ¿por qué rendirse al dolor, cuando el dolor no tenía poder para rehabilitarla? Luego la conciencia se imponía con esa energía moral que el tiempo va mermando, pero que es en los pocos años vigorosa: distinguía con orgullo la diferencia que existe entre la desgracia y la culpa, y viéndose desdichada, se reconocía inocente. Entonces las fuerzas volvían a su ánimo, y tor-

naban a encontrar en su resignación pasto que ir devorando hasta otro desfallecimiento. Cuando supo que había llegado Eduardo sufrió algo parecido a lo que experimenta quien siente reavivarse los latidos del dolor en una herida mal cerrada. Sus ideas fueron involuntariamente hacia el hombre que la había perdido y a quien creyó amar. Pero, ¿le amó realmente, o confundió el despertar de su naturaleza a las sensaciones del placer con la atracción ejercida por otra alma? El amor y el hombre, ¿eran en su entendimiento dos realidades distintas, o quien la hizo conocer la pasión se aprovechó de ello sin haberla verdaderamente conquistado? Ni Clara misma podía decirlo. A ratos pensaba en *él*, repitiéndose con la imaginación sus ardientes frases, echándolas de menos, y otras veces sólo recordaba la dulce intranquilidad que la poseyó al creerse amada; unos momentos, el amor y el amante se confundían, compenetrándose a sus ojos, cual si fueran inseparables; había instantes en que, por el contrario, la imagen de Eduardo, borrada de su espíritu, cedía el puesto a un sentimiento inexplicable de melancolía, que iba dejando en su alma, a modo de un sedimento amargo, la certidumbre de su perdición. En todo lo demás cabían du-

das: lo único positivo era que el hombre causa de su deshonra no podía remediar el mal que hizo. A no haberse casado con Luisa, ¿quién sabe? Las súplicas, las lágrimas, la resignación, la dulzura, le hubieran acaso arrancado una reparación; quizá el amante se hubiese transformado para ella en bienhechor, haciéndoselo olvidar todo. Cuando admitía esta posibilidad, ser esclava de Eduardo le parecía poco. Soñaba despierta, con esos sueños involuntarios de la fantasía que fingen palpable lo imposible. ¡Y qué gran creadora de promesas es la imaginación de los que sufren! Libre y pujante, todo lo allana y lo destruye a su antojo; de la nada hace mundos, como Dios; comete crímenes, como la Naturaleza, y es, a semejanza suya, irresponsable.

En muy poco tiempo arregló Eduardo lo referente a la testamentaría, entrando, como esposo de Luisa que heredaba a su difunta madre, en posesión de los cuantiosos bienes del Conde. Hasta entonces no quiso hacer actos de verdadero amo de casa: Martina siguió viviendo allí; a Pablo, ocupado con los negocios pendientes, casi se le ensanchó el corazón cuando vió alejarse el día en que le echaran a la calle.

Apenas calmada en el ánimo de Eduardo la incertidumbre de lo que dispusiera la última voluntad del muerto, volvió a sentir cada día con mayor intensidad el hastío que le inspiraba su mujer. Luisa llegó a Madrid en estado lastimoso, muy propio para recibir cuidados y atenciones de un marido que la amase, pero insoportable para el hombre que sólo la consideraba como medio de satisfacer su ambición. Sin embargo, la atendía con solicitud. La voz de su egoísmo calculador y frío le decía que, si llegase a morir sin dejarle un hijo, su situación volvería a ser la misma que cuando estaba pagando, o debiendo, catorce reales diarios en la casa de huéspedes, y el miedo a que esto sucediese se traducía en mimos y halagos, que Luisa recibía loca de contento suponiéndose amada. ¡Qué amable, qué cariñoso estaba! Su voz no encontraba inflexiones bastante dulces para hablarla; le evitaba las corrientes de aire; colocaba las luces de modo que no la molestasen, y decía lo que debían servir o no darle en las comidas. A medida que iba acercándose la época probable del parto, crecía su ansiedad y aumentaban sus desvelos. Nunca hubo mujer menos querida ni más cuidada. Los criados estaban hartos de aguantar

las chinchorrerias de él y las impertinencias de ella.

El carácter voluntarioso y exigente de Luisa se hizo intolerable con este culto. Mientras fué la niña de la casa, la señorita, tuvo mal genio; ahora que era la señora condesa, ya en posesión del esposo tanto tiempo soñado como imposible, y además embarazada, no se la podía sufrir. Estaba fea; la lozanía que le prestaron los primeros días de matrimonio desapareció rápidamente, tornando a quedarse delgada, pálida y ojerosa; su figurilla endeble, de busto mezquino y brazos flacos, parecía desproporcionada para el volumen del vientre; andaba balanceándose como los patos; la cara se le puso amarillenta con el tono de la cera vieja; los labios se le quedaron descoloridos; dió en quitarse el corsé, quejándose de que la oprimía: todas las cintas le apretaban; padecía sofocos, y no pasaba día sin náuseas ni noche sin insomnio. Eduardo se separaba poco de ella. Después de comer salía un rato al café con los amigos, cuyo trato había reanudado, y a las diez estaba de vuelta, si antes no le enviaban a llamar porque la señora se sentía peor. En la calle, todas las mujeres le parecían codiciables; recordando a la propia, ninguna

carecía de encantos: le atraían las gruesas y morenas, por sensuales; las rubias y delgadas, por poéticas; las de cierta edad o edad incierta, por creerlas prácticas en el amor; las jovencitas, por inocentes; un rostro medio oculto entre las blondas del manto, una mirada lanzada a través del velo, le hacían avanzar con rápidez o pararse descaradamente; un pie bonito y bien calzado, entrevisto al apoyarse en el estribo de un coche, le volvía loco.

Al entrar en casa encontraba a Luisa sentada en una butaca, con la jofaina al lado, la bata aflojada, desenlazadas las trencillas, haciendo ascos y gruñendo con la doncella, y allí era entonces el abrumarle a preguntas sobre lo que hizo, y dónde estuvo y a quién vió. A pesar de todo él continuaba prodigándole cuidados y atenciones; pero sin que llegase a meditarlas deliberadamente, se le ocurrían grandes maldades; comenzaba a soñar con verse libre de semejante carga, la miraba sufrir sin lástima, y se complacía en saborear de antemano lo que iba a gozar con el dinero de ella y la hermosura de otras.

Un domingo, mientras él estaba fuera de casa, Martina observó a la doncella compuesta y emperejilada para irse de paseo, porque

era su día de salida. En atención al estado de Luisa se opuso a dejarla marchar, y la chica, que tenía citado al novio, se negó a quedarse: tuvieron un altercado, se enfureció Martina, se insolentó la otra, y hasta llegó a decir que no merecía la señorita que ella se privase de hacer su gusto. Martina, dejándose llevar de un arranque señorial, que le recordó sus buenos tiempos, la despidió, y la chica se marchó en el acto.

No habría dado veinte pasos en la calle, cuando Martina pensó tardíamente que no quedaba allí ninguna mujer a propósito para servir aquella noche a Luisa: la costurera que repasaba la ropa no había venido, otra muchacha que hacía los oficios bajos de la casa, era tan profundamente antipática a Luisa, que no había que llamarla para nada. Una de dos: o ella misma se rebajaba hasta el punto de servir a Luisa o cuando volviese Eduardo y se encontrara sin doncella, tendría que sufrir las consecuencias de la ligereza cometida y disputarse con él. De pronto se le ocurrió mandar subir a Clara. Si Pablo se disgustaba, mejor; así como así, no tenía consideraciones que guardar al padre ni a la hija.

Un criado transmitió a Clara la orden con

las mismas palabras imperiosas y bruscas de Martina, tal vez recalcándolas con aquella malicia propia de la gentuza.

—Que vaya usted corriendo, ha dicho la señora, que se ha ido la doncella.

Clara tuvo que violentarse mucho para no contestar con acritud: la respuesta quedó ahogada en sus labios, por miedo al enojo de su padre. Ella, además, era rica en mansedumbre, esa virtud de los débiles que apiada al bueno y ensoberbece al malo. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y echó a andar. Lo que más daño le hizo no fué la humillación: ¿qué era su vida sino una humillación continua? Pero con la rapidez del pensamiento comprendió que, subir a las habitaciones de Luisa, equivalía a encontrarse frente a frente con Eduardo. Si se negaba a obedecer, ¿qué disculpa podría dar? ¡Cuánta amargura saboreó en el corto trecho que había desde su cuarto al gabinete de Luisa! ¡Servir de criada a su antigua amiga, a la mujer del hombre que la había deshonrado! ¿Acaso podía imaginarse nada más triste?

Cuando Eduardo llegó estaba ya en el gabinete de Luisa sirviéndole una taza de tila. Parecía serena, pero dentro de su alma se agitaban juntamente para hacerla sufrir los recuer-

dos de la niñez y el despecho de la amante burlada. Por vez primera sintió rencor y envidia; que el germen más fecundo del mal es la desgracia. Eduardo, al verla allí, la miró desasosegado; después afectó indiferencia. Luisa se acostó ayudada por Clara; ella le puso la camisa de noche, le quitó las horquillas, recogiéndole el pelo en una red, y abrió el embozo de la cama de matrimonio. Entonces las lágrimas se le agolparon a los ojos: pero ese sentimiento de altiva dignidad, a veces en la mujer tan poderoso, las contuvo antes de que brotaran.

Mientras iba desnudando a Luisa en la alcoba, Eduardo volvió nuevamente a mirarla desde el gabinete. ¡Qué hermosa estaba! Junto a la tez casi pajiza de Luisa, la suya parecía de rosa; sobre las mejillas, ligeramente acarminadas, caía la sombra de sus largas pestañas; los brazos forjados para el amor, movían a la señorita sin esfuerzo; y sus movimientos revelaban con actitudes encantadoras todas las bellezas de su cuerpo, de aquel mismo cuerpo que él había poseído. La llama de la lámpara, adormecida por la bomba esmerilada, bañaba su rostro en una luz tranquila...

Cuando quedó acostada, dijo Luisa:

—Oye, Clara: estate ahí cerca, en la antesala.

Salió humillada, y cruzó la habitación inmediata sin poder ya contener el llanto. Antes de llegar al pasillo la alcanzó Eduardo, que salió también del gabinete, y pasando junto a ella, sin atreverse a detenerla, le preguntó en voz baja:

—¿Me guardas rencor?

XXIII

Estando ya enfermo el Conde de Elgueta, antes de que Martina prohibiese la entrada en su alcoba, Pablo le dió cuenta de haber realizado, conforme a las instrucciones, los bienes de Lorenzo Guadaira, excepto la casa de sus padres, en que a la sazón vivía, y que por consejo del Conde quedó exceptuada de la venta. La gruesa suma a que ascendía el total estaba a su disposición, según había pedido, en letras sobre París. Pedro ordenó a su administrador que se las llevase a Lorenzo, dándole detallada cuenta de la operación, y Pablo, deseando hacerlo en persona, lo aplazó hasta la mañana siguiente; pero aquel día el Conde se agravó, su estado produjo gran trastorno en la casa, y Pablo, vista la actitud de Martina, y pensando que tal vez Pedro le llamase para algo que pudiera convenirle, decidió no salir

por nada ni por nadie, ni siquiera a llevar a Lorenzo sus esperadas letras. Además, semejante comisión no era para un criado cualquiera, y el solo empleado de confianza que quedaba en el escritorio, de los varios que hubo cuando el Conde hacía negocios, no había ido aquel día, por ser domingo. Pablo quería enviar las letras a Lorenzo, quien repetidas veces pidió que se activara el asunto; mas su propósito de no salir era inquebrantable. Entonces pensó que la única persona que podía desempeñar el encargo era Clara. Escribió a Lorenzo, dándole cuenta de cuanto con sus bienes y valores se había hecho; incluyó las letras en la carta, añadiendo cuatro billetes de a mil pesetas de un sobrante, y encerrándolo todo bajo un sobre, llamó a su hija:

—Oye, Clara, vas a hacerme un recado de importancia. Te pones decentita, ¿eh? Toma esta carta, guárdatela en el pecho con mucho cuidado, no la lleves en la mano. Vete a la calle de Don Pedro, ¿sabes?, número 22, una casa grande con jardín, la última a la derecha; preguntas por don Lorenzo Guadaira, y a él mismo, en persona, ¿lo entiendes?, le das este pliego. Te devolverá un papel firmado, que también llevas ahí, un recibo, y me lo traes.

Si no está en casa, a nadie lo entregues; ha de ser a él mismo, y si no, nada. ¿Te has entera do bien? A él solo, ¿eh?, nada más. Anda, y vuelve pronto.

Clara se puso la mantilla, guardó el pliego en el pecho y tomó el camino de la calle de Don Pedro.

Lorenzo habitaba un caserón antiguo de un solo piso con anchos huecos y fachada pintada de rojo, imitando ladrillo, sobre la cual se veían asomar por cima del alero tres o cuatro bohardillas típicas del Madrid viejo, de esas en que nunca faltan ropas tendidas o cajoncitos con flores colocados sobre las tejas. El ingreso era un espacioso zaguán enarenado con macetones de evónimos a los lados; en los muros había enormes candelabros de bronce con mecheros de gas; y al fondo, tras una puerta de cristales, estaba la escalera revelando la antigüedad del edificio. Los tramos, cortos y tendidos; los peldaños, bajos de piedra, cubiertos en el centro por una tira de alfombra, la barandilla de hierro, con toques de oro en los barrotes, la anchura de las mesetas, los bancos que había en ellas, con escudo en el respaldo, y el farolón de limpios vidrios que colgaba de la techumbre, todo tenía el carác-

ter propio de casa vetusta, noble y rica. Adornaban las paredes cuadros de batallas, y los ángulos, estatuas y armaduras.

El portero no quiso dejar subir a Clara; mas en vista de su insistencia, llamó al mayordomo, quien al oír el nombre del administrador del Conde de Elgueta, pasó recado a Lorenzo.

Estaba éste almorzando, pero mandó que Clara entrase y, con sólo verla, comprendió que no era una criada.

—Soy la hija de don Pablo, el administrador del señor Conde—dijo ella al entrar;—mi padre no puede venir, porque el señor Conde está muy enfermo...

—Siéntese usted, señorita, siéntese usted.

—Y me ha dado esta carta.

Lorenzo, con la carta en la mano, se quedó mirando a Clara. No la conocía; estaba seguro de no haberla visto nunca, y, sin embargo, le pareció haber oído su voz en otra parte. Ni siquiera sabía que don Pablo tuviera tal hija; pero no le cabía duda, él había oído recientemente aquel metal de voz.

—Señorita, yo no la he visto a usted hasta ahora..., y, sin embargo, creo recordar...

—Yo no tenía tampoco el honor de conocer a usted.

De pronto Lorenzo se açordó de que aquella voz simpática y de agradable timbre, que daba a las palabras inflexiones de cariñosa dulzura, era una de las dos voces que él había oido en el escritorio de don Pablo mientras estuvo aguardándole la tarde que fué a llevarle los documentos necesarios para la venta de sus valores. Aquella muchacha era, sin duda alguna, la que sostenía el diálogo amoroso que él sorprendió involuntariamente. Convencido de ello, en cuanto le hizo pronunciar unas cuantas palabras más, no insistió en repetir que la conocía, y observándola sin cesar de reojo, se puso a examinar el contenido de la carta.

Clara miró en torno. ¡Qué cosas tan raras y diferentes de cuanto había en casa del Conde! ¡Qué habitación tan rica!

Era una estancia anchurosa, alta de techo y soberbiamente amueblada, pero sin gusto fijo ni carácter determinado; un cuarto grande lleno de cosas buenas bien colocadas. La mesa de roble primorosamente tallado, a la cual podían sentarse, a lo más, media docena de personas, indicaba que al dueño le agradaba comer con poca y escogida gente. Los muros, revestidos hasta cierta altura por un zócalo de madera, estaban cubiertos en su parte superior

con un damasco rojo que servía de fondo a cuadros preciosos firmados por autores ilustres. De trecho en trecho brillaban los círculos y los óvalos de una rica colección de platos de loza y de metal, cuyos tonos variaban, desde los brillantes reflejos de la cerámica granadina, hasta los bronces de la antigua Persia; en los huecos que dejaban libres relucían las hojas desnudas de algunas armas blancas de labor rarísima, y los entrepaños del aparador soportaban un sinnúmero de vasijas, muñecos, figuritas, tazas y platillos de Sajonia, Capo di Monte, Sévres y el Japón, todo ello agrupado en torno de una hermosa jarra del Renacimiento italiano. En otro armarito se veía una pequeña pero rica colección de vidrios y cristales: copas de Murano y de Bohemia, vasos tallados por artistas alemanes del siglo XVIII y copas de fabricación moderna en que parecía haberse hecho palpable el aire. En un rincón, sobre una columna, se alzaba una tinajilla morisca de arcilla amarillenta, y frente a ella, sobre un pedestal de mármol, un tibor japonés cuajado de dragones verdes entre bambúes de oro. Los asientos eran sillones frailunos de tirante cuero, butacas modernas cuyas curvas se adaptaban a la forma de la espalda, divanes con al-

mohadones sueltos y grandes mecedoras. Dos cojines de seda, puestos ante una *chaise longue*, permitían sospechar que quizá alguna mujer pequeña frecuentase la casa, y unos cuantos libros de escogida literatura, colocados sobre una mesa, indicaban que el dueño de todo aquello no debía de ser estúpido idólatra del becerro de oro. Ante cada uno de los balcones, destacando sobre el claro fondo de la vidriera, había una estatua; en un hueco, el Narciso de Nápoles; en otro, el San Francisco, de Pedro de Mena; representaciones del alegre naturalismo pagano y del severo arte cristiano. Bastaba ver aquellas dos esculturas, para comprender que quien allí habitaba tenía alma de artista. En los vanos de las puertas, los cortinajes rojos caían hasta la alfombra, y sobre la chimenea había un reloj magnífico con figurillas delicadamente esculpidas: las horas de su esfera eran mujeres encadenadas por el Tiempo, las cuales, con los brazos extendidos, pugnaban en vano por acercarse a un amorcillo puesto en el centro a distancia igual de todas ellas.

Clara veía cuanto la rodeaba sin comprender su mérito, sin apreciar su valor; pero, ¡cómo le gustaba todo! De cuando en cuando miraba

también a Lorenzo, entretenido en examinar las cifras y sumas que contenía la carta.

Representaba de veinticinco a treinta años, y vestía traje oscuro, de corte sencillo, sin pretensiones de rebuscada elegancia. Los rasgos de su fisonomía predisponían en favor suyo; llevaba impreso en la cara ese sello de inteligencia que es la belleza del hombre; los ojos, expresivos, muy movibles, pero insistentes al fijarse, reflejaban juntamente la viveza de la imaginación y la costumbre de observar; en su frente se dibujaba una arruga apenas perceptible, que revelaba por un ligero movimiento el hábito de la voluntad hecha a reconcentrarse fácilmente en un solo objeto; el pelo oscuro, echado hacia atrás, y los bigotes, grandes y rubios, le daban un aspecto varonil que contrastaba con su afabilidad y su dulzura.

Lorenzo seguía leyendo. La carta mencionaba detalladamente cuantas operaciones se habían hecho para liquidar su fortuna, y en una posdata decía Pablo que el Conde había ordenado no se le cobrase nada por la comisión de las transacciones efectuadas. A pesar de lo que la lectura le interesaba, los ojos se le iban hacia donde estaba Clara.

Era hermosa y modesta: la tristeza de su semblante la hacía aún más simpática, conquistando la voluntad ajena con ese encanto misterioso de la desgracia que parece brindarse a devolver en dichas lo que reciba en consuelos. Pero en aquel momento lo que tenía pensativo a Lorenzo era el empeño del Conde y de su administrador en no percibir comisión por lo hecho; aunque lo agradecía, le molestaba no poder pagar de alguna manera. Hubo unos instantes de silencio. Luego, con la mayor afabilidad y cortesía, miró de frente a Clara, y sonriendo como quien se alegra de haber hallado la solución buscada, dijo:

—Señorita, sé que va usted a casarse. ¿Quiere usted hacerme el favor de aceptar, en nombre de su padre y como regalo de boda, este dinero?

Y sacando del sobre los cuatro billetes de a mil pesetas intentó ponérselos en la mano. Clara se sorprendió muchísimo, y repuso con vergonzosa turbación:

—¿Usted sabía?... Pero...

—Sí, que tiene usted novio y que se casa usted.

—No, no señor, gracias, muchas gracias, pero no puede ser; yo se lo agradezco con

toda mi alma. pero nunca podría aceptarlo sin permiso de mi padre..., y sobre todo..., yo no me caso.

—¿Que no se casa usted? Creo estar seguro de lo contrario.

—Perdóneme usted que no le hable con más franqueza, con más libertad. Pero eso es imposible, no puede ser, es inútil.

De repente se le llenaron de lágrimas los ojos. No sabía lo que le pasaba: el recuerdo de su desdicha le hizo un daño horrible, y al mismo tiempo el rasgo de aquel hombre, su generosidad, la delicadeza con que procedía, la impresionaban hondamente. ¿Quién sería? ¿Por qué se interesaba por ella?

Lorenzo, comprendiendo que no debía insistir, dejó los billetes sobre la mesa.

—No me atrevo a preguntarle a usted nada.— Y visiblemente conmovido, añadió: —¿Puedo hacer algo en obsequio de usted?

—No, no señor, mil gracias; todo es inútil.

—Pero aquel joven que aquella tarde había allí, con su padre de usted, era...

—Sí, señor; aquel era.

Ambos callaron: ella turbada, admirada de que alguien supiera su pasión; él por respeto a su dolor.

Clara se levantó para irse. Lorenzo firmó y le entregó el recibo, despidiéndola con tan prudente y comedido rendimiento, que aun sin decirle nada parecía ofrecerle amparo, poseído de una ternura en que se confundían la compasión y la curiosidad. Desde la puerta Clara se volvió hacia él, con los ojos todavía húmedos.

—Gracias. No dirá usted nada a mi padre, ¿verdad?

—Se lo prometo a usted.

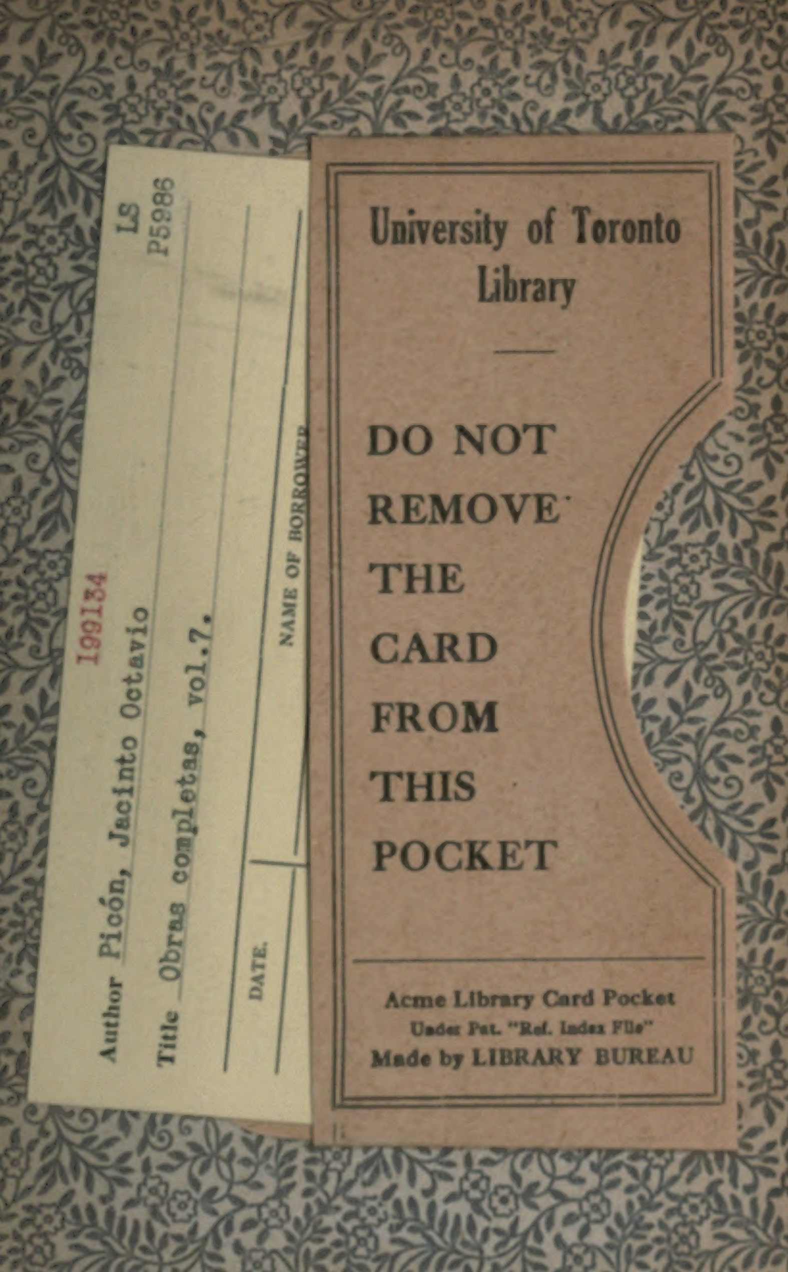
En el cerebro de Clara lucharon por largo rato ideas encontradas. ¿Por qué se interesaba aquel hombre por ella? ¿Cómo habría sabido sus amores? Pero la impresión que la dominaba era el consuelo de haber hallado una persona extraña que la mirase con simpatía.

A la tarde siguiente Lorenzo partió a París en el expreso. Por la noche trató en vano de conciliar el sueño. La trepidación del tren hacía imposible todo reposo. Junto a las ventanillas del vagón los palos del telégrafo parecían huir unos tras otros, dibujándose con líneas negras y fugaces sobre la oscuridad del horizonte, en cuyo término brillaban alguna fogata de pastor en los cerros o el resplandor de algún hogar entre las casuchas de los lla-

nos. El aire arrastraba a lo lejos las chispas escapadas de la máquina, y a largos trechos, ante las garitas de los guardas, brillaban un punto las lucecillas rojas o verdes de la vía. No pudo dormir... Se acordó de cuanto hizo los días que permaneció en Madrid, y sobre todo de su casa, aquella casa que abandonaba sin saber cuándo la volvería a pisar, y entonces, como un flúido que tiende a elevarse en el espacio para purificarse, su pensamiento se alzó hasta el cielo, donde debía estar su madre... Luego se acordó también vagamente de Clara... "¡Pobre muchacha!„

FIN DEL TOMO PRIMERO




LS
P5986
199134
Author Picón, Jacinto Octavio
Title Obras completas, vol.7.
DATE.
NAME OF BORROWER
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

